

**UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
FACULTAD DE EDUCACIÓN
PEDAGOGÍA EN ESPAÑOL**



**ECOLOGÍA BÍBLICA: UNA TEORÍA DEL TODO
LECTURA ECOCRÍTICA**

SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN

Prof. Guía: Dr. Edson Faúndez Valenzuela

Seminarista: Edison Alejandro Toledo Contreras

CONCEPCIÓN, 2018

Resumen

El objetivo principal de este trabajo ha sido el de poner sobre la mesa y compartir con los lectores una muy personal lectura de la Biblia. En una época en que la virtud de la literatura de elevarnos por sobre nuestras miserias se ha visto fuertemente afectada por el asfixiante pragmatismo y pseudo-cientificismo reinante, se hace indispensable recurrir al pasado en busca de respuestas y sentidos, tal como en su locura hizo don Quijote. Hay mucho de esa locura en este trabajo, o así al menos lo esperamos.

A partir del concepto de “ecología”, entendido como la relación que todo(s) tiene(n) con (todo(s)) (expresión ésta considerada en su acepción más amplia), se planteará que en la Biblia se consagra una visión profundamente ecológica de la existencia en virtud de la cual todo cuanto existe, seres humanos, animales, plantas y todo lo “no viviente”, tienen un origen y destino común.

Por tratarse de una lectura ecocrítica se ha recurrido a planteamientos hechos desde distintas disciplinas, los que conjuntamente con las citas bíblicas escogidas, dan a nuestro juicio un sólido sustento a la lectura propuesta.

Índice

Agradecimientos.....	5
Introducción.....	6
I.- Acerca de...	
1.- La situación del autor.....	22
2.- La situación de la obra.....	31
3.- Las preguntas de investigación e hipótesis.....	35
4.- Objetivos.....	40
5.- Justificación y alcances.....	42
6.- Antecedentes.....	44
II.- Marco teórico	
Ecología y Ecocrítica.....	50
III.- Biblia, ciencia y evolución	
1.- La creación bíblica: ¿Obra de magia?.....	82
2.- Fe y ciencia.....	86
IV.- La Naturaleza en la Biblia.....	92
1.- La naturaleza como morada.....	94
2.- La naturaleza como espacio de encuentro con Dios y consigo mismo.....	98
3.- Naturaleza y expresiones literarias bíblicas.....	102

V.-	La naturaleza y el hombre en la Biblia	
	1.- El lugar del hombre en la creación bíblica	
	1.1.- Semejanza primera.....	109
	1.2.- Semejanza segunda.....	122
	1.3.- El lugar del hombre en la naturaleza.....	126
VI.-	El Mesías.....	130
VII.-	Conservacionismo bíblico.....	133
VIII.-	Ecología, Animismo y Cristocentrismo.....	136
IX.-	“Visión de la gloria de Jehová”.....	141
X.-	Implicaciones.....	160
XI.-	El pecado de Sodoma.....	183
XII.-	¿Amenaza de castigo o simple consecuencia?	199
XIII.-	Apocalipsis.....	223
XIV.-	Libertad.....	230
	Conclusiones.....	234
	Bibliografía.....	240

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la comprensión, apoyo y dedicación de mi profesor guía, Dr. Edson Faúndez, quien me dio la oportunidad de abordar este tema, y la amabilidad, interés y paciencia de las Dras. María Luisa Martínez y Mariela Fuentes Leal, integrantes de la comisión informante.



Introducción

“Yo he preferido hablar de cosas imposibles,
Porque de lo posible se sabe demasiado”

Resumen de noticias,
Silvio Rodríguez.

¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será.
¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará;
y nada hay nuevo debajo del sol.
¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo?
Ya fue en los siglos que nos han precedido.
Eclesiastés 1:9-10.

Son los actuales tiempos difíciles para la fe. Para cualquier fe.

Radicales islamistas asesinan, torturan, violan, esclavizan a aquellos (as) que se niegan a convertirse al Islam. Ni siquiera se libran de su violencia aquellos que, compartiendo en esencia la misma fe, la entienden de una manera distinta.

Monjes budistas no solo justifican sino alientan la persecución, incluso violenta, de personas pertenecientes a la minoría musulmana, se enfrentan en las calles con la policía, o se pelean entre ellos en las afueras de un templo. Otros, de manera más o menos desenfadada, se embriagan, drogan, recurren

al servicio de prostitutas y apuestan en sesiones clandestinas. Hay alguno por ahí, un monje multimillonario, que recorre el mundo en su avión privado haciendo grosera ostentación de su riqueza.

Imperios, naciones, instituciones religiosas, grupos, líderes e individuos “cristianos” han dejado en la historia su huella indeleble de abusos, saqueos, genocidios. No hace mucho tiempo un ferviente cristiano llegó a convertirse en presidente de la nación más poderosa de la tierra (en su inmensa mayoría también cristiana). Junto a sus colaboradores - también cristianos - acostumbraba iniciar las labores de cada día con una plegaria a fin de recibir la guía e inspiración divina. Este paladín de la verdad, la justicia y la libertad, sobre la base de información falsa (supuesta presencia de armas de destrucción masiva) orquestó y llevó a cabo la invasión de un pequeño país, invasión que tuvo como consecuencia directa la muerte de entre 30.000 y 655.000 civiles inocentes, hombres y mujeres, niños y viejos (las estimaciones varían según la fuente). Hoy, gracias al apoyo de grupos cristianos, ocupa su lugar un sujeto vociferante y particularmente despreciable (muchos de sus antecesores también lo fueron, por eso lo de “particularmente”); participa en rogativas en la que invoca la divina providencia y sus ministros se instruyen en las escrituras bíblicas en los

mismos salones de gobierno. Entre sus muchas gracias se cuenta la de propiciar la separación de los niños de sus padres cuando éstos han sido detenidos por intentar ingresar de manera ilegal al país, la de negar la existencia de problemas ambientales y, como ya es habitual en los mandatarios del país al que nos referimos independientemente de su color político (y de piel), ha ordenado más de algún ataque sobre territorios extranjeros ocasionando innumerables muertes de civiles.

Pero no se piense que la crisis actual de fe alcanza solo al ámbito religioso. La ciencia, en sus diversas manifestaciones, también es o puede transformarse en un objeto de culto, en un depositario de fe. Pero por su misma naturaleza, de forma más o menos ocasional la ciencia se equivoca (método del ensayo y error); lo que hoy consideramos ignorancia ayer era ciencia, lo que hoy consideramos ciencia seguramente mañana será ignorancia. Tenemos a este respecto ejemplos en abundancia que van desde concepciones equivocadas acerca de cuestiones fundamentales de la física, hasta aspectos menores más directamente relacionados con el diario quehacer humano. Así, hasta no hace mucho pocos se atrevían a poner en entredicho las recomendaciones que la ciencia nos hacía con respecto a qué alimentos consumir y en qué proporción (cómo olvidar esa ya legendaria pirámide

alimenticia). Hoy, tras algunos años y una que otra voltereta, los sabios nos dicen que en realidad dicha pirámide es la principal responsable de la actual epidemia de obesidad y diabetes (debido al excesivo consumo de carbohidratos en desmedro de las grasas). Y en otros ámbitos ocurre algo similar; hasta hace poco la ciencia tenía catalogadas como enfermedades mentales ciertas conductas o inclinaciones que ahora nos presenta como perfectamente normales y, por el contrario, ciertas conductas que antes eran consideradas normales (como la inquietud de los niños, la tristeza) hoy son consideradas enfermedades.

La mercantilización de la ciencia y la falta de rigor científico han provocado que caiga sobre nosotros un aluvión de estudios de la más diversa índole que habitualmente llegan a conclusiones contrapuestas, conclusiones que -casualmente- tienden a dar sustento a los planteamientos de quienes los financian.

Esta pérdida de fe en la ciencia se manifiesta, por ejemplo, en la negativa de muchas madres y padres a vacunar a sus hijos, desconfiados de los reales beneficios de la vacunación y temerosos de sus -reales o imaginarios- efectos adversos; también se refleja en la progresiva creencia en

curas prodigiosas para enfermedades complejas como el cáncer (dietas, infusiones, plantas, frutos milagrosos). Incluso hay quienes niegan logros de la ciencia como haber puesto un hombre en la luna.

“Cuando escriban la vida los buenos, al final vencedores” (Silvio, 1998, pista 10)), el día 6 de febrero de 2018 será un día que nuestros descendientes (si los hay), para vergüenza nuestra, nunca olvidarán. Ese día sucedió algo singular, enormemente trascendente e increíblemente pasado por alto, que da clara cuenta - entre muchas otras cosas - del carácter mercenario que en estos días ha ido adquiriendo la ciencia (en estricto rigor, los científicos). Aún ahora cuesta convencerse de que en realidad esto ocurrió.

Hasta hace un tiempo la exploración espacial era una cuestión de Estado, es decir, involucraba a la sociedad en su conjunto, y los hombres de ciencia ponían su saber al servicio de una causa que se consideraba común. Independientemente del trasfondo político (la guerra fría y la carrera espacial), se percibía allí ese espíritu curioso, inquisidor del ser humano, ese que lo impulsa a querer saber, querer conocer más. Pues bien, el día en cuestión ocurrió un hecho que desde el punto de vista ecológico y humano

me parece la mayor falta de consideración, la mayor falta de respeto, la mayor burla y la mayor provocación hacia la naturaleza y los hombres (¿y a Dios?) que se haya visto jamás; y es a mi juicio, por su alcance, por sus implicaciones, la mayor estupidez en la que nuestra especie ha incurrido desde que habita sobre la tierra.

El día 2 de febrero de 2018 el multimillonario Elon Musk envió al espacio su auto personal, un Tesla Roadster color rojo producido en 2009 por la compañía que lidera el multimillonario; “un auto rojo para el planeta rojo” dijo, haciendo alarde de su ingenio y creatividad. La prensa, servil, carente ya de libertad y raciocinio, elogia la hazaña:

“El auto es un gran golpe de efecto que pone la firma de Musk –un genio, visionario y excéntrico- a un lanzamiento que por todos es visto como histórico para el avance espacial de la humanidad”. <http://www.t13.cl/noticia/mundo/tendencias/tecnologia/automovil-tesla-elon-musk-transmite-vivo-su-viaje-espacio>).

Bien dice el salmista cuando escribe sobre tales hombres: “no pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres. Por tanto, la soberbia los corona” (Salmos 73: 5-6); al igual que Miqueas

cuando denuncia que “el grande habla el antojo de su alma, y lo confirman” (Miqueas 7:3).

No nos ha bastado con llenar de nuestra basura la tierra, el aire, los ríos, los mares, los glaciares eternos; ni siquiera nos ha sido suficiente el llenar la órbita de la Tierra con toneladas de desperdicios, respecto de las cuales a lo menos estaba la excusa de que en su momento prestaron algún servicio al hombre. Ciegos, la prensa, los nuevos hombres de ciencia y la masa insensible, no se dan cuenta al punto al que hemos llegado, ni siquiera cuando rememoran el pasado:

Gritos y vítores estallaron en la base de Cabo Cañaveral, Florida, cuando el enorme cohete encendió (a las 17.45 horas de este martes en Chile) sus 27 motores y surcó el cielo azul sobre la misma plataforma de lanzamiento de la NASA que sirvió como base para las misiones estadounidenses a la Luna hace cuatro décadas.

Hemos renegado de nuestros ancestros en la medida que renegamos de su milenaria herencia de respeto -o al menos temor- a la naturaleza y sus muchas manifestaciones. Hemos hecho cuanto está a nuestro alcance para poner en el olvido a Dios, que no es más que una manera de silenciar nuestra

conciencia, de acallar esa la voz ancestral que nos repite sin cesar que llegará el día en que tendremos que responder por nuestros actos.

Pero no hay por qué ser tan pesimistas; cuando llegue el momento en que los arqueólogos del futuro no puedan ya saber cómo sonaba nuestra música, ni puedan leer nuestros libros, ni admirar nuestras pinturas, nuestras esculturas, ni puedan conocer nuestras danzas, nuestras lenguas, nuestras luchas, siempre tendrán la posibilidad de admirar el Tesla rojo del multimillonario, pues los “expertos” estiman que “seguirá en esa órbita por cientos de millones de años”. Menudo recuerdo hemos dejado.

¿Y qué diremos acerca de la fe en la posibilidad de un cambio social, del logro de mayor justicia e igualdad a través de la participación, de la lucha política? Tal como el muro de Berlín, la fe de las personas en la política y los políticos se desmorona día a día. Así como la caída del muro de Berlín marcó el inicio del fin de las utopías socialistas o socialismos reales, cada nuevo caso de corrupción que sale a la luz es un ladrillo menos en la muralla que nos resguardaba de la apatía, de la indiferencia, de la desesperanza. Cada nuevo caso de corrupción de quienes detentan el poder constituye una traición a aquellos que lo depositaron en sus manos junto con su fe; cada

nuevo caso de corrupción constituye una traición a la memoria de aquellos que ya no están, de aquellos que, con fe, se jugaron (y perdieron) la vida en la lucha por un ideal.

Pero no toda fe se ha debilitado, no toda fe se ha perdido. Hay una fe que, pese a estar presente desde los albores de la humanidad, en los últimos tiempos ha adquirido un vigor, una fuerza nunca antes conocida. Esta revitalizada fe está radicada en un objeto cuya posesión proporciona a sus devotos una inigualable sensación de plenitud, de seguridad, de poder. Quienes lo poseen son como fuego abrazador que, insaciable, mientras más consume más crece, que mientras más crece, más consume; éstos, en su ansiedad por poseerlo y conservarlo, todo lo devoran, todo lo destruyen, todo lo ensombrecen. Quienes no lo poseen y lo anhelan, no tienen paz; admiran y acostumbran rendir culto a aquellos próceres, a aquellos iluminados que por su “esfuerzo” (el ajeno en realidad), por un golpe de suerte, o por algún otro tipo de golpe (entre ellos uno muy recordado por los chilenos), han conseguido llenar sus arcas de tan adorable objeto. Se escriben libros acerca de estos maestros, estos gurús, se hacen películas sobre su vida y, últimamente sobre todo, no es extraño ver a estos adelantados dirigiendo o pretendiendo dirigir los destinos de un país. Quienes no lo poseen y anhelan,

se disputan con uñas y dientes las migajas que caen de la mesa de sus amos, soñando con poder, algún día, por azar, maña o destino, ocupar un lugar junto a ellos. De qué objeto de culto estaremos hablando sino de aquel que hoy en día permite mover los montes (metafórica y literalmente hablando), abrir todas las puertas, emular todos los sueños, de qué objeto de culto estaremos hablando sino del dinero. Este viejo-nuevo culto tiene sus templos en los que los fieles regularmente se congregan sin hablarse, sin mirarse, manifestando su devoción mediante el rito del consumo; también tiene sus fiestas, algunas expresamente creadas para el culto (cada cierto tiempo inventan una nueva), y otras (la mayoría) que han sido escamoteadas a otras tradiciones y creencias (navidad, halloween, y otras tantas).

Y bien, ¿adónde queremos llegar con todo esto? El segundo epígrafe de esta introducción, escrito por el Predicador, marca en gran medida el punto de partida a partir del cual se han de desarrollar los diversos planteamientos que configuran la presente tesis, punto de partida constituido por el convencimiento de que lo que hoy ocurre a nuestro alrededor (y en el interior de cada uno de nosotros) no es cualitativa ni sustancialmente distinto a lo que ya fue, por lo menos en el ámbito de las grandes civilizaciones; la diferencia que puede vislumbrarse es más bien de orden cuantitativo. De lo

que no estoy tan seguro es de si, al paso que vamos, “lo que fue es lo mismo que será”; no sé si habrá algún futuro si continuamos viviendo con la absurda lógica que ha guiado casi siempre el accionar humano.

Hasta este momento hemos presentado una visión fundamentalmente negativa y pesimista del proceder del hombre a través de la historia: la religión, la ciencia y la política, por separado o formando un pernicioso contubernio, terminaron siendo utilizadas para satisfacer los deseos, sueños y aspiraciones de unos pocos, condenando al dolor y al sufrimiento a la mayor parte de quienes han tenido el privilegio de nacer en este mundo. Y esta incapacidad del ser humano de asumir (si no cabalmente, al menos de manera decorosa) la responsabilidad que le cabe como especie dominante, dotada de la facultad de escoger, de decidir por sí misma el rumbo a tomar, no solo ha afectado negativamente a su propia especie, sino a todo aquello que está o ha estado al alcance de su mano: desde la breve mariposa al majestuoso cóndor, desde la humilde merluza al temible tiburón, desde el pacífico manatí a la gigantesca ballena, desde el grácil ciervo al tigre feroz, desde el delicado copihue al milenario e imponente alerce. La lista es interminable, al igual que la codicia e insensatez humana; y no solo la flora y la fauna sufren las consecuencias, sino también aquello que consideramos inanimado

(concepción que, como veremos, tal vez la *Biblia* no comparta): la tierra, el aire, los mares, los ríos y lagos, los glaciares, y aun lo que hasta hace tan poco nos parecía inalcanzable: el espacio.

Pero es para mí indiscutible el hecho de que tanto la religión, como la ciencia y la política, no son censurables per se (pese a que hay religiosos que reniegan de la ciencia, y científicos que reniegan de la religión, y pese a que hoy en día es muy difícil encontrar a alguien que espere algo bueno de la política). Desde perspectivas o ángulos diversos todas tienen la potencialidad (habrá que ver los méritos de cada una en concreto) de contribuir al pleno desarrollo del ser humano y a una integración armónica con su entorno. Lo que permanentemente ha ocurrido es que, en cualquiera de los ámbitos mencionados, la intención, el mensaje, el propósito original, ha terminado siendo adulterado o, derechamente, traicionado. En el ámbito político resulta a estas alturas redundante dar ejemplos, la historia y el presente están plagados de ellos. En el ámbito de la ciencia ha ocurrido algo similar: en ella tienen origen los distintos tipos de armas existentes (siempre se está buscando la novedad del año) y las distintas formas en las que el hombre ha dañado y daña el medio ambiente. La religión a través de la historia tampoco lo ha

hecho nada mal; hoy vemos como una religión, el Islam, sirve de excusa para asesinatos, torturas e inenarrables abusos.

El propósito de este trabajo es hacer una lectura del texto sagrado del cristianismo, la *Biblia*, con el énfasis puesto en aquello que durante siglos la religión institucionalizada ha procurado ignorar, ocultar, torcer o adulterar; a partir del uso de diversas citas contextualizadas y de su riguroso análisis, pretendemos demostrar que, al contrario de lo que habitualmente se piensa, la *Biblia* no pudo ni puede ser legítimamente utilizada como apoyo a ninguna postura que justifique el sometimiento del hombre por el hombre, ni la depredación de la naturaleza; muy por el contrario. Tengo la certeza de que aquellos lectores no familiarizados con el texto bíblico y aquellos que conociéndolo no han reparado, por ejemplo, en las implicaciones que puede tener el concepto bíblico de libertad, no permanecerán indiferentes ante la lectura que aquí se propone.

En la elaboración de esta tesis hemos procurado tener la mayor amplitud de mente posible, pues solo de esa manera es posible extraer toda la riqueza que puede estar presente - en forma más o menos evidente - en un texto sagrado, particularmente en uno que abarca distintas épocas, culturas,

lugares, géneros, como es el caso del texto bíblico. Solo como referencia para el lector (y la misma explicación me doy a mí mismo), el origen de la elección del tema para esta tesis y de lo que en ella se plantea, está en las largas y casi siempre fatigosas horas que durante mi niñez y parte de mi adolescencia pasé en una dura banca de iglesia, en la lectura regular de la Biblia (hasta el día de hoy), en la influencia de mi hermano mayor, que en sus años de universidad y en plena dictadura fue políticamente muy activo (demasiado), a través de quien conocí otra visión del mundo, otras lecturas, de los sueños y esperanzas que florecían a través del Canto Nuevo, de la Nueva Trova; también creo que puede vislumbrarse algo de mi interés por la ciencia, y mi gusto por la hija algo desvalorizada de ésta y la literatura: la ciencia ficción, particularmente por la obra de Ray Bradbury. Desde ya hace mucho que he aprendido a cuestionarlo todo (lo que más de alguna vez me ha significado pasar y/o hacer pasar un mal rato) y a no aceptar que algo es cierto solo porque quien lo dice ha sido revestido de algún tipo de autoridad, sea ésta religiosa, académica o política y, casi está de más decirlo, a creer que algo es cierto porque así lo piensa la mayoría.

De manera que siendo mi propósito abordar la visión que el texto bíblico presenta respecto de cuestiones que dicen relación tanto con la

religión como con la ciencia y con la política, necesariamente en su elaboración se ha debido superar el tradicional sesgo con que se tiende a abordar la lectura de los textos bíblicos, tanto desde el ámbito religioso como desde el ámbito laico. Si bien los pre-juicios son a veces invisibles a quien los padece y por lo mismo inevitables, he procurado con el mayor celo fundamentar cada afirmación, cada interpretación, con las citas bíblicas pertinentes, estableciendo relaciones y paralelismos con el conocimiento histórico y científico disponible. En todo caso, el lector despierto e ilustrado sabrá tomar los resguardos necesarios y/o evaluar o verificar por sí mismo la pertinencia o veracidad de los postulados que aquí se plantean y, por supuesto, tiene el absoluto e irrenunciable derecho a disentir.

El enfoque teórico escogido para direccionar la interpretación del texto es el de la lectura ecocrítica, de modo que el foco principal de este trabajo estará puesto en desentrañar cuál es la visión de la naturaleza que se presenta en la *Biblia*, y cuál es el lugar que al hombre le asigna en el orden natural. Pero queremos ir un poco más allá: queremos demostrar que la *Biblia* denuncia que el desequilibrio natural se debe a la depredación humana, que en ésta se advierte de manera muy clara cuales son las consecuencias de sus acciones sobre sus semejantes y el entorno, y más aún, que en ésta se plantea

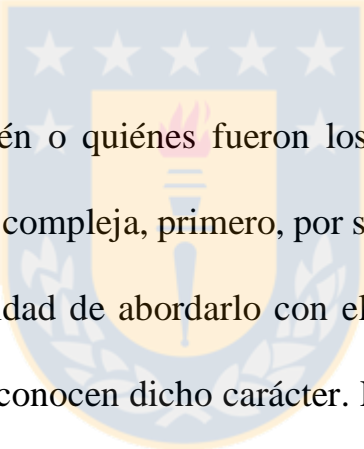
que todo lo creado, incluido el ser humano, tiene un origen, una razón de ser y un destino común.



I.- Acerca de...

1.- La situación del autor

“mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio”
(*Mi religión*, M. de Unamuno,)



Determinar quién o quiénes fueron los autores de la *Biblia* es una cuestión compleja. Es compleja, primero, por su carácter de texto sagrado, lo cual impone la necesidad de abordarlo con el respeto y consideración que merecen quienes le reconocen dicho carácter. En segundo lugar es compleja porque en muchos casos no hay claridad ni acuerdo respecto de quiénes escribieron determinados libros, de cuándo lo hicieron, y ni siquiera de en qué lugar se encontraban cuando lo hicieron.

Es claro que no es posible detenerse a clarificar en este punto la autoría de la *Biblia* libro por libro, pero sí es posible dar una visión general en consonancia con los planteamientos que más adelante se irán realizando.

La autoría de la *Biblia* constituye de por sí un tema amplio y arduo, no exento de dificultades y controversias. Su carácter de texto sagrado habitualmente despierta pasiones en aquellos que fundamentan en él su fe (aunque en los hechos pudiera no ser tan así) y, paradójicamente, también en muchos de aquellos que, desechando la posibilidad de la existencia de un ente superior, consideran que estamos en presencia de un texto más al que se le puede reconocer alguna relevancia histórica y cultural, pero que no pasa de constituir un mito, una fábula, una ficción. Así, la cuestión de la autoría de la *Biblia* será respondida de diversa forma según cuál sea la postura ideológica o de fe.

Como este trabajo ha sido pensado y elaborado de manera que su lectura no esté determinada por la adherencia o rechazo a la religión que tiene en la *Biblia* su texto fundamental, se ha considerado útil hacer una breve referencia a los distintos planteamientos hechos tanto desde la fe como del plano secular.

Partamos por la postura extrema de quienes, desde la fe, consideran que el autor de la *Biblia* es Dios. Obviamente esta postura nos deriva a la eterna (y las más de las veces estéril) discusión que, una y otra vez, se plantea

respecto de la existencia de Dios. Como el propósito de esta tesis no es demostrar la existencia o inexistencia de Dios, no abordaremos este tema, porque no es éste el lugar para hacerlo. Pero con respecto a esta propuesta sí podemos señalar que no armoniza con los diversos antecedentes arqueológicos e históricos, ni con el propio texto bíblico, pues en reiteradas ocasiones y de manera explícita en él se señala el nombre del autor de un determinado libro (Salmos, Proverbios, Eclesiastés, los Evangelios, Apocalipsis, y otros), mientras en otros distintos personajes intervienen y hacen uso de la palabra desde su propio yo, incluso personajes históricos como Nabucodonosor o Darío.

Pero hay algo que se deriva de esta concepción que nos parece interesante, pues nos lleva a abordar un tema que por sí mismo podría dar lugar a una o más tesis, y este es el del tópico de la vida como un teatro. Hay un par de textos que dan mucho que pensar a este respecto:

“Entonces dije: He aquí, vengo;
En el rollo del libro está escrito de mí”;
(Salmos 40:7)

“Mis huidas tú has contado;
Pon mis lágrimas en tu redoma;
¿No están ellas en tu libro”?
(Salmos 56: 8)

“Mi embrión vieron tus ojos,
Y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
Que fueron luego formadas,
Sin faltar una de ellas”.
(Salmos 139:16)

La idea de que la Biblia fue escrita por Dios bien podría entenderse en el sentido de que Dios, cual divino dramaturgo, escribió en las esferas celestes un texto dramático (del cual la Biblia es solo un reflejo), y que nuestra vida no es más que la escenificación de dicho texto; todo lo creado constituye la escenografía y la vida está representada por los distintos personajes que entran y salen de escena a medida que se van desarrollando los acontecimientos, obra cuyo telón se abre en el Génesis y se cierra (¿y reabre para una nueva obra?) en el Apocalipsis. Siendo la Biblia solo un pálido reflejo de aquel libro (recordemos la concepción platónica de las ideas), a diferencia de ese libro que lo contiene todo, solo puede considerar aquellos personajes y eventos especialmente relevantes (subjetivamente todos lo son) y que tienen relación directa con la trama central. De modo que siguiendo este (desprejuiciado) razonamiento, todo lo creado, todo lo que existe, todo lo que hacemos, pensamos y decimos, es palabra de Dios, y por ende, también lo es la Biblia. Y por esta vía llegamos al tema de la predestinación y del alcance de la libertad humana, frente al que se nos

presentan tres posibilidades: o Dios escribió el texto dramático y a nosotros no nos queda más que escenificarlo, o Dios solo se encargó de la escenificación, entregando a los personajes el desarrollo de la trama, la que Él, por su conocimiento de las cosas futuras, presencié hasta el final para luego escribirla, o entregó solo a algunos personajes -nosotros- una cierta libertad para salirse del libreto, para luego poner por escrito el resultado.

La *Biblia* no sería sino un fragmento de un libro mayor, escrito y guardado en las esferas celestes, inaccesible a los simples mortales. Algo similar se plantea respecto a la construcción del tabernáculo de reunión y del arca de la alianza por Moisés, y las instrucciones y especificaciones que se le dan a Ezequiel para la construcción del nuevo templo; en ambos casos se les presenta un modelo, un original en el que inspirarse, así como el Cristo glorificado es el modelo, el objetivo a alcanzar por el cristiano.

La postura que afirma que el autor de la *Biblia* es el mismo Dios encuentra algún asidero en el mismo texto bíblico a propósito de los escritos proféticos. Siguiendo la lógica bíblica, los profetas eran básicamente mensajeros encargados de entregar al pueblo de manera íntegra y absolutamente fiel el mensaje recibido de Dios, de manera que, desde esa

lógica, no se los podría considerar autores sino meros relatores o transcritores; el autor real sería Dios.

También desde la fe se ha planteado que, si bien quienes escribieron los distintos libros que conforman la *Biblia* fueron personas de carne y hueso como cualquiera de nosotros, sus palabras y la conservación de las mismas a través de los siglos obedecen a la inspiración y la voluntad divina. Para quienes sustentan esta postura, Dios, por ser de una naturaleza absolutamente incompatible con la de los simples mortales, no puede rebelarse a los hombres de manera directa. Es por ello que se hace necesaria, más que la intermediación humana, la mediación de la palabra; es a través de la palabra que Dios se da a conocer a sí mismo y hace saber a los hombres lo que fue, lo que es, lo que será, y qué es lo que espera de ellos. Salvo en el caso de las tablas de la ley (los 10 mandamientos escritos en piedra, escritos según el relato bíblico por la mano de Dios), todos los textos bíblicos tuvieron que ser escritos por alguien.

El argumento en el que se apoyan aquellos que sostienen que las escrituras bíblicas fueron divinamente inspiradas es el de que, pese a la diversidad de voces presentes que proceden de diversas épocas, geografías y

contextos, se aprecia una clara unidad respecto de su visión de mundo, fundamentalmente respecto del lugar que ocupa en él el ser humano. Si bien admiten que es posible encontrar algunas discordancias entre los diversos textos que conforman la *Biblia*, particularmente entre los del Nuevo y Antiguo Testamento, señalan que éstas no afectan su esencia, y que muchas veces dichas contradicciones son más bien aparentes y se derivan de una deficiente interpretación. Un texto bíblico clave al que recurren quienes defienden esta propuesta se encuentra en la segunda carta de Pablo a Timoteo (3:16): “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”. De alguna manera esta postura se hace cargo del hecho de que en la Biblia no solo se relatan personajes y acontecimientos dignos de imitar, pues contrariamente a lo que se podría esperar, la mayor parte de las enseñanzas son ofrecidas a modo de contraste, esto es, mostrando el mal obrar y sus consecuencias.

Desde la otra vereda ahora, desde la de aquellos que no reconocen el origen divino de la *Biblia*, es posible también distinguir a lo menos dos posturas: una que le atribuye un valor y otra que no.

La primera, pese a no reconocerle al texto un origen sobrenatural, lo aprecia como un producto cultural, como el resultado de tradiciones, vivencias y creencias de una colectividad, las cuales se fueron desarrollando durante el transcurso del tiempo y que, tras una fase de oralidad, quedaron plasmadas en un texto escrito. Desde esta perspectiva, como producto cultural, se reconoce que la *Biblia* constituye un objeto digno de ser estudiado desde las más diversas disciplinas: desde la literatura, desde la historia, desde la antropología, desde la arqueología, etc. Desentrañar el origen, la autoría de los textos bíblicos e interpretarlos, constituye una labor que puede y debe ser abordada científicamente. Para esta posición, conocer y entender la *Biblia* es conocer y entender la visión de mundo de aquellos que le dieron origen.

Existe asimismo una muy difundida postura, manifestada a través de distintos medios, que no solo no le reconoce a la *Biblia* un carácter sagrado, una autoría divina, sino que la desestima como objeto de estudio, atribuyendo su origen (como a la religión en general) a la ignorancia humana, a la persistencia de creencias y mentalidades primitivas incapaces de interpretar los hechos de la naturaleza de manera racional y objetiva. Normalmente esta visión tiende a culpar a la religión, particularmente a aquella que tiene o dice tener su base doctrinal en la *Biblia*, de todos los males pasados y presentes

de la humanidad. Paradójicamente este planteamiento, al igual que el primero que se ha presentado, habitualmente va acompañado de un alto grado de emotividad, de apasionamiento, que le impide realizar una lectura bíblica contextualizada, serena y mínimamente desprejuiciada.

En este trabajo no se ha considerado necesario adscribirse a ninguna postura en particular, por cuanto el desarrollo del tema no lo exige. Sí se ha considerado que hay un relativo acuerdo en el hecho de que los autores (materiales) de la *Biblia* eran integrantes de la nación judía, los cuales fueron consignando por escrito diversos acontecimientos, principios y creencias relevantes para su colectividad. Es relevante asimismo el hecho de que tanto la nación hebrea en su conjunto como los distintos autores/protagonistas de los relatos bíblicos, son figuras representativas de los marginados, los oprimidos, los exiliados, los sin tierra, sin dignidad.

El Antiguo Testamento constituyó (y constituye) el eje central de la religión judía y ha jugado un rol fundamental en su nacimiento y subsistencia como nación. En relación al Nuevo Testamento, no puede negarse su origen judío, al igual que el del cristianismo, ni la importancia fundamental que ha tenido en la historia de occidente.

2.- La situación de la obra

La palabra “*Biblia*” se deriva, a través del latín, de la palabra griega *biblia* (libros); se refiere específicamente a los libros que la iglesia cristiana reconoce como canónicos. La palabra griega *biblion* (cuyo plural es *biblia*) es un diminutivo de *biblos*, que en la práctica denota cualquier clase de documento escrito, pero originalmente uno escrito en papiro.

La Biblia es una recopilación de textos que en un principio eran documentos separados (llamados «libros»), escritos primero en hebreo, arameo y griego durante un periodo muy dilatado, y después reunidos para formar el Tanaj (Antiguo Testamento para los cristianos); junto al Nuevo Testamento forman la *Biblia* cristiana. En sí, los textos que componen la *Biblia* fueron escritos a lo largo de aproximadamente 1000 años (entre el 900 A. C. y el 100 d. C.).

Entre los cristianos no hay un acuerdo completo sobre su contenido. Algunas ramas de la iglesia siríaca no incluyen 2ª Pedro, 2ª y 3ª Juan, Judas y Apocalipsis en el Nuevo Testamento. Las comunidades romanas y griegas incluyen varios libros en el Antiguo Testamento, además de los que

componen la *Biblia* hebrea; estos libros adicionales forman parte de la Septuaginta cristiana.

La palabra “testamento” en las designaciones “*Antiguo Testamento*” y “*Nuevo Testamento*,” que se da a las dos divisiones de la Biblia, va desde el término testamentum en latín, al griego diatheke, que en la mayoría de las veces que aparece en la *Biblia* griega significa “pacto” en lugar de “testamento”. Los libros del *Antiguo Testamento*, entonces, se refieren a la historia del “antiguo pacto”, y los libros del *Nuevo Testamento* a la del “nuevo pacto.”

En la *Biblia* hebrea los libros del *Antiguo Testamento* están ordenados en tres divisiones: la Ley, los Profetas y los Escritos. La Ley consta del Pentateuco, los cinco “libros de Moisés.” Tradicionalmente se considera que el total de libros es veinticuatro, pero estos veinticuatro corresponden exactamente al cómputo común actual de treinta y nueve, puesto que en el último cómputo los Profetas Menores se cuentan como doce libros, y *Samuel*, *Reyes*, *Crónicas* y *Esdras-Nehemías* como dos cada uno.

El *Nuevo Testamento*, escrito en lengua griega koiné, complementa al *Antiguo Testamento* en relación al cumplimiento de promesas, y registra el testimonio de aquellos que vieron y escucharon a Jesús.

Durante los últimos 1600 años, la gran mayoría de los cristianos ha aceptado que el *Nuevo Testamento* está compuesto de veintisiete libros. Estos veintisiete libros caen naturalmente en cuatro divisiones: (1) los cuatro Evangelios, (2) los *Hechos de los Apóstoles*, (3) veintiún cartas escritas por los apóstoles y “hombres apostólicos” (4) y el *Apocalipsis*. Los primeros documentos que se escribieron del *Nuevo Testamento* fueron las primeras Epístolas de Pablo. Éstas (posiblemente junto con la *Epístola de Santiago*) fueron escritas entre 48 y 60 d.C., aún antes de que se escribiera el primero de los Evangelios. Los cuatro Evangelios pertenecen a las décadas 60 a 100, y también se deben asignar a estas décadas todos (o casi todos) los otros escritos del *Nuevo Testamento*. Mientras que la escritura de los libros del *Antiguo Testamento* comprendió un período de mil años o más, los libros del *Nuevo Testamento* se escribieron en un período de un siglo.

El nacimiento del cristianismo guarda bastante similitud con el nacimiento de la nación judía: ambos surgieron en un contexto de

dominación, opresión y persecución: de Egipto para los judíos y de Roma para los cristianos (y judíos).



3.- Las preguntas de investigación e hipótesis

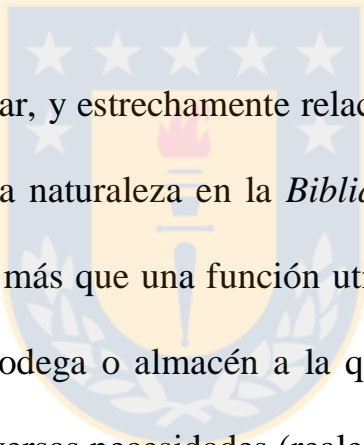
Como ya se ha señalado, esta tesis ha sido iniciada con el firme convencimiento de que existe un enorme desconocimiento de los planteamientos reales y más profundos que se encuentran vertidos en los textos bíblicos, desconocimiento que ha sido propiciado y mantenido por siglos por todos aquellos a quienes la divulgación de la verdad allí contenida podría resultar altamente perjudicial y peligrosa. Esta verdad, manifestada en múltiples y diversas verdades, es la que (tal vez arrogantemente, quien sabe) se ha pretendido, al menos en parte, tratar de sacar a la luz en este trabajo.

Se ha considerado en este punto que resultará más claro para el lector que se formulen primeramente una serie de preguntas respecto de los aspectos críticos que han de ser abordados en esta tesis, y luego formular una respuesta tentativa que ofrezca una solución a los cuestionamientos propuestos, esto es, formular una hipótesis. Si bien las interrogantes son diversas, se procurará demostrar durante el desarrollo de la tesis que todas están estrechamente ligadas.

En primer lugar, existe una clara y mayoritaria tendencia entre los autores a señalar, con mayor o menor grado de certeza, con mayor o menor

o conocimiento del texto bíblico, que en términos globales la visión de mundo que se presenta en la *Biblia* es esencialmente antropocéntrica; de esta manera este texto sagrado pondría al hombre en una situación privilegiada, de superioridad respecto del resto de la creación, pero...

¿Plantea realmente la Biblia una visión antropocéntrica de la creación?



En segundo lugar, y estrechamente relacionado con el punto anterior, se ha planteado que la naturaleza en la *Biblia* cumpliría con respecto a la especie humana nada más que una función utilitaria, es decir, no sería más que una especie de bodega o almacén a la que el hombre recurre para la satisfacción de sus diversas necesidades (reales o inventadas), pero a la cual no estaría ligada afectivamente, ni compartiría un origen y ni un destino común. En suma, se plantea que la *Biblia* no considera al hombre como formando parte de un ecosistema, sino sirviéndose (desde afuera) de él, pero...

¿Considera realmente la *Biblia* al hombre como un ser desligado del resto de la creación, con un origen y destino propio, único, exclusivo y excluyente?

En tercer lugar, se ha reclamado por algunos la falta de atención, la poca importancia que el texto bíblico da a la naturaleza, como si lo único trascendente fuera el ser humano, pero...

¿Realmente la naturaleza ocupa en la *Biblia* un lugar irrelevante?; ¿qué lugar ocupa la naturaleza en la *Biblia*?

En cuarto lugar, desde diversos sectores y desde hace ya varios siglos, se ha considerado que el texto bíblico ha estado al servicio de las clases dominantes, que ha sido una herramienta útil de dominación y un obstáculo para el progreso, la justicia social y la anhelada libertad del hombre, clases dominantes que han pretendido tener dominio incluso sobre las conciencias, sobre las almas, pero...

¿Existen en la *Biblia* pasajes que autoricen o avalen la explotación del hombre por el hombre, el dominio político y económico de unos sobre otros? y, ¿de qué manera se concibe en la *Biblia* el concepto de libertad?

En quinto lugar, y nuevamente estrechamente ligado con los planteamientos anteriores, diversos sectores consideran que la *Biblia* autoriza al hombre para sacrificar a la naturaleza para el logro de sus fines, en tanto otros consideran el progreso material individual como una muestra del favor divino, pero...

¿Qué dice la *Biblia* respecto del uso irracional de los “recursos naturales”? y, ¿se considera en la *Biblia* que la riqueza obtenida a costa del sacrificio del “otro” (de sus semejantes y de la naturaleza) es una bendición de Dios para sus escogidos?

En la presente tesis hemos de hurgar en el texto bíblico para encontrar y presentar de la manera más clara y honesta posible (nunca se puede descartar algún prejuicio inconsciente) las respuestas a estas interrogantes. Por ahora se ha de aventurar la siguiente hipótesis que pretende englobar y responder los diversos cuestionamientos recién realizados.

Hipótesis:

En la *Biblia* la especie humana es considerada parte integrante de la naturaleza, a la cual se encuentra unida por un origen y destino común; asimismo la naturaleza, la creación, es considerada un organismo viviente, extremadamente valioso, capaz de reaccionar al accionar humano, y no una inagotable fuente de recursos destinada a saciar la codicia del hombre institucionalizada en un sistema político, económico y religioso que, de modo persistente, tramposo y violento, le niega a la naturaleza y al mismo ser humano la posibilidad de alcanzar (recuperar) su ansiada libertad.

4.- Objetivos

Objetivo general:

Demostrar que en la *Biblia* la especie humana es considerada parte integrante de la naturaleza, a la cual se encuentra unida por un origen y destino común.

Objetivos específicos:

- Demostrar que en la *Biblia* la naturaleza, la creación, es vista como un organismo viviente, valioso, capaz de reaccionar al accionar humano.
- Demostrar que en la *Biblia* la naturaleza no es considerada una fuente de recursos destinada a saciar la codicia del hombre.
- Demostrar que en la *Biblia* se reconoce que la codicia llega a institucionalizarse en un sistema político, económico y religioso que de modo persistente, tramposo y violento le niega a la naturaleza y al mismo ser humano la posibilidad de alcanzar (recuperar) su libertad.

Necesariamente durante el desarrollo de esta tesis y particularmente luego de alcanzados los objetivos específicos, se habrán de emitir juicios de valor a su respecto dado el carácter altamente contingente de la temática abordada.



5.- La justificación y alcances

No constituye ninguna exageración el decir que el cuidado del medio ambiente constituye una cuestión de vida o muerte, no solo para la especie humana, sino para la vida en general. La lista de especies extintas o en peligro de extinción crece día a día.

La importancia de hacer una lectura ecocrítica de la *Biblia* radica fundamentalmente en:

- La ignorancia generalizada respecto de una serie de importantísimos planteamientos bíblicos relacionados con el lugar del hombre y la naturaleza en la creación.
- El hecho de que habitualmente no se realizan lecturas de este tipo (de las que tengamos conocimiento).
- El hecho de que las personas que se declaran cristianas constituyen el 33% de la población mundial, muchas de las cuales desconocen aspectos relevantes de la doctrina que profesan, en este caso, los relativos a la relación del hombre y la naturaleza.

- Un 73% de la población de la nación del mundo que más recursos consume y una de las que más contaminación produce, Estados Unidos, se declara cristiana.

- En nuestro país sobre el 80% de los habitantes se considera cristiano, y un porcentaje importante de los actuales y futuros profesores también lo son; un mayor conocimiento de la importancia que en la *Biblia* se atribuye a la naturaleza podría redundar en que éstos pongan un mayor énfasis en el aula respecto de la necesidad de cuidar el medio ambiente.

- La *Biblia*, vista desde el punto de vista estrictamente literario, contiene pasajes en los que la naturaleza es presentada de una manera estéticamente muy bella; bien vale la pena detenerse en ellos.

6.- Los antecedentes

Debemos en este punto hacer una distinción entre los estudios religiosos y los seculares.

Respecto de los estudios religiosos del *Antiguo Testamento* (equivalente a la *Torá* judía), éstos se realizaron durante siglos, y el resultado de esos estudios se encuentra consignado en el *Talmud*, que recoge principalmente las discusiones rabínicas sobre leyes judías, tradiciones, costumbres, narraciones y dichos, parábolas, historias y leyendas. El *Talmud* extiende, discute, cuestiona, explica y complementa la *Torá*, pero no puede, por definición, contradecirla en su esencia. Dado el enfoque temático y teórico adoptado en esta investigación y la enorme distancia temporal, geográfica y cultural que nos separa del enfoque rabínico, en general los comentarios de los rabinos contenidos en el *Talmud* no nos serán de mucha utilidad; no está de más decir que el propio Jesús desestimó la interpretación rabínica por apartarse (y contraponerse a veces) al espíritu con que había sido escrito el *Antiguo Testamento*.

Durante la primera etapa de crecimiento y expansión del cristianismo, sus seguidores no contaban aún con un texto escrito, canónico, que les

serviera de base doctrinaria, limitándose en general al uso del *Antiguo Testamento*. Recién en el siglo IV d.C. fue sancionado el canon que hasta hoy utiliza la iglesia católica; con anterioridad a esa fecha ya se contaba con los libros que componen el *Nuevo Testamento*, pero no se había definido aún su canonicidad.

Tras la muerte de los apóstoles de Jesús y de los discípulos de éstos, surgieron durante el siglo IV y V una serie de escritores cristianos (católicos) que recibieron la denominación de “padres de la iglesia”. Éstos produjeron diversos escritos en los que a partir de su interpretación de los textos bíblicos, elaboraron las bases doctrinales de la iglesia católica; entre estos se encuentran San Ambrosio de Milán, San Agustín de Hipona, San Jerónimo de Estridón y San Gregorio Magno. De entre éstos se ha de rescatar particularmente los planteamientos hechos por San Agustín respecto del necesario equilibrio que ha de existir entre razón y fe, su concepción acerca de *La Ciudad de Dios*, y su ética social.

Durante los siglos siguientes decayeron ostensiblemente las exégesis bíblicas, tanto en calidad como en cantidad. Rescataremos de este periodo a San Francisco de Asís y su llamado a vivir austeramente y la estrecha

vinculación que hace entre Dios y naturaleza, reflejada particularmente en *“El cántico de las criaturas”*.

A partir de la reforma protestante se inicia un periodo de gran auge de los estudios bíblicos (de carácter religioso). De los planteamientos realizados a nivel doctrinario tienen especial relevancia para el desarrollo de esta tesis el especial énfasis que se pone en la concepción de que el hombre alcanza la salvación por gracia y no por las buenas obras que pueda realizar. Por influencia del pensamiento protestante se admite la usura, esto es, el cobro de intereses por el otorgamiento de créditos, posibilidad que hasta ese momento había sido restringida por la iglesia católica y que solo practicaban los prestamistas judíos. Todo lo anterior habría de tener importante influencia en el auge del capitalismo, la industrialización y, más adelante, en el crecimiento y desarrollo acelerado de los países no católicos, particularmente de Estados Unidos.

Posteriormente han de rescatarse algunos de los planteamientos realizados desde la Teología de la Liberación, que consideraba que la pobreza era un escándalo intolerable en una América Latina masivamente cristiana y

católica, y cuyo objetivo era transformar esta situación de pobreza injusta e inhumana.

Los estudios de la *Biblia* han sido y son posibles desde el plano secular, porque los académicos y estudiosos de las ciencias bíblicas no tienen por qué tener un compromiso de fe con los textos que estudian. Las ciencias bíblicas o estudios bíblicos son la aplicación de un conjunto de disciplinas diversas al estudio de la *Biblia* judía y cristiana. Para su teoría y métodos, esta área del conocimiento se basa en disciplinas que van desde la arqueología hasta la crítica literaria, la historia, la filología y las ciencias sociales; entre estas disciplinas están la arqueología, egiptología, crítica textual, lingüística, historia, sociología y teología. La investigación de los académicos bíblicos es denominada con frecuencia crítica bíblica. No presupone, pero tampoco niega, la creencia en el origen sobrenatural de las escrituras. En vez de eso, aplica a la Biblia métodos de análisis textual utilizados en otras disciplinas de las ciencias sociales y humanísticas. Numerosos estudiosos bíblicos también interactúan con los intérpretes y métodos de interpretación tradicionales judíos y cristianos, que podrían denominarse exégesis bíblica o hermenéutica e historia de la interpretación o historia recibida.

Entre los filósofos que se interesaron por los textos bíblicos se encuentra Immanuel Kant, quien propuso un conjunto de principios de interpretación para leer la *Biblia*. Friedrich Nietzsche con su célebre frase “Dios ha muerto” no puede dejar de mencionarse, así como su división de los hombres en señores y siervos y su enfrentamiento con el cristianismo. Largo sería enumerar a los filósofos que han escrito sobre los textos bíblicos, sus obras y los distintos planteamientos que han hecho.

Pero también desde la literatura se han escuchado voces que nos hacen referencia a los textos bíblicos: Gabriela Mistral, Antonio Machado, Rubén Darío, Miguel de Unamuno, etc.

Ahora bien, puntualmente respecto del tema sobre el que versa esta tesis, que puede resumirse en la relación hombre y naturaleza en la Biblia desde una perspectiva ecocrítica, nos parece que no se ha realizado una propuesta equivalente a la que aquí hacemos. Sí es posible encontrar artículos que de una u otra forma resaltan, como San Francisco de Asís, la presencia de Dios en la naturaleza, y algunas propuestas que coinciden con algunos de los planteamientos que aquí se han de verter, pero no nos hemos preocupado de profundizar en ellos ni menos de seguirlos, pues nuestro propósito es

aportar nuestra particular visión del tema, la que por lo demás ha procurado entregar un enfoque globalizador.



II.- Marco teórico

Ecología y Ecocrítica

En esta sección corresponde hacer referencia al marco teórico que en alguna medida va a orientar el sentido que ha de tomar la lectura de los textos seleccionados.

El marco teórico seleccionado es el de la Ecocrítica o Ecocriticismo. Como su nombre claramente lo anuncia, sus planteamientos se encuentran ligados al concepto de ecología. Es por ello que antes de referirnos a lo que hemos de entender por ecocrítica, cuáles son sus postulados fundamentales y de qué manera y en qué medida servirá de marco a los planteamientos que se formularán en esta tesis, es menester abordar previamente el concepto de ecología, cuál es su origen y cuál su actual situación.

Pero para lograr una cabal comprensión de ambos conceptos - ecocrítica y ecología -, se hace imprescindible tomar un poco de distancia remontándonos brevemente en la historia, pues los acontecimientos actuales no pueden ser verdaderamente comprendidos si no se considera lo ocurrido en el pasado, si no tenemos a la vista sus antecedentes. Y este necesario

recorrido nos obligará a revisar (entre otros) conceptos como teocentrismo, antropocentrismo, y ecocentrismo que, dicho de manera sucinta, aluden a los diversos ejes que a través del tiempo han ido articulando el devenir del pensamiento y obrar humano.

Partamos con lo fundamental: qué es la ecología. La importancia de tener claro este concepto radica en que una de las principales características de la ecocrítica es “el uso de conceptos de la ecología aplicados a las composiciones literarias y el compromiso de incitar una conciencia ecológica a través de la literatura” (López, 2007). Pero pese a que el término ecología es de origen relativamente reciente (fue utilizado por primera vez por Ernst Haeckel en 1869), es evidente que su contenido, su esencia, ha estado siempre presente, desde el origen de la vida misma (de la misma manera que América existía desde mucho antes de que a un Europeo se le ocurriera llamarla así). De manera que se hace necesario hacer un poco de historia.

El centro, el eje articulador del pensar y obrar humano ha ido cambiando a través de los tiempos y de los espacios, en una relación dialéctica en la que el pensamiento transforma al hombre y el hombre al

pensamiento; de más está decir que cualquier cambio que afecte a uno u otro, hombre y pensamiento, afectará a todo aquello sujeto a la influencia humana. Así, basta con echar un breve vistazo al arte rupestre (aún el de distintas épocas y lugares) para darnos cuenta de que el centro de la vida de sus creadores lo constituía su entorno, aquello de lo que su vida dependía y, fundamentalmente, los animales cuya caza les brindaba alimento y abrigo. Cazadores y presas comparten una misma escena, un mismo paisaje, una misma morada. Era ésta una época gobernada por el pensamiento animista, entendiendo por animismo “la tendencia a atribuir a los entes y las cosas, orgánicos e inorgánicos, un alma análoga a la que poseen los seres humanos”, el que “suele manifestarse en los niños como la tendencia a atribuir a las cosas un alma y unas intenciones” (Ventura, 2003). Dejamos desde ya planteada la interrogante: ¿la Biblia admite o, en alguna medida, valida el pensamiento animista?; procuraremos ofrecer una respuesta en el desarrollo de esta tesis.

Una concepción similar, aunque con un mayor grado de complejidad y elaboración, existió en mayor o menor medida en las grandes civilizaciones de la humanidad. Es cierto que algunas civilizaciones intentaron dejar atrás dicha concepción de la realidad, sea por la vía religiosa - proponiendo la existencia de una dualidad Creador/Creación - sea por la vía de buscar una

explicación racional a los hechos de la naturaleza, sin embargo, aún hoy, en las más diversas culturas y estratos la concepción animista se resiste a desaparecer.

Es en la antigua Grecia, cuna de la civilización occidental, que los mitos fundacionales que servían de base y sustento a sus creencias religiosas y su visión de mundo comenzaron a ser desplazados por las diversas formas que fue asumiendo el pensamiento filosófico-científico; “en esta época ciencia y filosofía son equivalentes, es imposible distinguir las” (Rodríguez Alfageme, 1978). Sin embargo, y pese a que las explicaciones acerca del origen e interacción entre las cosas tenían pretensiones de racionalidad, muchas de ellas (como seguiría ocurriendo en los siglos siguientes) carecían de lo que hoy llamamos “rigor científico”, y en ocasiones solo diferían de las explicaciones mágico-mitológicas por su pretendida objetividad; pese a ello, fueron los griegos quienes procuraron (aunque no necesariamente consiguieron) reunir y desarrollar el primer corpus científico plenamente racional. Es en esta etapa de la historia humana en la que - de forma más nítida - se observa al hombre tratando de explicar la realidad desde la razón; ya no será necesario recurrir a los dioses para explicarla, pues, como señalaba Protágoras, el ser humano se transforma en la medida de todas las cosas, frase

ésta que es vista mayoritariamente como la expresión que mejor sintetiza lo que hoy conocemos como antropocentrismo.

¿Y por qué fueron precisamente los griegos quienes dieron los primeros pasos en el camino de lo que hoy entendemos por ciencia?

Rodríguez Alfageme (1978) considera que fueron ciertas particularidades de la religión griega las que hicieron posible el surgimiento de una forma de pensamiento que puede ser considerado científico. A diferencia de los dioses de casi todas las religiones del mundo, los dioses griegos no son creadores, la Naturaleza los precede, de manera que, en resumidas cuentas, para bien o para mal, la forma en la que el hombre se relaciona con su entorno no es de incumbencia divina, por lo que la humanidad no tiene obligación de rendirle cuenta alguna a este respecto; esta particular concepción extenderá su influencia hasta nuestros días, luego de que bases del pensamiento griego sean recogidas y acogidas por la Ilustración. Los dioses griegos son fundamentalmente antropomorfos y, tal como los hombres, deben ganarse su lugar en el mundo de lo divino, haciendo para ello uso de las diversas técnicas que van aprendiendo (Hefesto, Asclepio, etc.), técnicas que de una u otra forma son transmitidas a los

mortales. Su ética, debilidades y fortalezas no son muy distintas a las de los hombres, y pueden ser tan esclavos del destino o Hado como ellos.

De manera que naturaleza y dioses pertenecían para los griegos a distintos planos de la realidad, por lo que desde el punto de vista religioso no había obstáculo alguno para que el hombre griego intentara descifrar los secretos de la naturaleza. Pero no fue éste el único factor que influyó en el nacimiento de la ciencia, también lo fueron la particular organización política y social de Grecia (en especial la organización estatal de la justicia, en la que era fundamental la argumentación y la prueba, dos de las notas características de la ciencia) y el desarrollo de la técnica.

A grandes rasgos se puede decir que “Aristóteles trazó el esquema de las ciencias de la Antigüedad e inauguró una etapa acumulativa en el historial de la ciencia que llega hasta la Edad Moderna y en algunos casos hasta la Contemporánea” (Rodríguez, 1978). Aristóteles fue el punto de referencia a partir del cual se desarrolló la Gran Revolución Científica, pues quienes hacían ciencia o iban en contra de sus teorías, o bien las perfeccionaban, o a partir de ellas planteaban nuevos problemas, nuevas interrogantes.

A pesar del progreso alcanzado en la antigua Grecia, la ciencia entró en un periodo de decadencia llegando hasta desaparecer casi por completo en occidente hasta el Renacimiento. Nuestro primer pensamiento, casi automático, sería el atribuir esta decadencia al cristianismo, sin embargo Rodríguez aclara que el declive de las ciencias se inició mucho antes de su aparición en escena. El origen de este periodo de decadencia se encontraría en el debilitamiento y desaparición de uno de los factores que permitieron dar sus primeros pasos al pensamiento científico: la organización social de la ciudad-estado. En la época helenística esta forma de organización social desaparece; el hombre pasa de ser ciudadano de la polis a súbdito de un monarca, monarca que no solo reúne en sí todo el poder político, sino que (desde Alejandro) se transforma en una divinidad con la que el súbdito establece una relación religiosa. El ciudadano ya no necesita preocuparse de la discusión y elaboración de las leyes, pues las leyes son obra directa del rey-dios. Hay también un segundo factor que para Rodríguez (1978) explica el declive de las ciencias helenísticas, y es que éstas “habían llegado al límite del desarrollo que les permitían los medios técnicos, en sentido amplio, de la época”.

De manera que desde la época helenística hasta el Renacimiento, la ciencia (en el sentido actual del término) permanece en un estado que podríamos llamar de hibernación; la ciencia no ha muerto, pero se encuentra en un estado de letargo del que solo ocasional y momentáneamente logra salir.

El cristianismo primitivo marca un punto de inflexión en cuanto a la visión de mundo predominante; su doctrina, que llamaba a la caridad y austeridad (en un mundo que navegaba en el sentido inverso) y su negativa a rendir culto a los emperadores, despertaron la ira de estos últimos, lo que se tradujo en una serie de persecuciones y operaciones de exterminio. En el cristianismo el hombre no responde ante el hombre, el hombre responde a Dios; pero ¿y quién es Dios?; bueno, ésta es la pregunta clave, para la cual no existe una respuesta completa, una interrogante que el hombre se ha planteado desde que es hombre, pues cuando logre conocer Dios, podrá por fin conocerse a sí mismo.

Evidentemente las interrogantes fundamentales para el cristiano primitivo tenían que ver no tanto con conocer su entorno natural, como con descubrir y construir a Dios en y por sí mismos, a fin de estar preparados para

el prometido retorno del Mesías. No debería sorprendernos tampoco que los primeros cristianos carecieran de inquietudes de índole científica, si tenemos en consideración que en su inmensa mayoría provenían de los estratos sociales más bajos (pescadores, esclavos, prostitutas, etc.), personas por lo general analfabetas y sin ningún tipo de formación académica. El origen social de los primeros cristianos es un aspecto a considerar y al que no hay que restarle importancia, pues no debemos olvidar que, salvo excepciones, en la antigua Grecia la ciencia era cultivada por miembros de las clases dominantes, los que tenían cierto nivel de instrucción y disponían del tiempo y recursos necesarios para dedicarse a la reflexión y la investigación, gracias a que las labores productivas eran desarrolladas por mano de obra esclava o por siervos (volveremos sobre este punto durante el desarrollo de la tesis).

Pero el cristianismo primitivo, en contra de su propia esencia, terminó institucionalizado. Con el transcurso del tiempo, “los cultos de Isis, Mitra, Cibele, Sol Invictus, así como los gnósticos, cristianos y otros, no solo se apropiaron de ideas y rituales en forma recíproca, sino que también llegaron a compartir un cierto número de creencias básicas” (Grant, 2016).

Declarada religión oficial por el emperador Teodosio en el año 392, su propuesta inicial, desnaturalizada, adulterada, pasa de ser la fe de los desposeídos a convertirse en una herramienta al servicio del poder temporal, algo totalmente ajeno a sus principios (“mi reino no es de este mundo”, Juan 18:36). Nuevamente se hace innecesario buscar respuestas a las preguntas sin fin que la existencia plantea, porque es la autoridad político-religiosa la que determina cuáles son las preguntas válidas y cuáles las respuestas correctas. Emperador y Papa constituyen las dos columnas del Imperio, una apoyada en la otra, mutuamente dependientes. El emperador gobierna por la voluntad de Dios, y es el Papa en su calidad de vicario (representante) de Cristo, quien determina cuál es esa voluntad; pronto en virtud de esa calidad de vicario se le atribuirá el carácter de infalible: el Papa nunca se equivoca. Si Dios habla a través del Papa, ¿cómo podría el hombre común atreverse a cuestionar sus dichos?; su sencilla creencia sin cuestionamientos se lo impide, y si se le ocurriese llegar a hacer algún cuestionamiento corre el riesgo de verse marginado de la vida social, de ser señalado como hereje o hacerse acreedor de una sanción aún mayor, como la de perecer en la hoguera.

El periodo de mayor decadencia de la ciencia va aproximadamente del año 500 a 1000 de nuestra era. La ausencia de eruditos en las diversas

disciplinas y la falta de una educación formal, crean la necesidad de simplificar el contenido de los textos, los que por su complejidad se encontraban fuera del alcance de quienes tenían alguna curiosidad por el saber científico. Se recurre para ello a los compendios. En la alta Edad Media estos escritos terminaron siendo copias de copias, de copias, en las que reinaban mayormente la confusión y las contradicciones. De manera que durante esta época el conocimiento en occidente no pudo elevarse sino hasta lo heredado de los enciclopedistas latinos.

Pero la situación comenzaría a cambiar gradualmente con la llegada de la llamada era de las traducciones (1000 a 1200). Casi la totalidad de los escritos originales griegos disponibles fueron traducidos por los árabes. El francés Gelberto de Aupillac, en la segunda mitad del siglo X, tuvo acceso a las traducciones árabes, y procuró difundir dicho conocimiento. Pronto surgió la conciencia de la pobreza del conocimiento presente, la grandeza de los pensadores antiguos, y la necesidad de tener acceso a sus obras. Se da comienzo a la traducción de los textos clásicos a partir de los textos disponibles en árabe. Las obras lógicas, científicas y filosóficas de Aristóteles constituían el núcleo central del currículum.

Contrariamente a lo que muchos piensan, ideas predominantes en el pensamiento medieval tales como la de que la tierra se encontraba posicionada, inmóvil, en el centro del universo y que eran los astros (Luna, planetas, sol, estrellas) los que giraban a su alrededor en una serie de 55 esferas concéntricas, tienen su fundamento en los planteamientos aristotélicos y no en el texto bíblico, aunque a este respecto se acomodaban al pensamiento teológico del momento. Carece asimismo de fundamento la extendida creencia de que los hombres del medioevo pensaban que la tierra era plana, pues Aristóteles - a quien con veneración denominaban “el filósofo” - hacía ya varios siglos había afirmado que la tierra tenía forma de esfera, conocimiento ampliamente difundido en la época. Sin embargo, algunas de sus afirmaciones, como la de que el mundo era eterno (negaba la creación por Dios), la de que los procesos de la naturaleza eran regulares e inalterables (imposibilidad de los milagros), y su afirmación de que el alma no sobrevivía al cuerpo, no resultaban tan convenientes para el pensamiento religioso reinante, por lo que en cierto momento algunas de sus obras fueron (transitoriamente) prohibidas.

Pero lo que hemos venido señalando en los párrafos inmediatamente precedentes, dice relación con la “elite” intelectual de la época pero, ¿qué

ocurría con el vulgo, con el “común o conjunto de la gente popular”, con el “conjunto de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial” (RAE)? Carlos Barros (1997) en su texto *“La humanización de la naturaleza en la Edad Media”* da algunas luces al respecto.

En cuanto a la relación hombre-naturaleza, la Edad Media se encuentra a medio camino entre al antiguo culto a la naturaleza, basado en la superstición antes que en la razón, y “el culto moderno y laico al progreso tecnológico” (Barros, 1997). El hombre medieval ha recibido una doble herencia: en diversos grados, ha conservado las antiguas creencias animistas, derivadas tanto de las culturas prehistóricas como del paganismo romano, y también algo de la racionalidad del pensamiento griego; pero a ello sumaron una concepción nueva: la del culto al Dios Creador antes que a su creación.

Era inevitable que concepciones tan disímiles entraran en conflicto. En el siglo VI, Martín de Dumio, obispo, teólogo y escritor eclesiástico hispano católico denuncia cómo los hombres, abandonando a Dios, "adoraban al sol, otros a la luna o a las estrellas, otros al fuego, otros al agua subterránea o a los manantiales de las aguas, creyendo que todas estas cosas no habían sido creadas por Dios para uso de los hombres sino que, nacidas de sí mismas,

eran dioses" (Barros, 1997). Si bien la iglesia procuraba que sus "fieles" (pues al parecer no lo eran tanto) abandonaran dichas creencias, terminaron en alguna medida tolerándolas y/o incorporándolas, como ha sido la tónica de la iglesia católica a través de su historia. Así, el cristianismo medieval fluctuó entre la oposición frontal y directa al animismo mágico, y la incorporación de éste a las prácticas religiosas, tendencia ésta que finalmente terminará imponiéndose, pero siempre considerando a la naturaleza como obra de Dios y no como una deidad per se.

De manera que la diferencia entre el animismo medieval y el animismo medieval cristianizado y sincrético radica en que, si bien la naturaleza no es ni debe ser objeto de culto ni es sagrada por sí misma, no es por ello menos maravillosa, menos prodigiosa, pues es la manifestación visible, palpable, del poder y del amor divino.

Al igual que en las culturas precristianas, y al igual que otras culturas milenarias como la china y la japonesa, en la Edad Media el hombre se ve como formando parte de su entorno natural; no se considera a sí mismo como un sujeto y a la naturaleza como un objeto, para él, ambos son sujetos. Es esa cercanía lo que los lleva a considerar la protección de la naturaleza como una

preocupación central, cercana a la idolatría; el hombre medieval no se confunde con la naturaleza como el hombre primitivo, pero tampoco se distancia tanto de ella como para verla como un objeto, como le ocurre al hombre moderno.

Ahora bien, el que la naturaleza sea vista como un sujeto tiene sus consecuencias. Con sus semejantes, según las circunstancias, el hombre puede adoptar distintas actitudes: cooperar o competir, sanar o herir, dar o quitar. En la Edad Media la naturaleza es amada, necesitada, deseada, pero también respetada, temida. Como resultado de la mentalidad medieval y de lo limitado de los avances técnicos, ambos sujetos, hombre y naturaleza, coexisten en una relativa armonía, un relativo equilibrio que magia y religión avalan; luchan entre sí, pues la naturaleza no entrega sus frutos sin que el hombre tenga que esforzarse por obtenerlos, pero el hombre medieval es consciente de su situación desventajosa, consciente de su vulnerabilidad. Cada cierto tiempo, plagas, pestes, sequías, inundaciones, se encargan de recordarle su lugar en la relación y lo empujan a implorar el auxilio divino. En el medioevo el racionalismo existe, pero es débil, fundamentalmente por la dificultad de enlazar adecuadamente causas y efectos; por su herencia

animista y cristiana, existe una muy fuerte predisposición hacia lo maravilloso.

Es francamente sorprendente enterarse de algunas de las medidas protectoras de la naturaleza adoptadas durante la Edad Media; si bien éstas obedecen a una razón práctica, utilitaria si se quiere (en el sentido que procuran resguardar los medios de subsistencia en una economía natural, a escala humana como se diría hoy), no es ésta la razón única, ni la fundamental. Siendo la naturaleza un sujeto, y no cualquier sujeto, sino uno que tiene el poder de diezmar rápidamente y sin piedad poblaciones enteras, debían procurar estar en paz con ella y evitar hacer aquello que pudiera causar su enojo (animismo) o el de su dueño y creador (cristianismo).

En su obra cita Barros algunas Partidas:

como el Rey deve guardar su tierra, pues procurando que se non yermen las villas, nin los otros logares... E otrosi, que los árboles, ni las viñas, ni las otras cosas, de que los omes biven, ni los corten, ni los quemén, ni los derryguen, ni los dañen de otra manera, ni aun por enemistad.

Cita asimismo uno de los dictámenes del rey:

qual quier que cortare o derrygare o quemare pinnos en los pinares o enzinas en los enzinares de los conçeios, commo dicho es, para fazer senbradas, quel maten por ello e demas que pierda todos sus bienes.

Como consecuencia de esta mentalidad y medidas como éstas, el mundo medieval pudo gozar de una naturaleza relativamente inalterada; según Barros, la gran deforestación de Europa tuvo lugar luego de la Edad Media, entre los siglos XVI y XVIII, alcanzando su punto más álgido e irreversible entre finales del siglo XVIII y principios del XIX.

El auge del comercio y las ciudades a fines de la Edad Media, trajo consigo un cambio en la visión existente de la naturaleza. El hombre comienza a distanciarse, a mirarla tras el cristal de una ventana. La sensación de seguridad que proporciona la ciudad otorga al hombre una engañosa sensación de libertad; no es la tierra, el bosque, los ríos, el mar los que los sustentan y abriga, sino el mercado (en su doble acepción). La naturaleza pasa de ser un sujeto a convertirse en un objeto observable, estudiable, explotable. En nombre de la racionalidad y del progreso se combaten superstición y religiosidad:

El racionalismo y la Ilustración preparan de este modo el camino a la revolución industrial, gran protagonista de la reestructuración ecológica más significativa de la historia medioambiental de nuestro planeta, la consecuencia más sonada de la sustitución de la religión por la ciencia y la economía, de Dios por el mercado, en las relaciones hombre-naturaleza. (Barros, 1997)

Siempre se ha sostenido que la mentalidad de la Edad Media era teocéntrica, la que habría mutado a antropocéntrica en la época moderna, pero por lo visto esta parece no ser más que una simplificación de academia. Bien cabe preguntarse aquí si ésta o alguna sociedad humana fue, en rigor, alguna vez teocéntrica (o por el contrario, antropocéntrica). Creo que para aceptar una respuesta afirmativa se requiere una dosis de ingenuidad que por estos lares y días es difícil conservar. Una sociedad teocéntrica tiene su centro, su eje articulador, su principio y fin en Dios, en la divinidad; pero surge la primera cuestión: ¿qué o quién es Dios?, ¿quién define cuál es su esencia, cuál su voluntad? La inmensa mayoría de los pueblos, desde los más pequeños y aislados, hasta los más extensos imperios, comparten algo en común: una clase sacerdotal (desde el médico brujo hasta el clero) y una clase o grupo gobernante, esto es, personas que hablan por los dioses y personas que de una u otra forma están encargadas de mantener el statu-quo que a

ambos ampara. Si es una determinada clase social (casi siempre asociada con el poder) la encargada de revelar la voluntad divina, ¿se puede afirmar que la sociedad que acata dichos mandatos es una sociedad teocéntrica?; pienso que no.

A veces también ocurre que las creencias religiosas son reemplazadas por filosofías, ideologías y dogmas, que nominalmente ponen al hombre en el centro de todo quehacer; como si de alguna religión se tratase tienen sus maestros, predicadores, templos, profetas y, como no, sus jueces y sus verdugos. Si hacemos un examen superficial podríamos llegar a la conclusión de que las sociedades que acogen y aplican dichas doctrinas (dadas en teoría por y para los hombres) son sociedades antropocéntricas, sin embargo creo que la historia nos ha demostrado una y otra vez que esto nunca ha sido así, que el accionar humano, salvo excepciones, ha estado inspirado y dirigido fundamentalmente por quienes detentan el poder en sus múltiples formas, siempre buscando defender y acrecentar los intereses de grupos determinados: “no es la especie humana como tal el centro del mundo al que pertenecemos, sino que el centro lo constituyen sólo algunos miembros de la especie que se sobreponen a los demás...” (Duarte, 2014).

El resultado de cada una de las revoluciones hechas en nombre de la humanidad ha sido, en mayor o menor medida, el mismo: cuando se hace suficientemente fuerte, el león joven reta y vence al viejo que se ha vuelto incapaz de conservar el poder, le da muerte o lo destierra, da muerte a su progenie y ocupa su lugar ... hasta que pasado un tiempo otro haga lo mismo con él; George Orwell, de manera muy preclara nos hizo y hace ver cómo esto ocurre en *“La granja de los animales”*.

Ahora bien, según Reimer (2003) las opiniones compartidas en la modernidad pueden resumirse en el siguiente enunciado: “La tierra es una abundancia a ser dominada y explotada a favor de los seres humanos”. Sánchez Yustos (2011) por su parte, en consonancia con lo planteado a propósito de la relación hombre-naturaleza en la Edad Media, señala que la Modernidad nace cuando la antigua sociedad rural muta en industrial y urbana, lo que se traduce en “la expansión de la economía de mercado, la innovación científica, la industrialización y urbanización a gran escala y, como consecuencia, un crecimiento poblacional sin precedentes”, cambios éstos que favorecen el surgimiento y consolidación de la burguesía y del capitalismo. El motor de estos cambios, plantea, radica en la Revolución Científica que pone sus conocimientos al servicio del Estado moderno, todo

ello dirigido por el mercado, alzándose la economía como la fuerza dominante.

Es en el siglo XX que la modernidad alcanza su pleno desarrollo, mismo siglo en el que se comienzan a hacer evidentes las funestas consecuencias que el cambio de mentalidad y la consecuente hiper-industrialización han acarreado a los ecosistemas a nivel planetario, constituyéndose la crisis medioambiental en un problema central que demanda una urgente solución.

Frente a este desolador panorama, hay optimistas como Reimer (2003) que ven que la visión antropocéntrica característica de la modernidad está dando paso a una que guarda alguna similitud con la que –no necesariamente a nivel consciente- predominaba en la Edad Media y en las sociedades animistas, esto es, una visión que plantea que pese a que la especie humana goza de una posición de privilegio en la naturaleza, forma parte de ella y no necesariamente su parte central. Plantea Reimer que actualmente vivimos un periodo de transición, de cambio de paradigma, en el que se está abriendo camino una visión de conjunto, una visión holística, un conjunto de prácticas y pensamientos que empieza a ser llamado pensamiento ecológico.

En el mismo sentido Bula (2009) señala que “el pensamiento ecológico es necesariamente holista; contempla la relación entre las partes y el todo y entre partes aparentemente distantes, y contempla causalidades bidireccionales y circulares”; “las relaciones abarcan plantas, animales, minerales, pero también el mundo humano”. (Bula, 2009). Leonardo Boff, por su parte, sostiene que “la ecología no reduce su ámbito de reflexión y acción a lo verde de la naturaleza. No. La ecología trabaja las relaciones que todos los entes, todos los seres, particularmente los vivos, mantienen con su entorno. Fundamentalmente, la ecología es el arte, la técnica de las relaciones de todos con todos”, y agrega que “estamos todos envueltos en una inmensa red de relaciones, y nada ni nadie existe fuera de esas relaciones” (Boff, 1996). En esa red de relaciones tiene cabida, como no, la literatura, llamada a cumplir, para bien o para mal, un importante rol como vehículo privilegiado del pensamiento.

Desde el punto de vista etimológico, la palabra ecología está compuesta de dos raíces de origen griego, de “eco”, que significa casa, morada, y de “logia”, que le atribuiremos para estos efectos el significado de “estudio” (también significa discurso, palabra). De manera que considerando su etimología puede entenderse a la ecología como la ciencia que estudia la

casa, entendida ésta como el espacio común que habitamos. Este concepto nos es de suma utilidad e interés, pues una de las interrogantes que procuraremos dilucidar es, desde el punto de vista bíblico, cuál es el alcance de la expresión “casa”, cuáles son sus límites, cuál su destino.

Entre los autores no hay acuerdo acerca de si el movimiento ecológico representa una relación de continuidad con la modernidad, o si por el contrario rompe con ella. Surgido entre las clases medias de los países industrializados a partir de la década del sesenta del siglo pasado, según Sánchez Yustos (2011) es posible distinguir en él dos líneas de pensamiento, que si bien coinciden a la hora de denunciar el deterioro ambiental, tienen diferencias de fondo.

El ambientalismo constituye la corriente menos dogmática y doctrinal que recoge la herencia del humanismo ilustrado, lo que implica el no abandono de los intereses humanos; su objetivo es lograr la superación de la actual crisis ambiental mediante la corrección de algunos puntos críticos de la actual civilización industrial.

En la vereda opuesta se encuentra una postura más radical que reniega de la modernidad y de su antecedente inmediato, el humanismo, causa inicial

de los actuales problemas medioambientales. Abogan por la introducción de cambios profundos a nivel económico, político, social y filosófico que desemboquen en el fin de la civilización tal y como la conocemos. Esta corriente del ecologismo se ha denominado “ecología profunda”, expresión con la que procuran marcar distancia de formas menos radicales como el ambientalismo al que acusan de mero conservacionismo. Lo que caracteriza fundamentalmente al movimiento de ecología profunda es la elaboración de planteamientos teóricos que proponen formas alternativas de sociedad llamadas a reemplazar a la actual que giran en torno a una concepción “biocentrista”: “ el hombre es sólo una parte más de la ecoesfera, de modo que la totalidad es superior moralmente a los individuos” (Sánchez, 2011).

Desde su origen hasta nuestros días, el pensamiento ecológico ha ido permeando las más diversas esferas del quehacer humano, por ello se habla de ecología política, ecología urbana, ecología mental, ecología tecnológica, ecología profunda y también de una ecoteología. Y la literatura, codificada expresión de lo que somos y de lo que queremos o debemos ser, no podía sustraerse de una cuestión tan trascendente como el deterioro ambiental, del evidente deterioro y eventual colapso de nuestra casa, de nuestra morada:

Decir, en abstracto, que el hombre es uno con la naturaleza es infinitamente menos poderoso que descubrir, en concreto, las múltiples maneras en que esto es cierto. La literatura y el arte en general, pueden ayudarnos a descubrir algunas de estas maneras, ayudando en esta tarea a las ciencias, humanas y duras, y a la filosofía (Bula, 2009).

Es por ello que desde el ámbito de la crítica literaria surgió la Ecocrítica o Ecocriticismo. Definir la ecocrítica no es tarea fácil, pues si bien los autores están de acuerdo en lo esencial, esto es, que la ecocrítica hace suyos ciertos planteamientos del pensamiento ecologista, surge el problema, ya planteado, de que no existe un planteamiento ecológico único; existen diversos matices, diversos énfasis. Pese a ello, en prácticamente todos los trabajos relativos a la ecocrítica, aparece citada la definición dada por Cheryll Glotfelty, quien define la ecocrítica como “el estudio de las relaciones entre la literatura y el medio ambiente” (Glotfelty y Fromm, 1996)

La función histórica de la crítica literaria ha sido básicamente la de servir de intermediario entre el texto y su receptor, con los pros y contras que dicha tarea implica; la particularidad de la ecocrítica es que “busca mediar entre los autores, sus textos, la biósfera y el lector, estableciendo críticamente las conexiones y puentes de enlace entre el sujeto y el entorno” (Ostria, 2010).

Juan García Única (2017) sostiene que las diversas definiciones dadas de la ecocrítica mantienen de forma invariable dos rasgos esenciales: el primero, ya señalado, de que se ocupa de la relación entre literatura y medioambiente, y el segundo, de que lo hace no desde la neutralidad, sino desde la decidida militancia ecologista. Este segundo aspecto implica, desde la crítica literaria, “la abogacía por visiones del hombre y de la naturaleza que, transformando nuestra cultura, transformen la manera en que ésta actúa frente a la naturaleza” (Bula, 2009).

Pero que pretendamos incorporar ahora la naturaleza a nuestra visión de mundo no suena muy modesto, por decirlo de alguna forma, y la sinceridad de nuestra reciente conversión bien puede ser puesta en duda; como hemos visto, en las sociedades “primitivas”, no tan iluminadas por la luz de la razón como la nuestra, la naturaleza siempre estuvo incorporada, de una forma u otra, a la cotidianeidad del hombre; éste se sabía vulnerable y dependiente de ella, tal vez no siempre de manera razonada, consciente, pero si real, viva.

A medida que el lector de esta tesis avance en su lectura se irá dando cuenta rápidamente de que esta propuesta está atravesada de principio a fin por una profunda desconfianza en la especie humana. Esta desconfianza no

tiene su origen en los diversos planteamientos filosófico-ideológicos, creencias, discursos a los que nuestra especie ha dado origen (muchos de los cuales tienen un indudable valor), sino en lo que ha sido su praxis, su obrar a través de la historia; de hecho, como veremos, el texto objeto de este estudio parte de esta misma premisa.

Hemos visto cómo diversos periodos históricos han sido catalogados ya de teocéntricos, ya de antropocéntricos; también hemos señalado que la propuesta actual es la de construir una sociedad eco-céntrica o bio-céntrica, y que el ecocrítico ha de ser un militante ecologista. Pero sabemos que en una sociedad catalogada como teocéntrica como la de Europa en los siglos XV – XVI (el renacimiento aún está comenzando), en la que en teoría todos los seres humanos deberían haber sido considerados hijos de Dios, se discutía acerca de si los nativos de América en realidad lo eran. Igualmente sabemos que en una sociedad fuertemente antropocéntrica como la europea del siglo XIX, existían zoológicos humanos en los que se exhibía -como si de animales se tratase - a personas, a familias enteras que habían sido arrancadas de sus hogares y llevadas cautivas por la fuerza desde los más recónditos puntos del globo.

¿Y qué se puede decir en este sentido del pensamiento eco-centrista?

La verdad es que hay bastante que decir. Primero, decir que nunca se debe abandonar una postura crítica ante planteamiento alguno, por muy deslumbrante que parezca a primera vista; siempre hay que procurar anticiparse a ciertos peligrosos desvíos. Un ejemplo: una de las propuestas del ecologismo profundo es la reducir la población a un mínimo sostenible (J. Lovelock habla de 500 millones y A. Naess de tan sólo 100 millones) mediante la esterilización y la vasectomía masiva, la legalización del aborto y los matrimonios grupales y poliándricos; incluso sugieren algunos una extinción voluntaria de la humanidad. Independientemente de que pudiera cuestionarse la moralidad de todas o algunas de estas propuestas, ¿sería acaso muy extraño que, con el poder suficiente de su parte la esterilización o la extinción pasaran de ser voluntarias a forzadas?, pues un rasgo común de los grupos que sostienen planteamientos extremos es que el fin justifica los medios; y si se trata de reducir la población ¿quién decidiría quién vive y quién muere?, o ¿por qué no eliminar primero aquellas naciones subdesarrolladas, altamente pobladas y carentes de una conciencia ecológica suficientemente comprometida? (si se eliminara a la población de Asia se podría reducir la población mundial a menos de la mitad). Así como algunos

pretendieron (y aún pretenden) ser la voz de Dios (¿teocentrismo?), o como algunos pretendieron ser la voz de la especie (¿antropocentrismo?), hay al parecer algunos que se han sentido tentados a erigirse en portavoces de la naturaleza, en sacerdotes de Gaia (¿ecocentrismo?), para en realidad y nuevamente hacernos danzar al ritmo de su propio son.

Una función primordial de la ecocrítica ha de ser la de contribuir a poner cada cosa en su lugar. Como vimos, con la modernidad la naturaleza comenzó a ser vista desde la distancia, nos fuimos disociando de ella. Hasta hace relativamente poco tiempo atrás, en nuestro país esa disociación no era tan marcada. Un par de generaciones atrás aún los niños tenían (teníamos) el tiempo, el espacio y la necesidad de salir al aire, a la lluvia, al sol; largo sería detallar los juegos, las ocupaciones de aquella infancia, baste decir que convivió (en libertad, no entre cuatro paredes) con perros y gatos, caballos y bueyes (que aún en las ciudades circulaban arrastrando carretas y carretones), sapos y renacuajos, lagartijas y aves.

Uno de los problemas del “militante” ecologista promedio actual es que en su vida diaria ya ni siquiera ve la naturaleza desde la ventana (pues con el crecimiento de las ciudades ésta se ha ido distanciando cada vez más),

sino que la ve a través de una pantalla (de televisión, de computador, de celular) y los juicios que respecto de ella se forma normalmente tienen el mismo origen. Se trata, en general, de una relación con la naturaleza altamente mediada, tanto sensorial como intelectual y afectivamente. Paradójicamente, estos ecologistas de redes sociales, estos defensores de una naturaleza que en realidad conocen muy poco y de la cual tienen una imagen idealizada (como la de las novelas pastoriles), con un aire de superioridad moral notable juzgan y condenan diversas actividades propias de la vida rural (y no me estoy refiriendo al rodeo) por considerarlas salvajes, primitivas.

Si se echa un vistazo a las redes sociales, pareciera que las únicas especies -además de la humana - fueran los perros y los gatos, especies por lo demás muy poco representativas de la vida animal por haber visto alterado su instinto natural por milenios de convivencia con el hombre. Cuando ocurren hechos puntuales que la prensa transforma en noticia, como la muerte de algún animal por causa humana, las redes se ven inundadas de los comentarios de estos neo-fariseos-ecologistas que, rasgando dolorosa y airadamente sus vestiduras, se abalanzan sobre el cruel asesino para descargar sobre él sus piedras justicieras, o para celebrar o pedir su muerte, según el caso.

Definitivamente esta tesis no adhiere a esta visión del ecologismo. Estamos de acuerdo en este sentido con lo planteado por García Única (2017) respecto de cierta especie de ecocrítica: “una cosa es promulgar la racionalidad ecológica y otra muy distinta que eso nos lleve a suscribir necesariamente el programa ecocrítico, con toda su carga de mitología romántica, como vía imprescindible para alcanzarla”.

Tal como lo han planteado Palmer y Durán (2017), nosotros proponemos una (re)lectura de la Biblia desde su historicidad ecológica y, en última instancia, social. Procuraremos hacer una lectura no coyuntural (aunque esta no puede dejar de estar presente) sino histórica, incluyendo en ésta la experiencia personal, la historia de un pueblo, la historia del hombre ignorado y, aunque suene pretencioso, la historia de la vida.

En suma, a partir de la lectura de un texto sagrado, ancestral, milenial, nos abocaremos a realizar la principal tarea de la ecocrítica, la de “descubrir quiénes somos” (Bula, 2009), lo que supone tratar de saber de dónde venimos y hacia dónde vamos... si es que vamos a alguna parte. La realización de una lectura ecocrítica, particularmente la de un texto como la *Biblia*, obliga a quien la realiza a asumir una posición; como señala García Única (2017),

“el terreno de la ecocrítica es... se quiera o no, el de la ideología”, pues su labor es construir para la ecología “un programa de construcción de sentido”. En la búsqueda de este sentido, la ecocrítica se ve obligada a recurrir a todas las especialidades para estudiar las verdaderas preocupaciones del mundo, procurando establecer lazos entre ellas, alejadas entre sí por la hiperespecialización actual; es por ello que se señala que la ecocrítica es interdisciplinaria: “El ecocrítico tiene que ser un poco geógrafo, historiador, lector de paisajes y conocedor del mundo material” (López Mújica, 2007). Es todo un desafío. La misma autora señala que como resultado de su tarea, el ecocrítico recontextualizará la literatura; y es justamente esto lo que procuraremos hacer a continuación en esta lectura ecocrítica de la *Biblia*, pues creemos que este texto tiene todo lo necesario como para proyectarlo en la sociedad actual y en la porvenir.

Las citas bíblicas se harán siguiendo el sistema que tradicionalmente se ha usado: nombre del libro seguido por el número del capítulo y tras el signo dos puntos (:) los versículos. La versión utilizada es la de Reina-Valera de 1960.

III.- Biblia, ciencia y evolución

1.- La creación bíblica: ¿Obra de magia?

Dada la estrecha relación que por su carácter interdisciplinario la ecocrítica tiene con las diversas ciencias, y dado el hecho de que la ecología es de por sí una ciencia, es lícito y necesario preguntarse en este punto qué clase de creador es el que nos presenta la Biblia: ¿es un mago todopoderoso que mediante el uso de secretos encantamientos hace surgir las cosas de la nada? O, por el contrario, ¿es un artesano que haciendo uso de un conocimiento, de una imaginación, de un poder, de una sensibilidad sin límites, va gradualmente dando forma a su creación?

La antigua tendencia humana a las explicaciones simples basadas en lo sobrenatural, expresión ésta que no es más que otra forma de referirse a lo desconocido, ha llevado a que desde siempre se haya recurrido a lo mágico, lo maravilloso, para explicar los fenómenos naturales. Como vimos, esto no dejó de ser así con la expansión del pensamiento cristiano, sino que en la mente del hombre común subsistió la idea de un mundo maravilloso, un mundo creado por Dios, pero mágico. Hasta el día de hoy, entre moros y cristianos, subsiste la idea de que Dios hizo su creación por arte de magia:

extendió su celestial pañuelo, lo retiró y.... ¡puf!, todo apareció de la nada, completo y terminado.

Pero a nuestro entender la *Biblia* se inclina claramente por la segunda opción. El Dios judeo-cristiano es a este respecto, por sobre todas las cosas, un estudioso, un trabajador, un artesano. Hay muchos textos bíblicos que permiten llegar a esta conclusión.

Ya en el *Génesis* encontramos un indicio: Dios creó todo cuanto existe en seis días y en el séptimo descansó. Hasta el día de hoy (costumbre heredada del shabat judío) los trabajadores laboran seis días y descansan uno “como el siervo suspira por la sombra, y como el jornalero espera el reposo de su trabajo” (Job 7:2). ¿Un mago necesita descansar tras recitar su conjuro?; pienso que no. Pero quien trabaja sí lo necesita. En este caso en particular, la inclusión del séptimo día como el día de descanso de Dios obviamente no obedece a que tenga la necesidad de descansar (es todopoderoso), sino para dejar en claro que la creación es el resultado del trabajo de Dios y para recalcar que la obra iniciada el día primero fue concluida. Jesús de manera muy explícita define, categoriza el accionar de Dios y el suyo propio: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17).

¿Y qué importancia tiene establecer que en la Biblia la creación es considerada el resultado del trabajo, de la labor de Dios, y no de un mágico conjuro? Pues mucha.

En primer lugar, por el valor atribuible a la obra. Veámoslo con un ejemplo: *La Monalisa* de Leonardo da Vinci, la pintura original, ¿tiene el mismo valor que una copia impresa? Estaremos de acuerdo en que no. *La Monalisa*, la pintura más cara de la historia, al 2017 habría estado evaluada en cerca de 1.000 millones de dólares, aunque su valor artístico es incalculable; una copia de impresora, ¿qué valor tiene? Mientras mayor sea el trabajo y talento demande una obra, mayor será el valor que se le otorgue. Si Dios pudiera crear mundos con un chasquido de sus dedos, ¿qué valor tendrían esos mundos, esas vidas? Volveremos más adelante sobre este punto.

La relevancia de establecer que la naturaleza es el resultado de un extenso trabajo creativo, radica asimismo en el inherente cariño, afecto, apego que desarrolla todo autor, todo creador con aquella obra que colma sus expectativas y en la que ha invertido tiempo, energía, dedicación (“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”,

Génesis 1:31). Comprender la visión bíblica de un Dios creador ligado afectivamente con su obra es fundamental para entender la esencia del cristianismo, pero lo es también para establecer la trascendencia, el alcance de la “ecología” bíblica - por llamarla de algún modo -, tema al que también nos referiremos más tarde.



2.- Fe y ciencia

De modo que la creación bíblica es el resultado del poder y del trabajo de Dios; pero ¿cuál fue la base indispensable para su necesaria planificación y posterior ejecución? Hay una palabra clave para dar claridad en este punto y que se repite una y otra vez: sabiduría. Algunos ejemplos:

“Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová!
Hiciste todas ellas con sabiduría” (Salmo 104:24)

“Jehová con sabiduría fundó la tierra;
Afirmó los cielos con inteligencia.
Con su ciencia los abismos fueron divididos,
Y destilan rocío los cielos” (Proverbios 3:19-20)

“El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría;” (Jeremías 10:12)

En la *Biblia*, particularmente en el libro de *Job*, se deja bastante claro que todo cuanto existe, el cielo y sus estrellas, la tierra, el mar y cuanto en ellos hay, es obra del poder de Dios; pero también se hace resaltar de manera inequívoca que el sustrato, la base de ese poder es la sabiduría, el “grado más alto del conocimiento” (RAE). De la unión de la sabiduría y de ese otro rasgo

o atributo esencial del Dios bíblico que es el amor, nace todo cuanto existe. Es por ésta y otras razones que el ser humano es semejante y no igual a Dios, es por eso que el ser humano - en cuanto tal - se ha quedado a medio camino de convertirse en dios: le falta sabiduría, le falta amor. Solo en ocasiones algunos de nuestros congéneres, en un arranque de virtud, talento, inspiración, rozan transitoriamente las columnas de lo divino con una pintura, un verso, una melodía. Lo más frecuente es que la desmedida autovaloración del hombre, su arrogancia, manifestada en todo su esplendor en la Modernidad del siglo XIX que subsiste hasta nuestros días, tenga como resultado destrucción y miseria, como el actual colapso medioambiental. Peligrosa cosa es el hombre jugando a ser Dios.

¿Y qué importancia tiene lo recién señalado para los efectos de esta tesis? Nuevamente, mucha. Hay un antiguo adagio utilizado en la jerga jurídica que dice: “*quae sunt quod praeteriit facite*”: “las cosas en derecho se deshacen de la misma manera en que se hacen”. Extrapolando, lo que fue construido con sabiduría, con inteligencia, puede ser “deconstruido”, es decir, se pueden “deshacer analíticamente los elementos que constituyen (su) estructura conceptual” (RAE) de la misma forma. Y en la *Biblia* hay un ejemplo muy claro de ello; Salomón, muy conocido por el alto grado de

sabiduría con la que fue dotado, no solo fue un juez sobresaliente y un hábil gobernante (Israel nunca había sido una nación tan rica y poderosa y nunca volvió a serlo), sino también un renombrado hombre de ciencia que “disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asimismo disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre los reptiles y sobre los peces” (1 Reyes 4:33)

De modo que, si no nos quedamos solo con una interpretación literal, no hay razón para presentar el pensamiento bíblico como opuesto al científico. Indudablemente en ocasiones disentirán, pero no por eso deja de ser menos cierto que en el texto bíblico no solo se admite la posibilidad de observar, estudiar, interrogar a Dios en su creación, sino por el contrario, se la estimula, pues es la naturaleza la manifestación más evidente de su poder y amor: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas...” (Romanos 1:20).

Particularmente en los capítulos 38 a 42 del libro de *Job*, se procura remarcar, además del poder y sabiduría divinas manifestadas en sus diversas creaciones, la indisoluble relación entre Dios y naturaleza, entre Creador y

creación y, sobre todo, constituye un claro - ¿y vano? - intento de poner la especie humana en su lugar, un llamado a reconocer que nuestra ignorancia es tan grande como aquello que nos falta por conocer (¿una ignorancia infinita acaso?); es por lo mismo un llamado a la humildad. En estos capítulos Dios hace ver a Job, al hombre, su nulo aporte e incidencia en los grandes y en los pequeños sucesos naturales: no es él quien le ha señalado camino a las estrellas ni a las nubes, ni quien proporciona su alimentos a plantas y animales; allí también le presenta a una serie de criaturas más poderosas que él, siendo Leviatán el que destaca por sobre todos ellos, el ejemplo más notable y llamativo (acaso un solitario sobreviviente del cretácico), un “animal hecho exento de temor.... rey sobre todos los soberbios” (Job 42:33-34).

A la divina reprensión Job responde:

“yo hablaba lo que no entendía;
Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.
Oye, te ruego, y hablaré;
Te preguntaré, y tú me enseñarás”
(Job 42:3:4)

Es este mismo Job quien, maravillado por la obra de Dios, advierte que en ella vemos “solo los bordes de sus caminos”, solo un “leve... susurro que hemos oído de él” (Job 26:14), dejando abierta la posibilidad de conocer, de descubrir obras aún mayores.

El obstáculo, la barrera que se fue levantando entre la ciencia y la fe bíblica (que no es necesariamente la misma que la institucionalizada) tiene su raíz en una disímil concepción del hombre.

Como dijimos, el fin último de la ciencia bíblica es que el hombre descubra en la naturaleza su propia pequeñez, para que con humildad asuma su lugar y destino en el mundo. La ciencia surgida de la modernidad en cambio, derivó en un envanecimiento del hombre a una escala sin precedentes; el hombre gracias a los avances técnicos estaba en condiciones de, si no someter al Leviatán, a lo menos de destruirlo; la naturaleza está allí para ser conquistada, dominada y explotada por el hombre y servir a sus intereses (normalmente individuales, no colectivos).

Que la barrera de la que estamos hablando no es natural lo demuestran nombres como Kepler, Galilei, Copérnico, Descartes, Pascal, Newton, Faraday, Mendel, Pasteur, Fleming, Lemaître, quienes entre muchos otros,

fueron científicos notables a la vez que hombres de fe. En un comienzo fue la fe institucionalizada - paradójicamente por su propia falta de fe - la que persiguió y llevó incluso a la hoguera a algunos hombres de ciencia y/o a sus obras; pero con la modernidad la tendencia se revirtió, pasando la fe a ser blanco de desprecio y menoscabo, olvidándose el enorme potencial de cambio, de transformación, de superación que ella representa.

De modo que consideramos que la *Biblia* no debe ser vista como un obstáculo para la ciencia, ni la ciencia debe ser vista como un obstáculo para la fe que se funda en dicho texto.

Tampoco, como veremos, la teoría de la evolución en particular debe ser vista como contrapuesta a la visión bíblica del mundo.

IV.- La Naturaleza en la Biblia

Antes de adentrarnos en la lectura ecocrítica de la *Biblia*, es conveniente realizar una primera lectura que nos permita hacernos una idea global acerca de cómo la naturaleza es vista en dicho texto.

Quien haya tenido la oportunidad de leer (y sobre todo releer) la *Biblia* de principio a fin, se habrá dado cuenta de que en ella la naturaleza se encuentra siempre presente, de una u otra forma, asumiendo los más diversos papeles y roles, a veces principales, a veces secundarios, pero siempre esenciales.

La naturaleza hace su aparición en el primer versículo del primer capítulo del primer libro de la *Biblia*, el *Génesis*; es también una de las protagonistas del libro que relata el desenlace de la historia humana y universal, el Apocalipsis, que es a la vez el relato de un *Génesis*. Como veremos, en la *Biblia* se habla de dos creaciones: una primera creación, la del *Génesis*, sujeta a los avatares del destino encarnada por la muerte, y una segunda creación, la del *Apocalipsis*, liberada del yugo del dolor y de la muerte.

Resultaría demasiado extenso el referirse a las diversas ocasiones en las que la naturaleza cobra protagonismo a través del relato bíblico, así que intentaremos agruparlas en algunas categorías que en ningún caso son definitivas ni cerradas.



1.- La naturaleza como morada

Personajes clave de la Biblia son esencialmente peregrinos, nómadas, errantes, como peregrino también fue – y en gran medida aún los es - el pueblo que protagoniza la mayor parte del relato bíblico: el hebreo.

Perdida tras la caída del hombre la primera morada, el Edén, surge la necesidad de buscar albergue en una nueva. Desde el comienzo se abren ante el ser humano dos caminos, dos posibilidades: por un lado la de recobrar la perdida comunión con la naturaleza y Dios, opción que tiene algo de búsqueda pero más de espera, y por el otro la de no esperar en la divinidad sino seguir adelante y construir una nueva y propia morada haciendo uso del propio entendimiento, de las propias manos (“que arriba no hay tal mansión, mañana la ha de fundar, el hombre con su razón”, *“Ayúdame Valentina”*, Violeta Parra). Abel, el peregrino pastor de ovejas representa la primera opción, y Caín (que tras su condena es el primero en fundar ciudades) y Babel, representan el intento del hombre de construir un mundo, una morada a su propia imagen y semejanza. Hasta el día de hoy estos caminos siguen abiertos y cada quien procura seguir uno u otro según sus propias inclinaciones; hay quienes sueñan con ver los frescos pintados en la bóveda

de la Capilla Sixtina, y hay quienes, en medio del aire enrarecido y las luces de las ciudades, anhelan ver la inmensidad de un cielo estrellado. Considerando lo dicho a propósito de la modernidad y sus efectos, pareciera ser que aceptamos seguir por la segunda vía, la que obviamente el texto bíblico no considera la elección correcta.

Quienes optan por la primera alternativa son aquellos que buscan y esperan. No es casualidad que personajes bíblicos cuya historia constituye la columna vertebral del relato que culmina con el Mesías, sean pastores de ovejas. Lo era Abel, “el justo” (Mateo 23:35), Abraham, el patriarca, Jacob, quien fue padre de los doce que dieron origen al mismo número de tribus de Israel, lo fue Moisés, el libertador, y lo fue David, el rey de cuya descendencia habría de nacer el Cristo.

Abraham abandonó la casa de sus padres en Mesopotamia siguiendo la promesa de un nuevo hogar para él y su descendencia, uno que pudiera considerar como propio. Pero pasaron generaciones hasta que en alguna medida esa espera(anza) se realizara; en el intertanto, él y sus descendientes deambularon por tierras ajenas tras pasto para sus ganados, fueron

esclavizados en un país extraño y tras lograr su libertad vagaron cuarenta años por el desierto antes de poder iniciar la conquista de la tierra prometida.

Ahora bien, ¿de qué manera es vista la tierra promisoría y cuál el ideal de armonía natural que presenta?

Primero, la tierra prometida es una tierra que fluye leche y miel. Las interpretaciones al respecto pueden ser muchas, pero la más significativa para nosotros es la que se deriva de las palabras centrales: tierra, leche, miel; no hay que ser muy perspicaz para ver que allí la tierra es presentada como la madre que en su regazo nutre a la vez que acoge con dulzura.

Ahora, ¿qué es lo que esos viajeros errantes esperan encontrar en esa tierra? Pues esencialmente paz; ¿y qué clase de paz?, pues una que se sintetiza en los siguientes versos: “y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quién los amedrente” (Miqueas 4:4). La armonía con la naturaleza se deriva aquí del aprecio por la paz que brinda la conformidad, el disfrute de esos pequeños grandes placeres que nos regala la vida.

La búsqueda de esta paz no es de ningún modo ajena al hombre moderno y es en el fondo lo que debiera perseguir cualquier discurso

ecologista: la paz consigo mismo, con los semejantes, con el entorno, en definitiva, con Dios, y es lo que cualquier habitante de cualquier gran ciudad actual añora o debiera añorar. La sensación de vivir en un lugar extraño que no nos pertenece y al que no pertenecemos, debiera ser considerada a estas alturas un signo de mínima cordura; el hombre bíblico estaba frente a una disyuntiva no muy distinta a la que como individuos y sociedad tenemos hoy.



2.- La naturaleza como espacio de encuentro con Dios y consigo mismo

En la Biblia no son pocas las ocasiones en que ciertos individuos, de forma voluntaria, se alejan de sus semejantes abandonándolo todo, para adentrarse en la naturaleza en busca de respuestas, en busca de sí mismos y de Dios. Probablemente en estos relatos tuvieron su origen las novelas pastoriles; la diferencia está en que el paisaje bíblico regularmente se muestra agreste y nada idealizado.

Isaac por ejemplo (Génesis 24:63) tenía por costumbre salir “a meditar al campo, a la hora de la tarde”; costumbre envidiable por cierto. El propio pueblo de Israel, de manera no muy voluntaria eso sí, vagó cuarenta años por el desierto tras su salida de Egipto, periodo en el que aprendió a conocerse a sí mismo y a su Dios.

En otras ocasiones la naturaleza sirvió de refugio al perseguido, al hombre acosado por el hombre, como es el caso del profeta Elías, quien se albergó en el desierto huyendo de los que buscaban su vida. Tras caminar cuarenta días y cuarenta noches se guarneció en una cueva de la que salió para encontrarse con Dios. Un poderoso viento pasó, y un terremoto y un

fuego, pero Dios no estaba en ellos; y tras ellos “un silbo apacible y delicado”. Allí estaba Dios.

Un ejemplo algo contradictorio es Jonás, tal vez un distante precursor de la ecología profunda o del ambientalismo utilitarista, o tal vez un poco de ambos (es discutible). Jonás (tras ser tragado y escupido por el gran pez y tras anunciar a Nínive su próxima destrucción) acampó lejos de la ciudad para ver en primera fila – y en zona segura - cómo era destruida por Dios en castigo de sus pecados. Como hacía calor, Dios hizo crecer calabacera para que le diese sombra; pero al día siguiente la hizo secar y Jonás desmayaba y deseaba la muerte por el insoportable calor. El profeta se enojó mucho por la muerte de la calabacera, no porque en realidad le importara el bienestar de la calabacera, sino porque ya no tenía su sombra; y su enojo no tuvo límites cuando se dio cuenta de que, en definitiva, Dios no destruiría a Nínive. La respuesta de Dios es aleccionadora, particularmente respecto de aquellas contradictorias posturas que, por un lado, ven al ser humano como formando parte de la naturaleza y, por la otra, como el obstáculo a eliminar para restituir una perdida armonía:

“Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer... ¿y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, ... y muchos animales?” (Jonás 4:10-11)

Un relato útil para ejemplificar que el acercamiento formal a la naturaleza – el autodenominarse ecologista - no necesariamente lleva aparejado el crecimiento interior necesario para que ese acercamiento deje de ser formal y se transforme en real. Si no se valora toda vida, no se valora ninguna.

No hay duda de que el episodio conocido y acaso más significativo en que la naturaleza proporciona el entorno más adecuado para el encuentro con Dios y consigo mismo y su destino, está constituido por la permanencia de Jesús en el desierto por cuarenta días y cuarenta noches antes de darse a conocer al mundo.

De acuerdo al relato bíblico, la vida de Jesús, incluso desde antes de su nacimiento, estuvo marcada por una particular sincronía con la naturaleza: un inusual suceso astronómico anuncia su nacimiento. En sus primeras horas, días de vida, tiene por compañía no a sus congéneres, sino a los humildes

animales que reposan en la pesebrera que los alberga tras habersele negado a él y sus padres todo refugio (Lucas 2:7). Tal como ocurrió con el primer Adán, quienes ven nacer, quienes ven abrir los ojos al “postrer Adán” al que alude Pablo (1Corintios 15:45), son -además de sus padres - los animales. ¿Casualidad?, tal vez, pero una bella casualidad y muy útil a la hora de intentar comprender los alcances del relato bíblico.

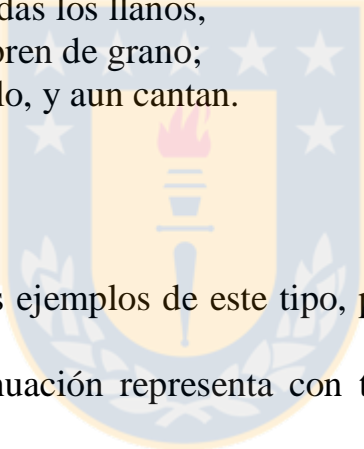
Jesús se encontró nuevamente con los animales durante su aludida estadía en el desierto; pero esta vez el encuentro no fue con animales domésticos sino con animales salvajes. En Marcos 1: 12-13 se dice que en el desierto “estaba con las fieras”. Es complejo aventurar una interpretación de este fragmento, pues Marcos es muy pero muy escueto, pero entenderemos que al usar la expresión “con” está queriendo decir “juntamente y en compañía” (RAE). Desde el punto de vista de la doctrina cristiana, Jesús vino a reconciliar al hombre con Dios y, según puede desprenderse de esta hermosa escena (imaginémosla por un instante), es también su objetivo recuperar la estrecha comunión que el primer hombre, Adán, mantuvo con todas las criaturas hasta el momento en que el conocimiento del bien y del mal introdujo entre ambos una barrera que hasta la aparición de Jesús parecía insalvable.

3.- Naturaleza y expresiones literarias bíblicas

Referirse a las diversas expresiones literarias presentes en la Biblia en las que la naturaleza juega un papel central sería una tarea de nunca acabar, pues el contexto mismo, el ambiente en el que los autores de los diversos textos se desenvolvían, determinaron la elección de los diversos elementos que configuraron su discurso. Ellos se desenvolvían en medio de comunidades eminentemente rurales que mantenían una relación muy estrecha con su entorno natural; su supervivencia dependía directamente de lo que la naturaleza les daba: una buena cosecha, leche, carne, lana, frutos, etc. Es por ello que en su lenguaje abundan términos relacionados con el trabajo del campo y con sus animales, sus árboles, sus plantas, sus aves y sus fieras.

Así, cuando los salmistas alaban a Dios en sus cantos, lo hacen fundamentalmente exaltando la grandeza de su creación y agradeciendo los muchos beneficios que la naturaleza, por Su bondad, prodiga no solo a los hombres, sino a todas sus criaturas. Así todos, al unísono, cantan:

Visitas la tierra, y la riegas;
En gran manera la enriqueces;
Con el río de Dios, lleno de aguas,
Preparas el grano de ellos, cuando así la dispones.
Haces que se empapen sus surcos,
Haces descender sus canales;
La ablandas con lluvias,
Bendices sus renuevos.
Tú coronas el año con tus bienes,
Y tus nubes destilan grosura.
Destilan sobre los pastizales del desierto,
Y los collados se ciñen de alegría.
Se visten de manadas los llanos,
Y los valles se cubren de grano;
Dan voces de júbilo, y aun cantan.
(Salmo 65:9-13)



Son muchos los ejemplos de este tipo, pero el espléndido Salmo que se transcribe a continuación representa con toda claridad lo que el autor entiende por casa o morada, rebozando gratitud, dicha, admiración; las plantas, las bestias del campo y el hombre juntos bajo el mismo amparo:

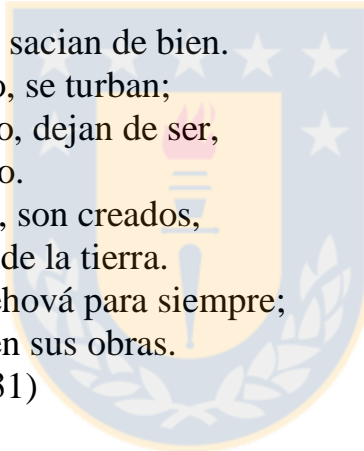
Tú eres el que envía las fuentes por los arroyos;
Van entre los montes;
Dan de beber a todas las bestias del campo;
Mitigan su sed los asnos monteses.
A sus orillas habitan las aves de los cielos;
Cantan entre las ramas.
El riega los montes desde sus aposentos;
Del fruto de sus obras se sacia la tierra.
El hace producir el heno para las bestias,

Y la hierba para el servicio del hombre,
Sacando el pan de la tierra,
Y el vino que alegra el corazón del hombre,
El aceite que hace brillar el rostro,
Y el pan que sustenta la vida del hombre.
Se llenan de savia los árboles de Jehová,
Los cedros del Líbano que él plantó.
Allí anidan las aves;
En las hayas hace su casa la cigüeña.
Los montes altos para las cabras monteses;
Las peñas, madrigueras para los conejos.
Hizo la luna para los tiempos;
El sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas, y es la noche;
En ella corretean todas las bestias de la selva.
Los leoncillos rugen tras la presa,
Y para buscar de Dios su comida.
Sale el sol, se recogen,
Y se echan en sus cuevas.
Sale el hombre a su labor,
Y a su labranza hasta la tarde.
¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová!
Hiciste todas ellas con sabiduría;
La tierra está llena de tus beneficios.
(Salmos 104: 10-24)

Pero la admiración del poeta no se limita a lo que ve, a aquello con lo que habitualmente se relaciona, lo que evidencia que la relación del autor con la naturaleza va más allá de la simple dependencia; hay mucho de admiración, incluso mucho de cariño hacia la naturaleza por la clara conciencia de que tanto los beneficios otorgados por Dios, como el sufrimiento que acarrea la

interrupción o cese de los mismos, favorece o afecta por igual tanto a los hombres como a los demás seres vivos.

He allí el grande y anchuroso mar,
En donde se mueven seres innumerables,
Seres pequeños y grandes.
Allí andan las naves;
Allí este leviatán que hiciste para que jugase en él.
Todos ellos esperan en ti,
Para que les des su comida a su tiempo.
Les das, recogen;
Abres tu mano, se sacian de bien.
Escondes tu rostro, se turban;
Les quitas el hálito, dejan de ser,
Y vuelven al polvo.
Envías tu Espíritu, son creados,
Y renuevas la faz de la tierra.
Sea la gloria de Jehová para siempre;
Alégrese Jehová en sus obras.
(Salmos 184: 25-31)



No hay duda de que es en el Cantar de los Cantares de Salomón donde se aprecia con toda claridad lo impregnado que se encuentra la naturaleza al alma del hombre de la época, cómo su presencia lo inunda todo, incluso en la poesía amorosa. Vistas desde nuestra desnaturalizada época, algunas de las comparaciones podrían ser calificadas como ofensivas, y el amante adulator hacerse acreedor de un sonoro bofetón: “A yegua de caballo de Faraón te he comparado, amiga mía”. (Cantares 1: 9); para Salomón, quien llegó a tener

“cuarenta mil caballos en sus caballerizas” (1 Reyes 4:26), era éste el mayor elogio que podía hacer a su amada.

Pero las siguientes comparaciones dejan en claro que el símil de una yegua no obedece a una especie de fijación del sabio rey con los equinos, sino a la alta valoración estética y afectiva que en ese momento y lugar se daba a las diversas manifestaciones de la naturaleza:

“Como el lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas” (Cantares 2:2).

“He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú eres hermosa; Tus ojos entre tus guedejas como de paloma; tus cabellos como manada de cabras que se recuestan en las laderas de Galaad”. (Cantares 4:1).

“Tus dientes como manadas de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero, todas con crías gemelas, y ninguna entre ellas estéril”. (Cantares 4:2).

“Tus labios como hilo de grana, y tu habla hermosa; tus mejillas, como cachos de granada detrás de tu velo”. (Cantares 4:3).

“Tus dos pechos, como gemelos de gacela, que se apacientan entre lirios”. (Cantares 4:5).

“Tu ombligo como una taza redonda que no le falta bebida. Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios”. (Cantares 7:2).

El poeta lleva su mundo al poema. Su amada es hermosa como su mundo; su mundo es hermoso como su amada. En su cuerpo caben animales domésticos y salvajes, paisajes y flores, en su cuerpo caben la tierra y su abundancia.

Pero ella no se le queda en zaga; también ve en su amado los atributos de una naturaleza hermosa y generosa, que en su infinita variedad contiene y manifiesta la belleza del amor:

“Racimo de flores de alheña en las viñas de En-gadi es para mí mi amado” (Cantares 1:14).

“Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes; bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar”. (Cantares 2:3).

“Mi amado es semejante al corzo, o al cervatillo” (Cantares 2:9).

Referirse a cada uno de los pasajes de la *Biblia* en los que la naturaleza, la creación, es exaltada como obra de un Dios amoroso, digna de ser contemplada, admirada, digna de ser cantada en versos, requeriría de bastante más de una tesis; en libros como *los Salmos, Eclesiastés, el Cantar de los Cantares*, abundan muy sentidas expresiones de este tipo. También podemos encontrar referencias directas a la naturaleza bajo la forma de escritos

proféticos (a algunos de los cuales haremos referencia más adelante, pues su contenido es un aporte sustancial a esta tesis) y en forma de fábulas (Jueces 9: 7-15; 2 Reyes 14:9). El análisis de dichos textos lo dejaremos para otra ocasión, pues nosotros seguiremos otro rumbo.



V.- La naturaleza y el hombre en la *Biblia*

1.- El lugar del hombre en la creación bíblica

1.1. - Semejanza primera

Para nadie será una novedad que digamos que de acuerdo al *Génesis*, el primer libro de la *Biblia*, el universo fue obra de Dios, del único y omnipotente Dios judío-cristiano, Jehová. Sin embargo, hay algunos aspectos de la creación que pudieran ser desconocidos para quienes no estén muy familiarizados con el relato bíblico o no han considerado el enfoque que aquí proponemos.

En primer lugar, el relato de la creación ¿debe ser interpretado literalmente? En los siglos que nos precedieron pudiera ser comprensible, dado el escaso conocimiento disponible acerca del origen del universo, que los lectores optaran por esta vía de interpretación; defender hoy una interpretación literal de esta parte del Génesis se hace bastante difícil, si no imposible.

No está de más volver a recalcar que el objetivo de esta tesis no es demostrar que Dios existe o que fue él quien creó el universo, lo que se busca

es rescatar la concepción del hombre, la naturaleza y Dios y las relaciones entre éstos que se encuentran subyacentes al texto. Si en ocasiones se hace alusión a las coincidencias entre el texto bíblico y los conocimientos científicos actuales, tómelas el lector como meras coincidencias o curiosidades, o simplemente como un divertimento de quien escribe; si alguno desea tomarlas más en serio, tampoco hay problema.

Carl Sagan, astrofísico reconocido mundialmente por su serie documental *Cosmos* y por ser autor de diversos textos - fundamentalmente - de divulgación científica, creó un calendario cósmico en el que redujo la historia del universo (de aproximadamente 14.000 millones de años) a una escala de tiempo de un año. En él se observa, por ejemplo, que la tierra fue creada en el mes de septiembre, que los dinosaurios se extinguieron el 25 de diciembre y que el hombre moderno apareció recién el día 31 de diciembre a las 23:52. Nadie que vea este calendario debiera suponer que el universo fue creado en un año; su función es eminentemente didáctica, se trata de simplificar para una mejor comprensión. Lo mismo ocurre con el relato bíblico de la creación.

Es evidente que cada uno de los días a que hace referencia el capítulo primero del *Génesis* está representando una etapa en el proceso de la creación, proceso que – descanso de Dios incluido – se encuentra enmarcado en el concepto globalizador de semana. Curiosa casualidad para algunos, prueba de la inspiración divina del relato para otros, lo cierto es que en buena medida el orden bíblico de la creación guarda correspondencia con el orden establecido por la ciencia, como la creación de la luz con posterioridad al “principio”, la formación de los mares y los continentes, el orden en el que aparecen las diversas formas de vida - partiendo por la vida en los océanos - y la final entrada en escena de la especie humana.

Pero hay algo todavía más significativo relacionado con la creación del hombre. Primero, si en el relato se considerara que la especie humana es distinta de todas las demás especies, que es una especie singular, especial y única, lo lógico habría sido reservar para su creación un día exclusivo, reservado solo para ella; pero no es lo que leemos: el hombre fue creado en el sexto día, el mismo día en el que fueron creados los animales terrestres. Es ésta la primera evidencia de que en la *Biblia* el ser humano, si bien es un personaje llamado a representar un papel de importancia en la puesta en escena – pero como veremos, no estelar -, sigue siendo parte de un elenco en

el que cada personaje está llamado a colaborar con el éxito de la obra. Es obvio que entre el humano y las demás especies hay diferencias sustanciales, por ello el relato de su creación se hace por separado y tiene sus propias singularidades pero, como se dijo, todo transcurre en el mismo día. El propio juicio valórico de Dios respecto de la obra hecha el sexto día, sin hacer especial referencia al hombre, da luces al respecto: “Y vio Dios **todo** lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto” (Génesis 1:31).

Más adelante nos encontramos con un episodio bastante singular: los animales son llamados y formados para que Adán le asigne a cada uno un nombre. ¿Qué lectura podemos hacer del hecho de que a Adán se le haya asignado esa tarea? Como habitualmente ocurre al estudiar un pasaje bíblico no del todo claro, su sentido puede ser dilucidado recurriendo a otro u otros pasajes que se refieren a cuestiones semejantes o análogas. Así, Dios le da un nuevo nombre a Abram y a Sarai (Abraham, “padre de una multitud”, y Sara, “risa” respectivamente; Génesis 17:5, 17:15), a Jacob (Israel, “el que lucha con Dios”; Génesis 32:28); Faraón le da un nuevo nombre a José (Zafnat-panea; Génesis 41:45), Nabucodonosor a Daniel (Beltsasar; Daniel 1:7), y Jesús a Simón (Pedro, “piedra”; Juan 1:42) y a los hermanos Jacobo y a Juan

(que apellidó Boanerges, “hijos del trueno”; Marcos 3:17) ¿Qué tienen en común estas situaciones? Primero, que en todos los casos quien pone el nombre tiene una posición de autoridad sobre el nombrado. Segundo, en todos los casos el nombre es el vocablo a través del cual se expresa una especial relación ente el nominado y quien nomina, la que se deriva del hecho de que ambos, pese a no ser iguales en jerarquía - y por ende en poder de decisión y grado de responsabilidad - trabajan para la consecución de un mismo objetivo.

El hecho de que Adán le asigne un nombre a los animales, denota entre ambos una cercanía afectiva y una comunidad de intereses. Además, a diferencia de lo que normalmente ocurre hoy en día, en las épocas bíblicas los nombres reflejaban un rasgo o característica particular de aquello que se nominaba, lo que suponía que quién nombraba debía conocerlo con algún grado de profundidad. Algo similar también ocurre a una escala cósmica: Dios “cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres” (Salmos 147:4). Los seres humanos tendemos a pensar que aquello que existe en abundancia carece de valor (arena v/s oro), por lo que podríamos pensar que dado su desorbitante número y variedad, cada estrella individualmente considerada carecería de valor (un grano de arena en una playa infinita), pero

el texto recién citado deja en claro que para su creador cada estrella es única y especial. Al mismo tipo de relación estaba llamado a Adán, el hombre, con la creación.

Ocurre aquí también algo curioso; formados y nombrados los animales, no se encuentra entre ellos a ninguno que pueda ayudar a Adán en la tarea que le fue asignada. Aclaremos desde ya (no sea que alguna moderna hija de Eva se sienta menoscabada y sienta el irresistible impulso de arrojar Biblia y tesis en la hoguera), que entendemos que en este pasaje no se está buscando a alguien que ayude a Adán a alcanzar sus propios fines, sino que se está buscando una “ayuda idónea” para la realización de una labor previamente señalada y que excede por mucho al propio Adán. Hay tareas que, por mucho empeño que el sujeto ponga, no se pueden realizar solo y requieren del auxilio de alguien más; pero el que recibe la ayuda no es por eso más que el que la otorga, de hecho, normalmente es al revés, como parece resultó ser en este caso. Lo que pudiéramos considerar curioso es que, pasada lista a los animales, se llegó a la conclusión de que ninguno de ellos estaba en condiciones de proporcionar una ayuda idónea, o sea, ninguno reunía las condiciones “adecuadas y apropiadas” (RAE) para colaborar en el desarrollo de la función encomendada. Esto deja en claro la cercanía del hombre con el

resto de los animales, pero también pone en evidencia que solo la especie humana está dotada de las facultades necesarias para asumir la función de regir la creación.

Una constante presente a través de los escritos bíblicos es la repetición de determinados esquemas, solo que a distintas escalas. Un claro ejemplo lo encontramos aquí. Hemos visto que Adán, sujeto representativo de la especie humana, de una especie que pese a compartir con las demás un origen común ha alcanzado un nivel de desarrollo tal que la lleva a asumir un mayor grado de responsabilidad, pone nombre a cada una de las especies que se han reunido en torno suyo. Pues bien, en el *Apocalipsis*, que es un relato de un final a la vez que de un principio (lo mismo que el *Génesis* es el relato de un principio, pero también el de un final), se nos presenta una escena que imaginamos muy parecida: el postrer Adán, el Hijo del Hombre, Jesús, reúne en torno a sí a los suyos, a aquellos cuyo cuidado y protección le fue encomendada, y a cada de uno de ellos le hace entrega de “una piedrecita blanca, y en la piedrecita blanca un nombre nuevo” (Apocalipsis 2:17).

Hay asimismo una circunstancia señalada en la *Biblia* que reafirma aún más lo que se ha venido planteando en el sentido de que, si bien en el texto

bíblico el hombre ocupa un lugar de “privilegio” en el mundo natural, su origen es el común al de las demás especies. Este hecho es que “Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra” (Génesis 2:7) ¿Pero cuál es según la Biblia el origen de los demás seres vivos?: pues el mismo. Dice el Salmo 104:29, refiriéndose a los seres vivos: “les quitas el hálito, dejan de ser, y se vuelven al polvo”. En Eclesiastés (3:20) en un sentido aún más amplio se reafirma lo expresado: “Todo va a un mismo lugar; **todo** es hecho de polvo, y **todo** volverá al mismo polvo”. No deja de llamar la atención esta nueva coincidencia/curiosidad entre el texto bíblico y uno de los hechos más hermosos y trascendentes establecidos por el conocimiento científico actual, hoy conocido como principio cosmológico:

Una vez salvados los instantes iniciales, cuando comenzaron a formarse estrellas y galaxias entramos en un bucle que nos ha traído hasta el mundo actual. El nacimiento de las primeras estrellas vino acompañado de los primeros colapsos y las primeras muertes. Cada objeto material siquiera conjeturado en la historia del universo, ha llevado desde siempre y lleva en sus entrañas un tiempo, una cuenta atrás regida por las leyes de la probabilidad. La desintegración radiactiva, la evolución estelar, la tasa de éxito de cada reacción entre partículas, nuestro sol, nuestro mundo, nuestras vidas... Todo va asociado a un tiempo. Y después de ese tiempo, el polvo vuelve a agruparse, nacen nuevas estrellas, nuevos mundos, nuevas potencias y el ciclo se perpetúa (Guadilla, 2015).

Y la poesía también lo afirma:

“¿Que hay en una estrella? Nosotros mismos.
Todos los elementos de nuestro cuerpo y del planeta
estuvieron en las entrañas de una estrella.
Somos polvo de estrellas”
(“Cántico Cósmico”, Ernesto Cardenal)

También el relato del arca de Noé reafirma que humanos y animales están destinados a navegar juntos por - el a veces - tormentoso océano de la vida, y que necesariamente el actuar de unos afecta a los otros. Más adelante nos referiremos con más profundidad a este pasaje.

Ahora bien, en relación al valor intrínseco que se ha de otorgar a hombres y animales, podría considerarse que desde el punto de vista del pensamiento bíblico constituye una verdadera herejía sugerir que ambos tienen el mismo valor, sin embargo, el propio texto bíblico en diversos pasajes pone el tema sobre la mesa:

Dije en mi corazón: Es así, por causa de los hijos de los hombres, para que Dios los pruebe, y **para que vean que ellos mismos son semejantes a las bestias**. Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad.
(Eclesiastés 3:18.19)

“¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?”
(Eclesiastés 3:21).

El Predicador, inquisitivo por naturaleza, pesimista por la experiencia, sufrido por elección (“quien añade ciencia, añade dolor”, Eclesiastés 1:18), se hace esta pregunta tras contemplar lo que para él es el sinsentido de la existencia humana y darse cuenta de la evidente comunidad de destino de hombres y bestias.

Jesús, hablando de lo inútil del afán humano, dice:

“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos”
(Mateo 10:29-31).

Jesús no afirma de manera categórica que los hombres valen más que los pajarillos, lo que dice es que cada uno de quienes lo escuchan vale más que “muchos” pajarillos. El ser humano no tendría entonces un valor absoluto, sino uno relativo. Surge aquí entonces la pregunta: ¿cuántos pajarillos se necesitarían para igualar el valor de un hombre? Es evidente que la respuesta no es de carácter matemático, no es un número; la lectura que

puede hacerse de sus palabras en el contexto en el que estamos es: Dios está siempre pendiente de las necesidades del hombre, pero también tiene su oído atento a las demás criaturas, pues “el da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman” (Salmo 146:9).

Pero la semejanza de hombre y bestias puede ir más allá de su origen último común; muchas veces el ser humano olvida quién es y desciende del privilegiado escalón en el que había sido puesto:

“El hombre que está en honra y no entiende, semejante es a las bestias que perecen”
(Salmo 49:20).

Tenemos entonces que hay hombres que de hecho, no por naturaleza, se hacen semejantes a las bestias, lo que implicaría que el valor de los mismos sería también semejante (nótese que no dice semejante es a las bestias, sino que agrega la expresión “que perecen”, remarcando un elemento distintivo de hombres y bestias: el alma inmortal).

Y finalmente el texto bíblico recoge de forma recurrente en sus páginas un tópico literario que reafirma definitivamente lo que se ha venido

planteando: la muerte iguala a todos (omnia mors aequat), asociada al carácter fugaz de la vida humana (fugit irreparabile tempus):

“El hombre, como la hierba son sus días;
Florece como la flor del campo,
Que pasó el viento por ella, y pereció,
Y su lugar no la conocerá más”
(Salmo 103:15-16).

...“toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo.
La hierba se seca, y la flor se marchita...”
(Isaías 40:6-7).

Es esta una figura literaria, una comparación, pero es también una indiscutible verdad. En el Calendario Cósmico de Carl Sagan, al que antes hicimos referencia, las primeras civilizaciones aparecen recién en el último minuto del 31 de diciembre. El hombre, no solo como individuo sino también como especie, es a escala cósmica - tanto temporal como espacial - absolutamente insignificante, de la misma forma que a nosotros pudiera parecernos la hierba que crece, se seca y marchita ante nuestros ojos.

“Porque ¿qué es nuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece”.
(Santiago 4:14)

De modo que el hombre, plantas, animales y aún todo lo que existe (planetas, estrellas, galaxias) tienen algo en común, y ese algo en común es su enemigo: la muerte.



1.2.- Semejanza segunda

Hasta ahora nos hemos referido fundamente a aquellos pasajes que ponen de manifiesto que en la *Biblia* el hombre no es considerado un ser escindido, separado del resto de la creación, sino que por el contrario, tiene un origen y un destino -en principio la muerte- común a los demás seres vivos. Pero el ser humano es de acuerdo al texto bíblico una especie híbrida, o sea, un “producto de elementos de distinta naturaleza” (RAE), “un embutido de ángel y bestia” como escribió Nicanor Parra (1954) en su poema *Epitafio*.

Es cierto que la *Biblia* reconoce algún grado de semejanza entre el hombre y las bestias (una semejanza que será mayor o menor según el espécimen que escojamos para hacer la comparación), pero también afirma que el ser humano es un organismo dual, pues coexisten en él dos naturalezas en permanente conflicto. Su primera naturaleza se deriva su semejanza con las bestias y se revela fundamentalmente a través de las diversas manifestaciones del instinto, y su segunda naturaleza deriva de su semejanza con el Creador:

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza;... y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:26-27).

Evidentemente la semejanza del hombre con Dios no dice relación con el aspecto físico, pues el Dios bíblico - Dios Padre - carece de corporeidad; una y otra vez en la *Biblia* se insiste en la imposibilidad de que el hombre pueda ver a Dios, el invisible (1 Timoteo 1:17), y es en esa ausencia de corporeidad en la que se funda la prohibición de hacer imágenes de él y de adorarlas (“¿A qué, pues, haréis semejante a Dios o qué imagen le compondréis?”, Isaías 40:18).

Pero ¿en qué se asemeja el hombre a Dios? Podríamos intentar desarrollar y proponer aquí una respuesta más o menos completa, pero sería muy extenso. Consideramos que el ser humano en el contexto bíblico, hombre y mujer, se asemeja a su Creador fundamentalmente en su capacidad de amar, capacidad que tiene como sustrato elemental la libertad, esto es, la “facultad (natural) del hombre de obrar de una manera o de otra” (RAE); pusimos la palabra “natural” entre paréntesis porque, conforme a lo que se ha estado planteando, la libertad como posibilidad de optar, de elegir, no tiene relación precisamente con lo natural (en el sentido que le hemos estado dando

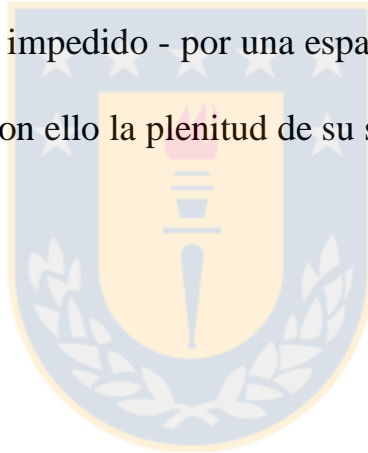
a esta palabra), pero sí lo tiene en cuanto facultad inherente a la persona humana.

Pero para elegir y amar, o dicho de otra forma, para elegir amar, se necesita estar dotado de habilidades de distinta índole que permitan expresar ese sentir a través de un obrar, de un hacer; indudablemente es indispensable, primero que todo, un cierto grado de capacidad intelectual, la cual es una de las diferencias más evidentes entre los seres humanos y los animales, lo cual no significa que estos últimos estén privados de ella, la tienen, pero en un grado sustancialmente menor. Si observamos con atención - y a veces, con alguna cuota de benevolencia - nos daremos cuenta que cada persona está dotada de una o más habilidades (intelectuales, sociales, artísticas, manuales, personales, etc); cada habilidad puede resultar útil en las más diversas circunstancias (cuán útil puede ser la empatía expresada en un sincero abrazo), aunque vivimos en una época en la que pareciera ser que las únicas habilidades que importan son aquellas que proporcionan algún beneficio con contenido económico.

Pero el hombre solo es “semejante” a las bestias y “semejante” a Dios, o sea, tiene algún parecido con ambos, pero no es igual a ninguno. En Edén

pudo haber permanecido eternamente en un estado de armonía con la naturaleza y con Dios, pero la entrada en escena de la serpiente lo cambió todo. La adquisición de la facultad de distinguir entre lo bueno y lo malo rompió esa armonía y lo llevó por un sendero distinto.

Es por tanto el ser humano un ser ambivalente, un ser con tendencias tanto regresivas como de superación, un dios incompleto que, conociendo lo bueno y lo malo, está impedido - por una espada encendida - de alcanzar el árbol de la vida y con ello la plenitud de su ser.



1.3.- El lugar del hombre en la naturaleza

Ya hemos visto que desde el punto de vista bíblico, en su esencia el hombre tiene algo de bestia y algo de Dios. Antes de su caída era éste el destino trazado por Dios para la especie humana:

“...llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28).

Este versículo se ha prestado para múltiples interpretaciones.

En un extremo están quienes ven en esta declaración un cheque en blanco dado al hombre por Dios para que haga con la tierra lo que le plazca: la tierra es tu casa, todo lo que hay en ella es tuyo y puedes disponer de ella de la manera que estimes conveniente. Esta interpretación es más bien propia de la modernidad, pues solo a partir de ella el hombre, ilusa e ingenuamente, pensó que podía dominar la naturaleza; como vimos, el hombre primitivo, incluso el medieval, tenían muy claro que era la naturaleza/Dios la que tenía en sus manos el destino del hombre, y no a la inversa, y que más valía no desafiarlos.

En el otro extremo están quienes, haciendo uso de recursos hermenéuticos, particularmente en relación con la palabra “sojuzgar”, estiman que más que otorgársele aquí al hombre un poder, en realidad se le está entregando una responsabilidad, una carga. Sin duda adherimos a esta línea interpretativa, y estamos de acuerdo en que es éste el verdadero sentido del texto, pero con algunas salvedades. Para interpretar un texto como la *Biblia* es necesario tener a la vista todas y cada una de sus partes, pues solo de esta forma es posible llegar a una conclusión que no afecte su coherencia global, y es lo que aquí procuraremos hacer.

Hay un Salmo en el que se repite en términos similares lo planteado en el Génesis en relación al lugar del hombre en la creación:

Le has hecho poco menor que los ángeles,
Y lo coronaste de gloria y de honra.
Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
Todo lo pusiste debajo de sus pies:
Ovejas y bueyes, todo ello,
Y asimismo las bestias del campo,
Las aves de los cielos y los peces del mar;
Todo cuanto pasa por los senderos del mar.
(Salmos 8:4-8)

Pero como hemos venido diciendo, este modo de ver la posición del hombre en la naturaleza es más bien propia de la modernidad; en muy raras ocasiones el hombre se ha visto a sí mismo de esta manera (salvo quizá los reyes-dioses), pues la naturaleza, con sus sequías e inundaciones, plagas y terremotos, rápidamente se encarga de ponerlo en su lugar. Incluso la misma *Biblia* está repleta de pasajes que aluden a la insignificancia humana:

“¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo del hombre, también gusano?”
(Job 25:6).

Estaremos de acuerdo en que, en realidad, el hombre no tiene señorío alguno sobre la naturaleza; podemos en alguna medida manipularla y en un grado mayor destruirla, pero no gobernarla. En la propia *Biblia* se deja esto en claro; en Hebreos 2:9, tras citar el pasaje recién transcrito, el autor señala que “todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas (al hombre)”.

De modo que quienes estaban llamados a sojuzgar y señorear la tierra fueron Adán y Eva en el Edén; dicha facultad la perdieron el mismo día que perdieron la comunión con la naturaleza/Dios, y fueron expulsados del Edén. Hoy Adán y Eva están - literal y metafóricamente - muertos y el Edén perdido; el hombre, ese embutido de ángel y bestia perdió el reinado que

alguna vez tuvo y no tiene absolutamente ninguna posibilidad de recobrarlo deshaciendo lo andado. Pero eso no significa que no haya para él esperanza.



VI.- El Mesías

Surge en este punto la ineludible necesidad de referirse al héroe máximo del relato bíblico, al Mesías, el encargado de restaurar todas las cosas. No estará de más recordar a nuestros lectores (a quienes lo requieran) el pacto de verosimilitud que suscribimos al abordar una lectura; los hechos extraordinarios a los que nos referiremos, hayan o no ocurrido, son expresión de una visión de mundo, de anhelos y esperanzas, de sueños y realidades.

Como decíamos, el autor de la Epístola a los Hebreos no identifica al hombre como el llamado a sojuzgar y señorear sobre la tierra; dentro del contexto del Nuevo Testamento, atribuye ese lugar de privilegio a Jesús, Hijo de Dios, pero también Hijo del Hombre (Hebreos 2:9). Ya hicimos referencia a las ocasiones en que Jesús, al igual que Adán, se encuentra con los animales (en su nacimiento, en su estadía en el desierto) y sus implicaciones. Pero no queda suficientemente claro allí el señorío al que alude Génesis y el Salmo 8. Son otros episodios los que dejan en claro que es él, Jesús, el legítimo heredero de Adán y de Dios, de la Creación y del Creador, siendo el ejemplo más sobresaliente el que sigue:

Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza.

Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?

Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?

(Marcos 4:37-41)

No solo los animales, las fieras, le obedecen, como a Adán, sino también lo hacen los elementos.

De manera que en el relato bíblico no es la especie humana la llamada a señorear sobre la tierra sino su heredero, su hijo. Es por esto, entre otras razones, que no es posible sostener que la *Biblia* avala el pensamiento antropocéntrico; lo más acertado sería decir que propone un pensamiento “Cristo-céntrico”, como se expresa claramente en el siguiente pasaje:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.

Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten (Colosenses 1:15-17).

Ahora bien, ¿qué característica tiene el señorío de este Rey de Reyes y Señor de Señores, de este heredero del universo? Es importante establecerlo

porque la obligación de todo creyente es imitar la conducta de Cristo, pues “el que dice permanecer en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2-6). Pues bien, la concepción cristiana de lo que implica ejercer un señorío (concepción ignorada durante siglos por el poder religioso y el temporal) es expuesta claramente por el propio Jesús:

Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Más entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.
(Mateo 20:25-28).

De manera que el poder o un determinado estatus de privilegio (como el que el hombre tiene respecto de la naturaleza), no debe ser visto como una prerrogativa, como una facultad para someter y utilizar en el propio beneficio a aquello(s) que ha(n) sido puesto(s) bajo su potestad, sino por el contrario, debe ser considerado como una responsabilidad, un deber, una oportunidad de servir y ser útil a aquello(s) puesto(s) al cuidado de quien es investido de autoridad.

VII.- Conservacionismo bíblico

Resulta interesante verificar que en la *Biblia* no solo se consagra el respeto y amor a la naturaleza como consecuencia de la aplicación de principios generales, sino que podemos encontrar expresiones concretas de ese respeto y preocupación, algunas de las cuales son muy interesantes.

Ya en la ley de Moisés podemos encontrar algunas ordenanzas como la que sigue:

Seis años sembrarás tu tierra, y recogerás su cosecha; más el séptimo año la dejarás libre, para que coman los pobres de tu pueblo; y de lo que quedare comerán las bestias del campo; así harás con tu viña y con tu olivar.

Seis días trabajarás, y al séptimo día reposarás, para que descanse tu buey y tu asno, y tome refrigerio el hijo de tu sierva, y el extranjero. (Éxodo 23:10-12).

Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos. Pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para Jehová; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña. Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segarás, y las uvas de tu viñedo no vendimiarás; año de reposo será para la tierra. Mas el descanso de la tierra te dará para comer a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu criado, y a tu extranjero que morare contigo; y a tu animal, y a la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer.

(Levítico 25:3-7)

El año cincuenta os será jubileo; no sembraréis, ni segaréis lo que naciere de suyo en la tierra, ni vendimiareis sus viñedos, porque es jubileo; santo será a vosotros; el producto de la tierra comeréis.
(Levítico 25:11-12)

Una misma ley en beneficio para todos: tierra, pobres, bestias, siervos, extranjeros. Todos, como Dios, se han esforzado en sus labores por días, por años; todos, como Dios, se han ganado un merecido descanso. Una visión meramente utilitarista, como la actual, no habría considerado descanso alguno. Dichos versos dejan asimismo entrever la añoranza de aquellos remotos tiempos, previos a la agricultura, en los que los hombres vivían de la recolección y en la que los animales domésticos eran libres, añoranza que, como veremos, se proyecta en la esperanza de un mundo mejor.

Cuando encuentres por el camino algún nido de ave en cualquier árbol, o sobre la tierra, con pollos o huevos, y la madre echada sobre los pollos o sobre los huevos, no tomarás la madre con los hijos.
Dejarás ir a la madre, y tomarás los pollos para ti, para que te vaya bien, y prolongues tus días.
(Deuteronomio 22:6-7).

Un sencillo pero efectivo principio conservacionista, que si se hubiere aplicado en nuestros días, por ejemplo realizando una pesca selectiva, nos permitiría disfrutar aún de muchas especies vegetales y animales antes abundantes. La asociación entre el bienestar de la naturaleza y el del hombre es evidente; la prolongación de los días sobre la tierra tiene una relación directa con el trato que le demos a la naturaleza.



VIII.-Ecología, Animismo y Cristocentrismo

Se ha señalado que la ecología se ocupa del estudio de la naturaleza entendida como casa o morada, como el espacio común que habitamos, y de las múltiples interacciones que en ella se producen. Asimismo hemos planteado que la ecología parte de la premisa de que todo está relacionado con todo.

También hemos señalado que el pensamiento animista, en virtud del cual se atribuye a los entes y las cosas, orgánicos e inorgánicos, un alma similar a la que poseen los seres humanos, ha estado presente desde los albores de la historia humana y pervive hasta nuestros días de diversas formas.

Ahora bien, ¿es posible encontrar indicios en la *Biblia* que permitan sospechar la presencia en ella de alguna forma de animismo? La pregunta es desde el punto de vista de la doctrina cristiana un tanto conflictiva, y la tentativa de respuesta que ofrecemos, si no es adecuadamente expuesta y/o comprendida, puede serlo aún más.

Para comprender mejor nuestra propuesta es útil hacer referencia a una hipótesis presentada a finales de los años sesenta por el químico James Lovelock, a la que denominó Hipótesis Gaia (en honor a la diosa griega de la tierra). La hipótesis inicial de Gaia de Lovelock establecía que el conjunto de los seres vivos se comporta como si fuese un super-organismo capaz de regular la composición de la atmósfera y el clima en su beneficio (Lovelock, 1985). Esta hipótesis no es compatible con la teoría de la selección natural en la medida en que ésta supone competencia y la primera cooperación, pues Gaia es un organismo evolutivo teleológico, cuyo fin es la preservación de la vida. Si bien Lovelock renegó de su hipótesis afirmando que en realidad Gaia no es un organismo individual, que es mucho más apropiado decir que es un sistema interactivo cuyos componentes son seres vivos, su propuesta inicial fue recogida por sus seguidores.

Castro (2013) plantea que:

... existe una integración de sistemas complejos y orgánicos desde la bacteria hasta la misma Gaia, de tal forma que existiría una jerarquía de niveles en la que en cada nivel tendríamos un organismo. Los niveles superiores estarían compuestos por organismos que combinados y coordinados, en general bajo simbiosis, forman un todo mayor. Cuando este todo se va constituyendo en un superorganismo la autonomía y los objetivos que poseían los organismos primitivos se va transfiriendo al nuevo superorganismo. De esta forma, las células eucariotas son el

resultado de la combinación y coordinación simbiótica de células procariotas, los organismos pluricelulares son a su vez el resultado de la coordinación de células eucariotas y procariotas unicelulares, los termiteros serían superorganismos resultado de la simbiosis de pluricelulares y unicelulares eucariotas y procariotas, y así hasta llegar a Gaia como organismo resultado de la simbiosis y coordinación de múltiples simbiosis de organismos.

Para Castro (2013) un organismo “sería aquel ser altamente complejo con funciones de autorreparación, metabolismo, reciclado elevado de materia, evolutivo, reproducido y con potencial reproductivo a lo largo de su historia”, definición para él perfectamente aplicable a la Tierra.

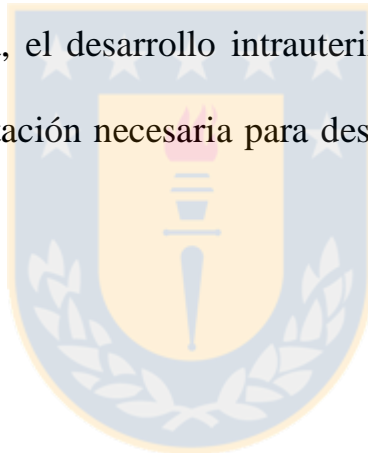
Ahora bien, tras una lectura detenida y meditada de la *Biblia*, nosotros hemos llegado a la conclusión - no definitiva por cierto – de que allí se contiene un planteamiento similar. De alguna manera la Hipótesis Gaia supone una vuelta al animismo, no en el sentido de otorgarle al superorganismo Tierra y las diversas jerarquías de organismos que la conforman un alma, una individualidad similar a la del ser humano, pero sí en el sentido de reconocer en ella los rasgos propios de un organismo vivo, aún a las cosas comúnmente consideradas inanimadas.

Pero consideramos que el texto bíblico va aún más allá. En su carácter de texto religioso que ofrece una visión de mundo que busca abarcar todos los ámbitos de la existencia, el superorganismo de que aquí se trata no es Gaia, la Tierra, sino el Universo, todo cuanto existe; en términos propios de la Hipótesis Gaia tal como la ve Castro, en la cosmología bíblica la Tierra descendería en la jerarquía y pasaría a ser un supra-organismo.

Lo que la Hipótesis Gaia plantea, y que a nuestro juicio la *Biblia* reafirma, es lo mismo que plantea la ecología en el sentido de que todo está relacionado con todo, solo que desde una perspectiva mayor o más extrema. Es difícil no encontrarle sentido a una propuesta que, por un lado recoge un sentir que parece incrustado en nuestro ADN (nuestra tendencia a dotar de un “alma a las cosas”) y por el otro proporciona una visión más acorde con el grado de conocimiento alcanzado acerca del origen y composición común de todas las cosas. Es difícil no ver a la Vida obrando en la dinámica del Universo: en el Big Bang, en el nacimiento de la luz, de las primeras galaxias y estrellas, en la formación de los primeros planetas, en los asteroides que surcan el espacio transportando agua, transportando vida. En el colegio aprendimos de memoria el ciclo de la vida: los seres vivos nacen, crecen, se

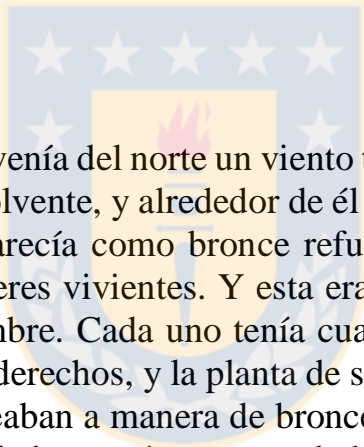
reproducen y mueren; ¿no es este el mismo ciclo por el que pasan planetas, estrellas, sistemas, galaxias, universos tal vez?

En la *Biblia* hay diversos indicios, más o menos evidentes, de que ésta forma de ver las cosas no es ajena al pensamiento bíblico. Es más, la permanente comparación y analogía entre la historia de la creación - y del hombre y de Dios - y diversos ciclos naturales como el día y la noche, la siembra y la cosecha, el desarrollo intrauterino y el parto, proporciona al lector atento la orientación necesaria para desentrañar el sentido final de la trama.



IX.- “Visión de la gloria de Jehová”

Partamos con Ezequiel capítulos uno y diez, que tiene su equivalente en Apocalipsis cuatro. Se trata de un pasaje complejo repleto de simbolismos al que consideramos imprescindible hacer referencia y del que ofrecemos una interpretación. Pese a ser un poco extenso, lo transcribimos casi en su totalidad para no desvirtuar su sentido, y también para la comodidad del lector:



Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente, y en medio de ella la figura de cuatro seres vivientes. Y esta era su apariencia: había en ellos semejanza de hombre. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. Y los pies de ellos eran derechos, y la planta de sus pies como planta de pie de becerro; y centelleaban a manera de bronce muy bruñido. Debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y sus caras y sus alas por los cuatro lados. Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante. Y el aspecto de sus caras era cara de hombre, y cara de león al lado derecho de los cuatro, y cara de buey a la izquierda en los cuatro; asimismo había en los cuatro cara de águila. Y cada uno caminaba derecho hacia adelante; hacia donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; y cuando andaban, no se volvían. Cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como de carbones de fuego encendidos, como visión de hachones encendidos que andaba entre los seres vivientes; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos. Y los seres vivientes corrían y volvían a semejanza de relámpagos. Mientras yo miraba los seres vivientes, he aquí una rueda sobre la tierra junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su obra era semejante al color del crisólito. Y las cuatro tenían una misma semejanza; su apariencia y

su obra eran como rueda en medio de rueda. Cuando andaban, se movían hacia sus cuatro costados; no se volvían cuando andaban. Y sus aros eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro. Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban. Hacia donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; hacia donde les movía el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas. Y sobre las cabezas de los seres vivientes aparecía una expansión a manera de cristal maravilloso, extendido encima sobre sus cabezas. Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente, como ruido de muchedumbre, como el ruido de un ejército. Cuando se paraban, bajaban sus alas. Y cuando se paraban y bajaban sus alas, se oía una voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas.

Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él. Y vi apariencia como de bronce refulgente, como apariencia de fuego dentro de ella en derredor, desde el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor. Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor.

Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová.

El texto citado lleva como encabezado una expresión ajena al texto original y no del todo adecuada, pues el mismo Ezequiel la denomina “visión de la semejanza de la gloria de Jehová”, expresión sustancialmente distinta y mucho más precisa; no se describe aquí la gloria de Jehová, sino la semejanza de ésta. La interpretación que proponemos parte de la misma premisa.

Nosotros vemos en este texto uno de los cuadros más completos que en el marco de la cosmovisión bíblica se contienen en la *Biblia* que dicen relación con la creación, entendida ésta como todo cuanto existe. En dicho cuadro se distinguen tres partes: los seres vivientes y las ruedas en la parte inferior, sobre ellos una expansión a manera de cristal maravilloso, y por sobre esa expansión el trono con una semejanza de hombre sentado en él.

De los seres vivientes sobresalen algunas características:

- tienen semejanza de hombres: pese a tener rasgos de distintos animales, su apariencia final, su semejanza última, es a la forma humana, lo que a la luz del relato del Génesis nos permite suponer que desde el punto de vista biológico, de la jerarquía evolutiva si se quiere, el ser humano es la forma definitiva que adopta la vida.

- son cuatro: de forma reiterada en la *Biblia* se alude a los cuatro puntos cardinales, los cuatro vientos, para indicar totalidad; los cuatro puntos cardinales lo abarcan todo. De modo que el hecho de que los seres vivientes sean cuatro es un indicativo de que representan a todos los seres vivientes que han existido.

- cada uno de ellos tiene cuatro rostros: el que nuevamente sean cuatro (que miran hacia los cuatro puntos cardinales) viene a reforzar la idea de totalidad. Cada uno de los seres vivientes tiene cuatro rostros: uno de hombre, uno de león, uno de buey y uno de águila. Cada uno de ellos representa la forma definitiva de un género de animales: el hombre se representa a sí mismo (el rostro principal y definitivo de la vida) y a sus ancestros, el león representa a los carnívoros, el buey a los herbívoros (a la vez que a las bestias domésticas, de importancia fundamental en el desarrollo de las civilizaciones) y el águila, representante del grupo más numeroso que abarca no solo a las aves sino a sus ancestros (reptiles, dinosaurios, etc).

- todo su cuerpo está lleno de ojos: reafirma lo expresado en el sentido de que los seres vivientes representan a todos los seres vivos que han existido; esos son los ojos que han visto todo cuanto ha sido.

-debajo de sus alas tenían manos de hombre: las manos representan el hacer, el trabajar. Los seres vivientes representan la totalidad de los seres vivos, y las manos de hombre debajo de sus alas implica que no es solo el hombre quien trabaja, quien con su labor contribuye al desarrollo de la vida; cada una

de las criaturas que han pasado por la tierra también hicieron (y hacen) su parte.

- están en constante movimiento y andan siempre hacia adelante: un rasgo propio de la vida, siempre inquieta, siempre brotando, siempre avanzando; la vida nunca da pie atrás, como gráficamente se aprecia en el árbol de la vida con el que se representa la evolución de las especies. Es por esta razón que en este cuadro no se observan animales marinos; en la cosmovisión bíblica el mar va asociado casi siempre con el abismo, con la oscuridad, con la muerte. En la Tierra nueva a que alude el *Apocalipsis* (21:1) el mar ya no existe, lo que es propio de una concepción de la vida que avanza: la vida se originó en el mar y no puede regresar a él.

También las ruedas tienen ciertas particularidades:

- en primer lugar, a diferencia de los seres vivos, se trata de una cosa, en principio se trata de lo “no viviente”.
- son cuatro: nuevamente la idea de totalidad, en este caso, aludiendo a todo lo no viviente.

- su obra era similar al color del crisólito; es decir, un color verdoso transparente. ¿Acaso se refiere a lo vegetal?; no sería de extrañar que se asocie lo vegetal a lo inanimado, pues en el relato de la creación, en Edén, las figuras centrales son el hombre y los animales, apareciendo lo vegetal en segundo plano.

- eran como rueda en medio de rueda que se movían hacia sus cuatro costados y nunca retrocedían; sus aros eran altos y espantosos y llenos de ojos alrededor; es inevitable asociar esta descripción con el movimiento orbital de galaxias, sistemas, planetas, lunas, e incluso de los electrones girando en torno al núcleo del átomo; de hecho, todo en el universo parece estar rotando, incluso el universo mismo. El hecho de que los aros fueran altos y espantosos para el observador – Ezequiel - , puede interpretarse como el inevitable temor que siente el hombre ante el “abismo”, ante una “realidad inmaterial inmensa, insondable o incomprensible” (RAE), ante “una profundidad grande, imponente y peligrosa, como la de los mares, la de un tajo, la de una sima” (RAE), como lo son el tiempo y el espacio. Que las ruedas estén llenas de ojos nuevamente puede entenderse como significando que las ruedas encierran todo aquello no viviente que ha existido y ha existido y que ha sido testigo de la historia del cosmos, aquellos ojos que en las noches sin luna nos observan desde las profundidades del tiempo y del espacio. La similitud de la descripción que Ezequiel hace con la forma que adoptan las galaxias es notable, sobre todo porque - oh coincidencia - éstas se comportan en forma similar a las ruedas de un carro: “los astrónomos han descubierto que todas las galaxias... independientemente de su tamaño, tardan alrededor de 1.000 millones de años en completar una rotación completa”.

<https://www.muyinteresante.es/ciencia/articulo/descubren-que-todas-las-galaxias-del-universo-giran-como-un-reloj-561521191323>).

Ahora bien, hay un hecho en la descripción de Ezequiel que nos da pie para plantear que en la *Biblia* la naturaleza, la creación, se comporta como

un organismo, tal como lo plantea la Hipótesis Gaia respecto de la Tierra. Ezequiel dice que “cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban. Hacia donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; hacia donde les movía el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas” (1:19-20). Lo viviente y lo no viviente, lo animado y lo inanimado moviéndose en absoluta armonía, en absoluta unidad, partes de un mismo organismo, de un mismo cuerpo. Es la consagración más amplia y absoluta de la concepción ecológica de que todo se relaciona con todo, y una concepción mucho más extensa de lo planteado por la Hipótesis Gaia.

Juzgamos oportuno y necesario hacer aquí un breve paréntesis para hacer referencia a una recientemente establecida ley de la física, la “Ley Contractal”. No olvidemos que la ecocrítica tiene un carácter interdisciplinario; el hecho de que recurramos a un ámbito de la física, disciplina habitualmente ajena al campo de la crítica literaria, es una prueba de ello, pues nos proporciona una valiosa ayuda a la hora de clarificar y fundamentar nuestra interpretación y así ofrecer un planteamiento acabado y sostenible.

La ley constructal fue propuesta en 1996 por Adrian Bejan como un resumen de todos los fenómenos de generación y evolución del diseño en la naturaleza, bio y no bio. La ley constructal propone que:

- 1.- La vida es flujo: todos los sistemas de flujo con libertad para transformarse son sistemas vivos, el animado y el inanimado.
- 2.- La generación y evolución del diseño es un fenómeno de la física.
- 3.- Los diseños tienen la tendencia universal de evolucionar en una determinada dirección en el tiempo.

La ley constructal apuntala una teoría unificadora de la evolución. Sostiene que los fenómenos inanimados y animados generan configuraciones en evolución para moverse más fácilmente. La ley constructal también proporciona la definición física de la vida, de lo que significa estar vivo. Establece que la vida significa flujo y la libre transformación del diseño. Si los flujos se detienen, el sistema está muerto. La ley constructal es la ley de la física de la vida, el diseño y la evolución” (Bejan, 1996).

A la luz de la Ley constructal, el fragmento al que hemos venido haciendo referencia cobra pleno sentido. Uno de los ejemplos de flujo en los que se observa esta Ley actuando, son los relámpagos; a esos mismos relámpagos se hace semejante en texto el movimiento simultáneo, continuo

y siempre hacia adelante de los seres vivientes y de las ruedas que representan el flujo de la vida.

El árbol de la vida que representa la evolución de las especies es también un ejemplo de flujo sujeto a la ley constructal; la vida se abre paso y va aumentando la amplitud de su flujo en la medida en que se diversifica y evoluciona. Para una concepción antropocéntrica, el punto de máximo flujo de la vida está representado por la aparición de la especie humana, la que ha ocupado y copado los más remotos rincones del globo y está dotada de atributos que, puestos al servicio de la vida, (potencialmente) le pueden permitir continuar acrecentando su flujo (¿colonizando otros planetas?). Pero desde el punto de vista del cristianismo, el flujo de la vida alcanza su expresión máxima y definitiva en la persona del Cristo. La Ley Constructual afirma que el flujo de la vida nunca cesa, nunca termina, pues si termina la vida muere; la concepción bíblica de la naturaleza pareciera diferir de esta concepción científica, pues en la *Biblia* la creación y su evolución tienen un comienzo y un telos, un fin que es el Cristo, sin embargo la tierra y el cielo nuevo, la nueva creación a que alude el *Apocalipsis*, pareciera abrir las puertas a un nuevo ciclo vital, a un más ancho camino al flujo de la vida.

No es nuestra pretensión hacer una correspondencia absoluta entre un planteamiento científico determinado y los escritos bíblicos; de lo que se trata es de lograr una mejor comprensión, proponer una lectura. En el ámbito científico una ley natural es un principio físico, una “regla fija a la que está sometido un fenómeno de la naturaleza” (RAE), en cambio en el relato que estamos analizando no es una ley natural la que señala a los seres vivientes - y consiguientemente a las ruedas - el camino que han de seguir, sino “el espíritu”.

La visión bíblica de la naturaleza se aleja del pensamiento ecologista no solo porque supone la existencia de un Creador y de un Cristo, de un alfa y omega, de un principio y un fin, sino también porque, a diferencia del pensamiento ecológico, fundamentalmente coyuntural, sincrónico (se trata del cuidado del medio ambiente, que es siempre el de hoy), el religioso/cristiano es necesariamente diacrónico, pues tiene en consideración presente y pasado, los que proyecta hacia uno o más futuros posibles. Se diferencia asimismo en un aspecto que es fundamental - y que a nuestro juicio constituye el talón de Aquiles del pensamiento ecologista - , y es que dota a la existencia de un sentido, de un telos, propone una respuesta al “por qué”, al “para qué”. Si aterrizamos esto a la realidad concreta se le podría preguntar

al ecologismo: ¿qué gano yo con sacrificar mis propios deseos y necesidades para preservar un mundo que, al igual que yo, está condenado irremediabilmente a la destrucción?, o ¿por qué proteger a una naturaleza violenta a la que parece no importarle el destino de sus propios hijos?

Una respuesta que se podría dar es de carácter utilitarista: nuestra vida depende de la naturaleza, y lo que la dañe nos daña a nosotros, por lo tanto debemos protegerla. Pero la cuestión de fondo sigue en pie: por más que nos esforcemos por huir, por achicar el agua que inunda nuestro bote, irremediabilmente nuestro destino individual, como especie, como planeta, sistema y galaxia, incluso como universo, es sucumbir ante la muerte, y peor aún, ante el olvido. Siendo esto así, nada de lo que hagamos o podamos hacer tiene sentido; siendo esto así, “comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (1 Corintios 15:32). La ecología, obviamente, no ofrece ni puede ofrecer una salida a este inevitable destino, no es su objetivo ni podemos culparla por ello. Podría estimarse que somos eternos en la medida en que la materia de la que fuimos formados es eterna, pero es claro que tanto la naturaleza -con toda su diversidad y belleza- como nosotros mismos, somos mucho más que polvo, de la misma manera que una hermosa escultura es mucho más que solo piedra.

Desde tiempos inmemoriales el ser humano ha buscado la respuesta a los “por qué” y los “para qué” a través de la religión; es a través de ella que ha intentado encontrarle sentido a la existencia. La ciencia no ha podido llenar ese vacío simplemente porque no es su objetivo; la ciencia puede intentar descifrar cómo fue creado el universo, pero no puede ni le interesa decirnos el por qué, ni el para qué. Pues bien, la religión cristiana, tal como las demás religiones, ofrece algunas respuestas, y si continuamos con la revisión de los capítulos uno y diez de Ezequiel, podremos conocer algunas.

Como vimos, en el cuadro que nos presenta Ezequiel se distinguen tres partes: los seres vivientes y las ruedas en la parte inferior, a los que ya nos referimos, y sobre ellos una expansión a manera de cristal maravilloso, sobre la que se observa un trono con una semejanza de hombre sentado en él. De acuerdo con nuestra interpretación, lo que se encuentra bajo la expansión representa la creación considerada como “una unidad de interacción dinámica entre lo animado y lo inanimado” (Bejan, 1996). Siendo ésta una visión de la semejanza de la gloria de Dios, surgen las preguntas: ¿cuál es en definitiva la gloria de Dios? y ¿quién está sentado en el trono?.

Primero, la gloria de Dios la constituye el cuadro completo, todo lo creado, como puede desprenderse de los siguientes versos:

“Más tan ciertamente como vivo yo, y mi gloria llena toda la tierra” (Números 14:20).

“Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria” (Salmos 57:5).

“Gloria y hermosura es su obra” (Salmos 111:3).

“Su gloria es sobre tierra y cielos” (Salmos 148:13).

“Su gloria cubrió los cielos, y la tierra se llenó de su alabanza” (Habacuc 3:3).

Y también es la gloria de Dios aquel que se sienta en el trono sobre la expansión, el cual a la luz del texto y doctrina bíblica no puede ser otro que el Cristo, el Hijo de Dios:

“El edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono...” (Zacarías 6:13).

“...y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30).

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria,...entonces se sentará en su trono de gloria.” (Mateo 25:31)

Por otro lado, la expansión a manera de cristal maravilloso habla de separación, pero también, dada la transparencia del cristal, de comunicación.

De modo que la *Biblia* no es útil para servir de sustento a una concepción antropocéntrica de la existencia, ni tampoco corresponde a una exactamente teocéntrica (aunque en último término sí lo es), pues en ella explícitamente se ha entregado el rol protagónico de la historia al Cristo:

...a quien constituyó heredero de todo, y por quien hizo asimismo el universo, el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia (de Dios), y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas...(Hebreos 1:2-3).

Por eso decíamos que desde el punto de vista bíblico lo más exacto es hablar de un “cristocentrismo”. Ahora bien, ¿qué implicaciones tiene esto desde el punto de vista de la ecología?, pues no debemos perder de vista el hecho de que estamos haciendo ecocrítica y no teología, aunque a veces resulta inevitable hacer un pequeño desvío para exponer de mejor manera lo que entendemos es el pensamiento cristiano.

Para ahondar un poco más en este punto es útil recurrir a una analogía que Pablo usa para referirse a la relación de Cristo con la Iglesia: ambos son un solo cuerpo cuya cabeza es el Cristo. Ya hemos señalado que hay en la *Biblia* indicios claros de que en ella se considera a la naturaleza, a todo lo creado como una unidad viva, dinámica, en definitiva como un cuerpo. También propusimos la idea de que en la *Biblia* la creación toda es un superorganismo, el cual a su vez está conformado por otros organismos organizados en jerarquías (Hipótesis Gaia); pues bien, de acuerdo a la doctrina cristiana sería la Iglesia (representativa de una especie humana renovada, renacida) el organismo con la más alta jerarquía después de Cristo, como puede desprenderse del siguiente texto:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles...todo fue creado por medio de él y para él.

Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos.

(Colosenses 1: 15-20)

Queda claro que la reconciliación de la que habla el texto no involucra solamente a Dios y al hombre, sino a todas las cosas. Esto queda aún más claro tras leer el siguiente pasaje que describe lo que ocurre cuando el Cristo asume su lugar en el trono:

Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13).

Puede considerarse que este pasaje no es más que una figura literaria utilizada para realzar más la ocasión, pero en función de lo que se ha venido planteando consideramos que es mucho más que eso. Una visión similar que deja de manifiesto la integración de la naturaleza en el pensamiento cristiano la encontramos en el siguiente segmento:

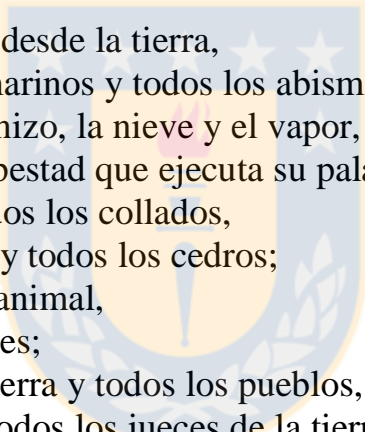
Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.
(Romanos 8:19-22)

Nos parece que en los círculos cristianos no se ha considerado seriamente y en profundidad las diversas implicaciones que tienen los textos que hemos venido citando. Parecieran ser una expresión más del animismo que nos acompaña como especie desde nuestros orígenes, pero creemos que es a la vez menos y más que eso. Es menos porque en la *Biblia* no se llega al extremo de otorgarle a la naturaleza una individualidad, un alma (por ello se prohíbe la adoración de las cosas), pero es más porque la considera conformando un mismo cuerpo con la especie humana y con el Cristo, con el Dios encarnado, que en cuanto creatura está hecho del mismo polvo estelar que conforma a los hombres, a las bestias y a todo cuanto existe. La analogía entre creación y cuerpo (organismo) es enormemente trascendente y útil desde el punto de vista ecológico, como puede desprenderse de los siguientes versos:

...para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan.
(1Corintios 12:25-26).

“Porque nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la sustenta y la cuida” (Efesios 5:29)

Si el hombre se concibiera a sí mismo como formando parte de un mismo cuerpo con la naturaleza, se dolería cada vez que por avaricia se tala un árbol, se sacrifica un animal, se contamina un río, se destruye un glaciar; y por el contrario, se alegraría, cantaría cada vez que estuviera ante alguna de las innumerables manifestaciones de la vida. Los Salmos llaman a entonar ese común canto, que es un canto de gratitud por el don de la vida:



Alabad a Jehová desde la tierra,
Los monstruos marinos y todos los abismos;
El fuego y el granizo, la nieve y el vapor,
El viento de tempestad que ejecuta su palabra;
Los montes y todos los collados,
El árbol de fruto y todos los cedros;
La bestia y todo animal,
Reptiles y volátiles;
Los reyes de la tierra y todos los pueblos,
Los príncipes y todos los jueces de la tierra;
Los jóvenes y también las doncellas,
Los ancianos y los niños.”
(Salmo 148:7-13)

Pero el hecho de que consideremos que en el cristianismo la naturaleza, el hombre y el Dios encarnado conforman un solo cuerpo tiene serias implicaciones. Si Cristo es la cabeza de este cuerpo, cualquier daño ocasionado a cualquier parte de ese cuerpo, sea a la naturaleza, sea al hombre, es un daño infringido a la cabeza misma (“en cuanto lo hicisteis a uno de

estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”, Mateo 25:40). El Dios cristiano no es de ninguna manera indiferente a las necesidades de sus creaturas ni al daño que a ellas se les infrinja:

“De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan”.
(Salmo 24:1)

Porque mía es toda bestia del bosque,
Y los millares de animales en los collados.
Conozco a todas las aves de los montes,
Y todo lo que se mueve en los campos me pertenece...
Porque mío es el mundo y su plenitud. (Salmo 50:10-12)

“Todos ellos esperan en ti,
Para que les des su comida a su tiempo.
Les das, recogen;
Abres tu mano, se sacian de bien”. (Salmos 104:27-28)

“Bueno es Jehová para con todos,
Y sus misericordias sobre todas sus obras.
Te alaben, oh Jehová, todas tus obras” (Salmos 145:9-10)

Claramente en la concepción bíblica, la naturaleza y cuanto en ella hay no pertenece ni está bajo el dominio del hombre, sino del de Dios, el cual vela permanentemente por su bienestar. Insistentemente se invita al hombre a contemplar y celebrar las maravillas de la creación, pero también en ocasiones se hace una severa advertencia a aquellos que la menosprecian. El

celo de Dios por su obra se manifiesta de un modo tremendamente explícito en un pasaje que no deja duda alguna acerca de su sentir hacia su creación:

“... y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar...y de destruir a los que destruyen la tierra”. (Apocalipsis 11:18)



X.- Implicaciones

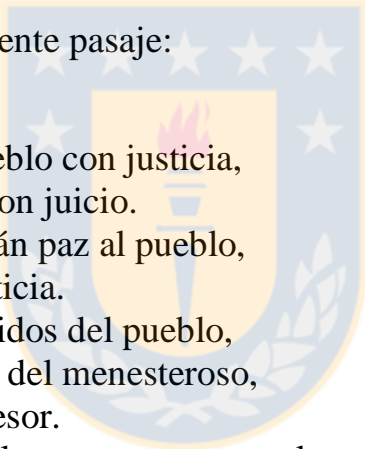
Desde un comienzo dijimos que para leer esta tesis y comprender los planteamientos en ella vertidos no era necesario compartir la fe cristiana, pero nuestro razonamiento nos ha ido dirigiendo a la figura del Cristo, lo que podría implicar el riesgo de convertir esta tesis en una prédica, lo que por cierto no es nuestra intención.

Hay una manera razonable de eludir este riesgo y es la de intentar determinar por qué surge la necesidad de incorporar en una determinada creencia la figura de un Mesías. Esto intentaremos hacer, pero nos obligará a referirnos a cuestiones tremendamente contingentes y a intentar visualizar cuál o cuáles son las causas de la actual crisis ambiental, expresión ésta un tanto equívoca, pues para nosotros no es el medio ambiente el que se encuentra en crisis, sino la humanidad.

El Mesías es una figura surgida inicialmente en el judaísmo, la que posteriormente fue recogida por el cristianismo y el islamismo. Pero ¿qué debemos entender por Mesías? Pese a que éste es también un tema que por sí mismo da para un extenso estudio, y a que la concepción que del Mesías o

Cristo se tiene no es la misma en las tres religiones mencionadas, intentaremos referirnos a él desde una perspectiva ecocrítica.

El Mesías, el ungido de Dios, es fundamentalmente la encarnación de la fe, de la esperanza humana. El Mesías es ese alguien que esperan quienes sufren, ese alguien -cuya identidad desconocen pero cuya esencia intuyen- que los libraré de la injusticia, de la opresión, del dolor, de la muerte, tal como se desprende del siguiente pasaje:



El juzgaré a tu pueblo con justicia,
Y a tus afligidos con juicio.
Los montes llevarán paz al pueblo,
Y los collados justicia.
Juzgaré a los afligidos del pueblo,
Salvaré a los hijos del menesteroso,
Y aplastará al opresor.
Porque él libraré al menesteroso que clamare,
Y al afligido que no tuviere quien le socorra.
Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso,
Y salvaré la vida de los pobres.
De engaño y de violencia redimirá sus almas,
Y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos
(Salmos 72:2-4, 12-17).

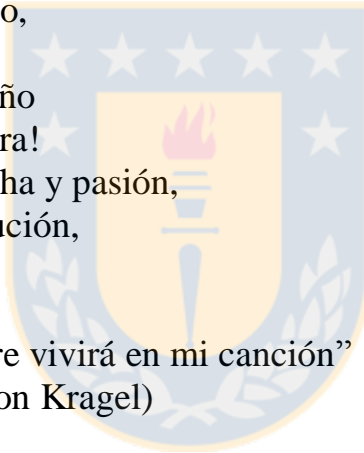
¿Quiénes esperan al Mesías?, ¿los ricos?, ¿los opresores?, evidentemente no; quienes lo esperan son los pobres, los oprimidos. Entre estos versos sobresale uno que por sí mismo resume el sentir de quienes

siempre esperan: “y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos”; ¿alguna vez en la historia humana los gobernantes, los poderosos, han estimado la sangre de sus súbditos, aún la de los de más baja condición, la de “los intocables” como preciosa?; ¿no ha sido acaso la sangre de ellos la que una y otra vez ha sido derramada como agua en guerras, revoluciones y contra-revoluciones en nombre de las más disímiles - pero en el fondo semejantes – causas? Uno de los aspectos que más resalta de estos versos es que el oprimido espera del Mesías no solo un gobierno justo sino, por sobre todas las cosas, el que por fin se le aprecie, que se le reconozca algún valor, que ya no sea solo uno de los tantos millones de extras que caen y pasan sin pena ni gloria por esta sombría película de guerra a la que llamamos historia.

Hablar del Mesías bíblico necesariamente implica involucrarse en el ámbito de lo político. De hecho, también en la política podemos encontrar muchos signos de mesianismo, desde el muchas veces evidente culto a la personalidad, al líder (léase la “*Oda a Stalin*” de Neruda) o la encarnación en determinados individuos de los valores que sustentan una lucha (como dejan ver los muchos versos y canciones dedicados al mítico Che Guevara):

“Preparando el milagro
de caminar sobre el agua
y el resto de los sueños
de las dolencias del alma,
vino a rajar la noche
un emisario del alba”
(*América, te hablo de Ernesto*, Silvio Rodríguez)

“Abuelita, abuelita
¿Quién es?
Es el llanto del viento,
La caricia del alba.
¡La esperanza, mi niño
Se llama Che Guevara!
Es un hombre de lucha y pasión,
El alma de la Revolución,
El hombre Nuevo,
El hijo guerrillero
Que siempre, siempre vivirá en mi canción”
(*Che Esperanza*, Egon Kragel)



También las manifestaciones literarias y del canto popular dan cuenta del anhelo de un mundo mejor:

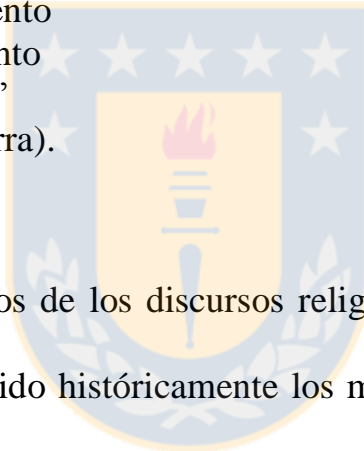
“El día que esperamos a lo largo del mundo
tantos hombres, el día final del sufrimiento”
(*Siempre*, Pablo Neruda).

“Cómo yugo de apretao
tengo el puño esperanzao
porque todo cambiará...”
(*El arado*, Víctor Jara).

“Líbranos de aquel que nos domina en la miseria
tráenos tu reino de justicia e igualdad”
(*Plegaria a un labrador*, Víctor Jara).

“No pierdo las esperanzas
de que esto tenga su arreglo.
Un día este pobre pueblo
tendrá una feliz mudanza...
cuando se dé la tortilla
la vuelta que tanto anhelo”.

“Todo estará en armonía
el pan con el instrumento
el beso y el pensamiento
la pena con la alegría”
(*Décimas*, Violeta Parra).



Los destinatarios de los discursos religioso y político (sobre todo el revolucionario) han sido históricamente los mismos; el sentimiento que da origen a los versos que se han venido citando es en buena medida común a ambos ámbitos, pero los caminos escogidos para la realización de ese sueño de cambio son divergentes. La separación de cristianismo y política es desde el punto de vista del primero bastante clara y tajante; a grandes rasgos la diferenciación está dada por el hecho de que el reino del Cristo es claramente una monarquía que no está interesada en el poder temporal (“mi reino no es de este mundo”, Juan 18:36), pues entiende que el mundo, en su actual condición no admite salvación, por el hecho de que no avala el uso de la

violencia (“porque todos los que tomen la espada, a espada perecerán”, Mateo 26:52) y en que plantea que cualquier cambio social supone un previo cambio individual y no a la inversa (“Os es necesario nacer de nuevo”, Juan 3:7).

¿Puede ser el Mesías simplemente un humano? Bíblicamente no. ¿Por qué?; primero porque es uno de los fundamentos de la fe cristiana el que la humana no es una especie digna de confianza:

“Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres,
Para ver si había algún entendido,
Que buscara a Dios.
Todos se desviaron, a una se han corrompido;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”
(Salmos 14: 3-3).

“Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres, mentira los hijos de varón;
Pesándolos a todos igualmente en la balanza,
Serán menos que nada”
(Salmos 62:9).

“No confiéis en los príncipes,
Ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación.
Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra;
En ese mismo día perecen sus pensamientos”
(Salmos 146:3-5).

“Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (Isaías 2:22).

“Faltó el misericordioso de la tierra, y ninguno hay recto entre los hombres” (Miqueas 7:2).

“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo” (Jeremías 17:15).

También la experiencia le ha enseñado al pobre qué puede esperar de sus congéneres cuando gobiernan:

“Tus príncipes, prevaricadores y compañeros de ladrones; todos aman el soborno, y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda” (Isaías 1:23).

“Jehová vendrá a juicio contra los ancianos de su pueblo y contra sus príncipes; porque vosotros habéis devorado la viña, y el despojo del pobre está en vuestras casas.

¿Qué pensáis vosotros que majáis mi pueblo y moléis las caras de los pobres? dice el Señor, Jehová de los ejércitos” (Isaías 3:14-15).

“Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero” (Miqueas 3:11).

“¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía, para apartar del juicio a los pobres, y para quitar el derecho a los afligidos de mi pueblo; para despojar a las viudas, y robar a los huérfanos!” (Isaías 10:1-2).

Los versos recién citados, escritos hace miles de años, ¿nos parecen tan distantes? ¿No es acaso una realidad que hemos visto y vemos repetirse una y otra vez en el transcurso de la historia, de nuestra historia? Cualquiera persona que hoy tenga 40, 50, 60 años, medianamente informada y con un mínimo de sentido crítico, se habrá dado cuenta que, movimientos más movimientos menos, revoluciones más revoluciones menos, como sucede en la Granja Animal de Orwell, todo vuelve al punto inicial. Los opresores cambian de nombre, de rostro, de bandera, de ideología, pero nunca cesa la injusticia. Ejemplos sobran: ayer Vietnam sufrió lo indecible y sacrificó más de un millón de vidas para mantener su independencia e instaurar un régimen comunista; hoy es una floreciente economía esencialmente capitalista que se entienda a las mil maravillas con su antiguo enemigo. Ayer el Frente Sandinista de Liberación Nacional tras una larga lucha derrocó al dictador Anastasio Somoza y estableció un gobierno revolucionario que duró 11 años; hoy, de nuevo en el poder, reprime manifestaciones dejando a la fecha como saldo más de un centenar de muertos. En Chile, un intento de revolución democrática culmina con un golpe de Estado, un palacio de gobierno bombardeado y una dictadura de 17 años que deja más de 3.000 muertos y desaparecidos, todo para que tras el retorno a la democracia los mismos

sectores que habían pretendido fundar una república socialista, consolidaran y profundizaran uno de los modelos económicos más liberales del mundo.

Como es obvio, en la *Biblia* no se relatan todos los acontecimientos que conformaron la historia de Israel, sino solo aquellos que tuvieron cierta trascendencia. Lo normal es que los sucesos relevantes ocurran en épocas de crisis, crisis que no surgen de la nada, de manera espontánea e instantánea, sino que se van forjando con el transcurso del tiempo y tienen por lo general un carácter cíclico. Las crisis históricas se comportan de alguna forma como los terremotos: son el resultado de fuerzas, de tensiones acumuladas por años, incluso siglos, que son repentinamente liberadas para luego volver a recomenzar un nuevo ciclo.

La *Biblia* fue escrita en el transcurso de siglos, y la sabiduría que da la experiencia se fue transmitiendo de generación en generación. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, reza el antiguo refrán; es por ello que no es extraño que casi siempre sean los jóvenes los más encantados con los servidores del pasado en copa nueva, como versa una canción de Silvio Rodríguez (“*La maza*”), no es extraño que hayan sido (y sean) los entusiastas que con el corazón henchido de orgullo patrio, de fervor revolucionario,

marchen con una canción, con una sonrisa en los labios a matar y morir en los campos de sangre. Lo que para los jóvenes es nuevo, para los viejos es historia conocida y, peor, repetida. Antiguamente, en especial en las épocas bíblicas, el consejo de los ancianos era -si bien no necesariamente seguido- normalmente escuchado y respetado. Hoy, por distintas razones (una de ellas que los viejos dejaron de valorarse a sí mismos y a su herencia ancestral), esto dejó de ser así. El que se le dé la espalda al pasado, el que reneguemos de él, no nos augura nada bueno, solo más frecuentes y duras caídas.

De modo que, bíblicamente, el hombre deambula en círculos dentro de un laberinto - para él sin salida -, cayendo y levantándose una y otra y otra vez solo para volver a caer; no puede salir de él sin ayuda. Surge entonces no solo el anhelo, sino la necesidad de un Mesías, de alguien que, dotado de facultades superiores, libere al hombre del bucle en el que se encuentra atrapado. ¿Y qué características tiene el Mesías bíblico?:

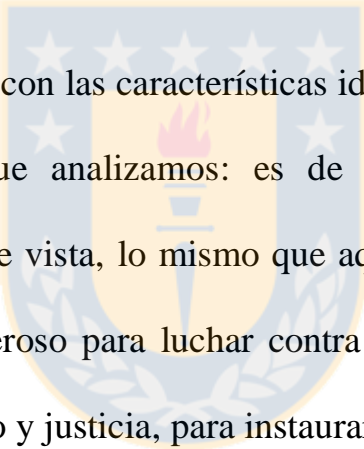
“... se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isaías 9:6).

“Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa” (Isaías 32:2).

“... justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zacarías 9:9).

Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, más sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto.

(Isaías 53:2).



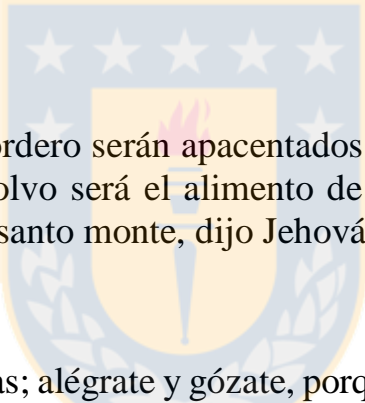
Es el personaje con las características ideales como para asumir el rol principal de obra que analizamos: es de origen humilde, es sufrido, insignificante a simple vista, lo mismo que aquellos a los que va a liberar; pero es también poderoso para luchar contra los opresores y vencerlos, y sabio para hacer juicio y justicia, para instaurar de una vez y para siempre la tan anhelada y esquiva paz.

Pero ¿qué relevancia tiene desde el punto de vista ecológico la concepción cristiana del Mesías?

Pues que esta ansiada paz no solo involucra el reducido mundo de lo humano. Confirmando lo señalado en el sentido de que el Mesías bíblico es

la cabeza de un cuerpo conformado por todo lo creado - incluida la especie humana - su advenimiento tiene también implicancias universales:

Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar (Isaías 11:6-9).



“El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová” (Isaías 65:25).

“Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas. Animales del campo, no temáis; porque los pastos del desierto reverdecerán, porque los árboles llevarán su fruto, la higuera y la vid darán sus frutos (Joel 2:21-22).

Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra.

Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado (Miqueas 4: 3-4).

En sintonía con la concepción ecológica de que todo está relacionado con todo, la liberación del hombre necesariamente se traduce en la liberación de la naturaleza toda.

Todo lo recién expresado suena muy bonito, el final feliz ideal para una historia que a todas luces pintaba para tragedia. Como expresión de fe y como visión esperanzadora del futuro para los que hoy sufren pudiera ser de alguna utilidad pero, “objetivamente”, ¿qué utilidad tiene en la práctica la concepción bíblica de la naturaleza desde el punto de vista de la protección del medio ambiente? Creemos que mucha. Pero haremos aquí una distinción por motivos de congruencia y claridad, pues nos referiremos por separado a quienes comparten la fe cristiana y a quienes no lo hacen, pues a los segundos no es posible hacer ciertas exigencias que si pueden hacerse a los primeros.

Cristianos

Ya dijimos que una de las razones por la que es importante analizar y exponer lo que podríamos llamar “ecología bíblica” es el hecho de que aproximadamente un tercio de la población mundial se declara cristiana, y que la inmensa mayoría de los habitantes de la nación más poderosa del planeta (y la que más recursos consume por habitante) hacen igual

declaración. Desde ya hacemos la salvedad de que una cosa es declarar ser algo (cristiano en este caso) y otra efectivamente serlo; puede también ocurrir que por ignorancia (normalmente resultado de una errada instrucción ligada a una pereza intelectual) muchos desconozcan los verdaderos postulados de la fe que invocan. Cristo es el modelo, el ideal a imitar por el cristiano, y como veremos, nada en su actuar, en su vivir, sirve para fundamentar una fe basada en el tener, en el consumir, en la depredación de la naturaleza con fines meramente recreativos y no de supervivencia.

Lo que se ha venido exponiendo hasta ahora nos parece que ha dejado meridianamente claro que desde el punto de vista bíblico la creación es obra y propiedad de Dios, quien vela y cuida de sus criaturas, y que de ninguna manera permanece indiferente a su dolor. También hemos señalado que existen a nuestro juicio sólidos argumentos bíblicos para sostener que naturaleza y humanidad son un solo cuerpo/organismo cuya cabeza es Cristo; por lo tanto, cualquier daño, cualquier agresión a dicho cuerpo, es una herida infringida al propio Cristo. Si alguien ama y/o teme a Dios, si ama a aquel que se sacrificó no solo por la especie humana sino por toda la creación, debiera a lo menos tener cuidado de no causar un daño injustificado a sus semejantes o a la naturaleza; decimos injustificados porque hay daños

inevitables y que son justificados, y éstos son, dicho en términos generales, aquellos encaminados a preservar la vida y que forman parte del orden natural de las cosas. En el orden natural, vivir sin producir daño alguno es imposible.

Urbi et orbi

Pero contrariamente a lo que muchos piensan, creyentes y no creyentes, la doctrina cristiana, el Dios cristiano, no es un dios vacío, vano, sin contenido. El Dios cristiano no es un Dios ciego ni sordo (aunque a veces lo pareciera) y mucho menos es un Dios mudo; cuando habla -como veremos- lo hace en forma fuerte y clara. El Dios bíblico no es un Dios que se defiende, que pide disculpas, por el contrario, es un Dios que acusa, que advierte, que intenta abrir los ojos. El texto bíblico no solo propone respuestas a cuestiones de la más diversa índole (independientemente de que se las comparta o no), sino que se permite cuestionar, juzgar al hombre. En este sentido, también puede pronunciarse respecto de los diversos planteamientos hechos desde la ecología, a cuyas dos grandes vertientes nos habíamos referido.

Respecto de las propuestas del movimiento de ecología profunda, ya adelantamos implícitamente la postura bíblica: no se debe confiar en el hombre. La nueva civilización que ésta propone encierra una paradoja, una incongruencia basal: se propone la destrucción de la civilización actual, hecha a la medida del hombre, por una nueva en la que el hombre se integre armónicamente con la naturaleza; pero esta nueva civilización no ha sido diseñada por la naturaleza sino por hombres, por hombres con nombre y apellido, siguiendo la tónica de la historia humana en la que tantos nos han vendido sus utopías, más o menos humanas, más o menos bestiales.

Como en algún momento señalamos, la ecocrítica demanda que asumamos una posición frente a la historia, frente a la vida, y es lo que en esta parte haremos.

La historia parece avalar el planteamiento bíblico de que la solución a los diversos problemas que aquejan al hombre y su entorno no puede provenir del causante, del hombre, por lo menos no del hombre en su actual estado evolutivo; no se le puede pedir peras al olmo. Esto sería mala política, como la de aquellos que antes de las elecciones nos ofrecen soluciones a problemas que ellos mismos crearon o no resolvieron en su momento. No parece ser una

buena idea poner el futuro en manos del hombre, cuestión que en todo caso es por lo demás ilusoria, pues es claro que el destino del hombre no está en sus manos, y mucho menos el de la naturaleza.

Que me perdonen los señores J. Lovelock y A. Naess, reconocidos exponentes de la ecología profunda, si no abandono voluntariamente el juego de la vida, si no pongo obstáculos para que los recién llegados se integren; perdonen si no estoy dispuesto a entregar mi mujer, mis hijas para su recreo y no se ofendan si no tengo interés en tomar las suyas. Disfruto el juego, disfruto el amor, disfruto la vida; y quisiera que todo y todos la disfrutaran. Si tengo que abandonar este partido ha de ser por decisión técnica, no suya ni mía. Y si en algún momento el juego termina, pues bien, habrá de aceptarlo y abandonar el campo en silencio; esas son las reglas del juego, esas son las reglas de la vida.

Desde el punto de vista bíblico, la gran falencia de la ecología profunda es su desconocimiento de la naturaleza humana. Su propuesta de hacer prácticamente desaparecer del globo a la especie humana ya fue puesta en práctica una vez...y los resultados están a la vista. La historia de Noé, del diluvio, no es un relato exclusivo de la Biblia; casi todas las culturas

conservan un relato similar. Hubo un momento en que la tierra se corrompió y estuvo llena de violencia (Génesis 6:11) y por esta causa fue destruida; de la devastación se salvaron solo ocho personas: Noé (el único considerado justo, perfecto en sus generaciones), su familia y algunos animales representativos de cada especie. Hoy que nuevamente hemos corrompido la tierra, que la hemos llenado de violencia, ¿construiremos una neo-arca para volver a repetir el ciclo? La tierra fue destruida porque “todo designio de los pensamientos del corazón (del hombre) era de continuo solamente mal (Génesis 6:5). Luego del diluvio, Dios se comprometió con hombres y bestias a no volver a destruir la tierra “porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud” (Génesis 8:21). Hasta Dios tuvo que aceptar esta triste realidad; si no lo hubiera hecho hace rato que habría borrado al hombre del mapa, de la historia.

La visión bíblica de la naturaleza humana es abierta y claramente pesimista. Una creación nueva, un mundo nuevo en el que reine la paz y la armonía forma parte de la esperanza y fe cristiana, pero ella plantea que la concreción de este anhelo no será posible sin que previamente se produzca el nacimiento de un hombre nuevo “creado...en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). El problema de la naturaleza y del hombre es que

ambos son corruptibles, es decir, son susceptibles de deterioro, de perversión, en suma, son vulnerables ante las múltiples manifestaciones de la muerte; de modo que “es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:53).

El segundo problema de la ecología profunda es que desconoce la necesidad e inevitabilidad de la evolución. Su visión de la vida es estática, y si reconoce alguna evolución, la hace dependiente de la voluntad humana en tanto propicia un cambio cultural como solución a los problemas presentes. Pero la evolución de las especies nunca ha dependido de sí mismas. El flujo de la vida no puede ser detenido y se abre paso de cualquier manera; la humanidad se ha transformado en un obstáculo puesto en su curso, un obstáculo que para nuestra pobre vista es enorme, pero que para la naturaleza, para la vida, es insignificante; somos como esas enormes casas que necia, imprudentemente, han sido construidas en la cuenca de un río y que, tras una inesperada crecida, en un abrir y cerrar de ojos ya no están.

Y a la luz de los escritos bíblicos, ¿qué puede decirse de las concepciones ecologistas más moderadas, de aquellas que proponen hacer correcciones al actual modelo de desarrollo humano sin afectar su esencia?

Pues a su respecto, en esencia son aplicables los conceptos vertidos a propósito de las propuestas de la ecología profunda. Confiar en el actual sistema económico-social es confiar en el hombre, lo que como vimos se aleja de la propuesta bíblica. Por otra parte también desconocen el hecho de que la vida avanza como un flujo, y aquello que no avanza es un obstáculo pronto a desaparecer. En este sentido ¿qué dice la vida?, pues lo mismo que dice Jesús: “el que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:30).

Del análisis ecocrítico que hemos venido realizando de los textos bíblicos se deduce que el error en el que incurre el actual pensamiento ecologista es no comprender en profundidad las diversas implicaciones que se derivan del hecho de que todo esté relacionado con todo. Siendo todo cuanto existe un solo cuerpo, un solo organismo, no se puede salvar la tierra si no se salva la civilización, ni se puede salvar la civilización si no se salva

al hombre. Un ecologismo que hace la vista gorda ante la injusticia, la ignorancia y la opresión en la que vive la mayor parte de los seres humanos, hijos de esta tierra, un ecologismo que se olvida del hombre y su dolor, es un ecologismo tuerto, sordo, tartamudo y cojo, que no ve la mitad de lo que pasa, que no comprende la mitad de lo que escucha, que no denuncia ni la mitad de cuanto ocurre, que no avanza ni la mitad de lo que debe.

Nos parece que el evidente distanciamiento entre el ecologismo y la visión bíblica de la relación hombre-naturaleza tiene su origen en lo disímiles que son sus autores/promotores y sus destinatarios. Como vimos, la Biblia es un texto escrito por y para los desposeídos, los oprimidos, los marginados; es un texto escrito desde el dolor de la servidumbre, del exilio, del hambre, de la persecución, un texto escrito para consuelo de todos aquellos que se encuentran en similar condición.

El pensamiento ecologista en cambio tiene su origen en las clases acomodadas, instruidas de los países “desarrollados”; sus destinatarios, sus “lectores ideales”, tienen -o aspiran a tener- características similares. Es un ecologismo urbano que mira de lejos el hambre, el frío, la violencia en sus manifestaciones más diversas; en otras palabras, es un ecologismo que mira

la naturaleza desde lejos. La naturaleza para el hombre moderno es más bien propia de las novelas pastoriles, una naturaleza idealizada en la que todas las criaturas viven en paz y armonía; las redes sociales dan cuenta de su simple y dicotómica visión de la vida: por una parte imágenes y videos de tiernos y muy sensibles animalitos (de preferencia cachorritos) y por la otra crudos relatos, imágenes, videos que dejan en evidencia la crueldad y salvajismo de la especie humana (especie a la que por lo demás olvidan pertenecer).

Este ecologismo, para conveniencia de algunos, ha disociado mundo humano y mundo natural, sin percatarse de la directa relación que existe entre la forma en la que cada ser humano se relaciona consigo mismo, con sus semejantes, con el sistema social y económico, y la forma en que se relaciona con la naturaleza. En el ecologismo moderno es perfectamente concebible que el hombre se aborrezca a sí mismo y a sus semejantes y simultáneamente ame la naturaleza (o la imagen mental que tiene de ella) o es también perfectamente concebible que, convenientemente, a la hora de asumir/eludir responsabilidades que son colectivas se disocie a sí mismo del grupo, de la especie, del sistema: la culpa siempre será de algún otro.

XI.- El pecado de Sodoma

En una época en que la orientación o preferencias sexuales pasaron de ser una cuestión personal y privada a un asunto público elevado a la categoría de problemática política de primer orden, podría estimarse por algunos, particularmente por los llamados fundamentalistas cristianos, que la sociedad actual se está comportando de una manera similar a las bíblicas Sodoma y Gomorra, destruidas por la mano de Dios como castigo a su inmoralidad. Pues bien, compartimos aquí esa apreciación. Pero que nadie se sobresalte ni rasgue vestidos (no aún) ni corra a denunciarnos por incitar al odio. La sola lectura del siguiente fragmento aclarará el sentido de lo que acabamos de expresar:

“He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso” (Ezequiel 16:49).

De acuerdo a este texto, la de Sodoma era una sociedad inmoral no por el comportamiento sexual de sus habitantes (cuestión eminentemente privada, irrelevante desde la perspectiva de esta tesis, pues la problemática medioambiental involucra a todo individuo de la especie humana), sino

porque en su desmedido afán por saciar sus apetitos, dejó a los afligidos en el abandono, en el olvido y se mostró indiferente ante el sufrimiento ajeno.

Son cuatro las causas de la caída de Sodoma: la soberbia, una disposición de recursos más allá de lo estrictamente necesario, mal uso del tiempo ocioso, y un desinterés respecto de quienes no tenían los medios para satisfacer sus necesidades elementales. Y si se lee el capítulo 19 del Génesis, se observa asimismo otro factor indicativo de decadencia: la turba, la horda, reemplaza a una autoridad débil o inexistente y se convierte en legislador, juez y verdugo.

Pero el error más grave de Sodoma fue creer que sus actos no tendrían consecuencias. En este sentido hay un aspecto muy significativo del relato que vale la pena resaltar: aquellos que violentan a ese extranjero - Lot - y a sus visitantes, son heridos con ceguera, “de manera que se fatigaban buscando la puerta” (Génesis 19:11).

Estaremos de acuerdo en que nuestra situación desde el punto de vista ecológico y humano es bastante similar a la de Sodoma. Desde hace rato que los científicos advierten que, como Sodoma, la tierra se acerca a un punto de no retorno, a un colapso inminente e irreversible. No una sino varias espadas

cuelgan sobre nuestra cabeza (calentamiento global, desertificación, escasez de agua, sobrepoblación, extinción masiva de especies, sobreexplotación de la naturaleza, etc).

Como en la bíblica Sodoma, el poderoso se dedica sin ningún empacho ni pudor a aumentar sus ganancias a costa de sus semejantes y de la naturaleza. En todo al mundo la turba, esa “muchedumbre de gente confusa y desordenada” (RAE) se cita en las redes y colma las calles enarbolando las más diversas banderas, defendiendo las más disímiles causas, desde las más serias a las más absurdas (criminales incluso), teniendo casi todas en común el olvido, la postergación a la que someten a aquellos cuya voz carece de la fuerza necesaria para hacerse oír: la de los niños, los viejos, los enfermos, los pobres que luchan cada día por sobrevivir. La autoridad, que era la llamada a castigar los abusos de los poderosos y a amparar a los desposeídos, ha olvidado su razón de ser y procura mantener un pragmático equilibrio: por un lado se esfuerza por complacer a sus patrones que la han comprado, y por el otro intenta mantener contenta a la peligrosa turba que eventualmente puede despojarla de sus privilegios. La voz del pobre, del afligido, del menesteroso, ya no se escucha.

Ante este panorama apocalíptico, anunciado por profetas, escritores y científicos, es perfectamente lícito preguntarse: ¿por qué los gobiernos no hacen algo (significativo) para evitar el desastre? La respuesta que ofrecemos, y que ya hemos adelantado, puede resumirse en una palabra: corrupción. Se trata de una palabra extremadamente significativa; en su acepción más literal corromper significa “echar a perder, depravar, dañar o pudrir algo”. (RAE).

La historia de la humanidad es la historia de la opresión y, consecuentemente, la de la búsqueda de la justicia, lucha esta última que fue por sobre todo la lucha por obtener el esquivo pan; el principal impulsor de las revoluciones ha sido siempre el vientre. Hasta hace relativamente poco el eslogan era “pan, techo y abrigo”. Muchos vivieron, sufrieron y murieron esperando la realización de esta sencilla y justa aspiración. Regímenes y gobiernos se han sucedido entre los diversos pueblos de la tierra y, como anunció Jesús, los pobres siguen estando con nosotros (Mateo 26:11).

Pero algo ha cambiado en los últimos años. En la mayoría de los países del mundo, a diferencia de lo que ocurría hace pocos decenios atrás, hay una relativa abundancia de pan y de vestido. Hasta hace poco en nuestro medio

era muy frecuente ver a personas de todas las edades pidiendo en las puertas un pedacito de pan; un poco más atrás era común ver a los niños descalzos porque sus padres no tenían los medios para comprarles un par de zapatos. Es innegable que la pobreza de hoy no es la misma de ayer. ¿Qué ha cambiado en los últimos años? Los pobres y la pobreza siguen estando ahí, pero han cambiado de apariencia y se los ha procurado invisibilizar, encerrar en guetos; no vemos a los pobres ni a la pobreza, y tampoco somos capaces de ver con claridad nuestra propia miseria (pues “no solo de pan vivirá el hombre”, Mateo 4:4). Al parecer, como los habitantes de Sodoma, también nosotros hemos sido heridos con ceguera.

La vanguardia de la sociedad, la elite gobernante, la llamada a encabezar los avances sociales, a guiarla por la senda del progreso, ha trocado de lazarillo en ciego. El brazo derecho del Estado, de la sociedad organizada, ha sido tomado por la codiciosa mano del rico y, el izquierdo, por aquellos que tiempo atrás nos vendían utopías, los “que al no poder seguir su paso, la traicionaron...” y son “hoy funcionarios del negociado de sueños dentro de un orden” (*Utopía*, J.M.Serrat). Procuran aparentar disensión, pero hace bastante rato que llegaron a un consenso acerca del sistema económico y social que nos ha de regir; pareciera ser que Fukuyama tenía razón y que con

el triunfo del liberalismo sobre el comunismo, de la economía sobre la ideología, hemos llegado al fin de la historia. Esperemos que se equivoque; como vimos, la detención del flujo de la vida implica la muerte.

Como hemos señalado, para los autores de los textos bíblicos el corazón del hombre invariablemente se siente inclinado al mal; siempre tiende a entrar por la puerta ancha a la que alude Jesús, a la más visible, la aparentemente más fácil (Mateo 7:13). Pero en la *Biblia* se hace particular referencia a un mal que, sin lugar a dudas, ha marcado la historia del hombre y a su entorno natural: el amor al dinero. “Raíz de todos los males es el amor al dinero” le dice Pablo a Timoteo (1ra. Timoteo 6:10) en una época en la que el Imperio Romano, fundado por un pueblo austero, sencillo, trabajador, atravesaba una crisis similar a la que atraviesa el mundo de hoy (la República y sus ideales habían quedado atrás y los emperadores obraban a su arbitrio), una crisis fundamentalmente moral.

La historia de América desde su “descubrimiento” es un clarísimo ejemplo de que efectivamente la raíz de todos los males (sociales) es el amor al dinero. El hambre de oro fue el origen del genocidio y la esclavitud, de las

epidemias que diezmaron y/o hicieron desaparecer pueblos enteros, de las más diversas y crueles formas de abuso y violencia que, de una forma u otra, persisten hasta nuestros días. Y la naturaleza no quedó indemne; desde un principio y hasta el día de hoy, el fuego ha arrasado las selvas para abrir campo a los cultivos más rentables, los bosques incesantemente - y sin un descanso que permitiera su renovación - entregaron su madera, su sabia; sin compasión se ha abierto una y otra vez el vientre de la tierra para extraer sus riquezas, sin importar si durante la operación se destruían bosques, glaciares, montes, cursos de agua. Y la suerte de África, de Asia, de Oceanía, del mundo entero, no ha sido mucho mejor.

Podríamos caer en la tentación de achacar la culpa de todo al codicioso hombre blanco europeo, pero desastres ecológicos derivados de la irracionalidad humana ha habido en distintas épocas y lugares (como la desertificación de la Isla de Pascua) y bajo los más disímiles regímenes (como la desaparición del Mar de Aral en tiempos de la URSS); no es un problema de raza ni de género. En un mundo globalizado como el actual, también se ha globalizado la irracionalidad, enmascarada hoy en día bajo el concepto de “crecimiento económico”, doctrina de fe ampliamente difundida y aceptada por las más diversas culturas.

La cantidad de textos bíblicos que profundizan en el tema es enorme; solo haremos referencia a aquellos que nos parecen más representativos y que a nuestro juicio dejan ver claramente que, desde el punto de vista bíblico, los males que aquejan al hombre y a la naturaleza son esencialmente los mismos y tienen un mismo origen.

Tendemos a pensar que lo que hoy en día ocurre en nuestras sociedades y los efectos que tiene nuestra forma de vida en el entorno es algo nuevo, sin embargo, hay pasajes bíblicos en los que claramente se declaran y denuncian las causas de los colapsos de civilizaciones y ecosistemas, y otros en los que se anticipa y/o proyecta las consecuencias del obrar humano en el medio ambiente natural.

Bíblicamente, si bien todos los hombres deben responder por sus actos, la responsabilidad mayor la tienen quienes detentan el poder “porque a todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48).

Originalmente Israel no tuvo reyes sino jueces que ejercían la función jurisdiccional y eventualmente encabezaban las operaciones militares; “en estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía”

(Jueces 21:25). Esto implicaba que el pueblo de Israel carecía de una casta, de una clase gobernante. Pero llegó el minuto en que el pueblo quiso tener un rey, tal como lo tenían todas las naciones vecinas y le exigieron a Samuel, profeta y juez en ese momento, que les designara uno. Dios, molesto, a través del profeta les hace la siguiente advertencia:

Así hará el rey que reinará sobre vosotros: tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y nombrará para sí jefes de miles y jefes de cincuentenas; los pondrá asimismo a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros. Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras. Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos. Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos. Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras. Diezmará también vuestros rebaños, y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, más Jehová no os responderá en aquel día (1ª Samuel 8: 11-18).

Pero el pueblo desoyó la advertencia e insistió en su petición, la que finalmente fue acogida. A la larga la predicción se cumplió con creces:

Oíd ahora, príncipes de Jacob, y jefes de la casa de Israel: ¿No concierne a vosotros saber lo que es justo? Vosotros que aborrecéis lo bueno y amáis lo malo, que les quitáis su piel y su carne de sobre los huesos; que coméis asimismo la carne de mi pueblo, y les desolláis su piel de sobre ellos, y les quebrantáis los huesos y los rompéis como para el caldero, y como carnes en olla (Miqueas 3:1-3).

Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob, y capitanes de la casa de Israel, que abomináis el juicio, y pervertís todo el derecho; que edificáis a Sion con sangre, y a Jerusalén con injusticia (Miqueas 3: 9-10).

“Sus príncipes en medio de ella son leones rugientes; sus jueces, lobos nocturnos que no dejan hueso para la mañana”. (Sofonías 3:3)

En la *Biblia* el arquetipo del sistema económico y social opresivo, del gobierno injusto y ruin lo constituye Babilonia, “la ciudad codiciosa de oro” (Isaías 14:4), la “copa de oro...que embriagó a toda la tierra” (Jeremías 51:7). A través de la historia, Babilonia, símbolo bíblico de los imperios, alcanzó la grandeza impulsada por la codicia. Y la codicia tiene un ámbito en el que puede desenvolverse con libertad: el comercio. Pero no se trata de cualquier comercio, no se trata del legítimo intercambio de bienes y servicios en igualdad de condiciones, sino de aquel del “engaño vil, con cuentas de colores, con trueque de uno a mil” (*Me acosa el carapálida*, Silvio Rodríguez), del comercio que dice:

... ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza, para comprar los pobres por dinero, y los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo? (Amós 8:4-6).

La *Biblia* acusa a aquellos que “... en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en su mano el poder!”, a aquellos que “codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad (Miqueas 2:1-2), a aquellos que en sus casas tienen...“tesoros de impiedad, y medida escasa”, “balanza falsa y bolsa de pesas engañosas”.

Abominación es a Jehová el dar préstamo con interés, el tomar a usura (Ezequiel 18:13), lo mismo que el hacer uso de pesas y balanzas falsas (Proverbios 20:10)

Ante este panorama al apóstol Santiago no le tiembla la mano cuando escribe:

¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros...Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia (Santiago 5:1-6).

“Siglo XX cambalache problemático y febril, el que no llora no mama y el que no roba es un gil” dice la letra de “*Cambalache*”, tango de Enrique Santos Discépolo; ¿qué se dirá, qué se cantará entonces sobre el siglo XXI? Fraudes, cohechos, colusiones y evasiones se suceden. Con la obsolescencia programada la industria busca maximizar sus ganancias a costa de los consumidores y del medio ambiente; le roban al hombre el fruto de su trabajo, le roban a la naturaleza (¿a Dios?) el fruto de su trabajo para convertirlo en objetos desechables, en definitiva, en basura.

Sin duda que el siglo XXI lo hemos convertido en un globalizado cambalache, “en un trueque o intercambio de cosas de poco valor”, en un “intercambio...poco transparente” (RAE). Somos obreros de una salitrera planetaria; a cambio de nuestro trabajo recibimos fichas con las pagamos la escuela de nuestros hijos, que es del patrón, las atenciones en los centros de salud, que son del patrón, compramos alimentos y baratijas en las pulperías, que son del patrón, y enterramos nuestros muertos bajo la tierra, que es del patrón.

Pero sería bastante cínico de nuestra parte achacar toda la responsabilidad del presente descalabro a los dueños del capital y a las

autoridades que los amparan. En nuestro “Mundo feliz” si bien somos manipulados para mutar de seres humanos en consumidores, no somos forzados a hacerlo. La mayor parte de los “empleados” de esta global oficina, (sean negros, amarillos o blancos, musulmanes, cristianos o budistas, creacionistas o evolucionistas, ecologistas o negacionistas, comunistas o capitalistas, vegetarianos o veganos) disfrutan de un paseo por el mall/pulpería y se alegran cuando pueden llevarse - según el gusto y posibilidades de cada quién - un poco de cuasi/basura. Unos cuantos, los menos, se emplean de mala gana en esta cuasi- salitrera (¿de qué otra forma ganarse la vida?) y procuran evitar participar de un juego para el que saben no fueron hechos, esperando el día en que su absurda servidumbre acabe. Y muy, muy pocos, encuentran la manera de sobrevivir en los márgenes de la global empresa, en alguna medida libres, pero inofensivos.

De modo que por acción u omisión, somos individual y colectivamente responsables de la vida que llevamos, del mundo que hemos construido/destruido. Como hemos señalado, la *Biblia* hace un planteamiento similar:

“Faltó el misericordioso de la tierra, y ninguno hay recto entre los hombres” (Miqueas 7:2).

“El mejor de ellos es como el espino; el más recto, como zarzal” (Miqueas 7:4).

Dios desde los cielos miró sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios. Cada uno se había vuelto atrás; todos se habían corrompido; No hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno (Salmos 53: 2-3).

...todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado. Venid, dicen, tomemos vino, embriaguémonos de sidra; y será el día de mañana como este, o mucho más excelente” (Salmos 56: 11-12).

“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque” (Eclesiastés 7:20)

En nuestros días a todos los seres humanos nos une un rasgo transversal: todos codiciamos algo; la diferencia radica solo en el objeto de nuestra codicia. Unos, como el dueño de Tesla, sueñan con hacerse de la nueva frontera, el espacio, o con monopolizar algún mercado; otros con cambiar de casa, de auto, de marido, de mujer, con obtener un título, publicar

un libro, una canción; los más modestos, con cambiar de zapatos, de celular, de televisión.

Nosotros mismos, los seres humanos, nos hemos convertido literal (trata de personas) y metafóricamente hablando en objetos de comercio, tal como lo resalta el Apocalipsis en unos versos muy significativos en los que se enumeran detalladamente las diversas especies con las que comercia la gran ciudad de Babilonia: "...trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres" (18: 11-13).

Pero ¿se establece en la *Biblia* alguna relación directa entre una cultura de la codicia y la naturaleza? Veamos:

Se destruyó, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron los altos pueblos de la tierra. Y la tierra se contaminó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados (Isaías 24: 4-6).

Perjurar, mentir, matar, hurtar y adulterar prevalecen, y homicidio tras homicidio se suceden. Por lo cual se enlutará la tierra, y se extenuará todo morador de ella, con las bestias del campo y las aves del cielo; y aun los peces del mar morirán (Oseas 4:2-3).

... pues en todas estas cosas se han corrompido las naciones que yo echo de delante de vosotros, y la tierra fue contaminada; y yo visité su maldad sobre ella, y la tierra vomitó sus moradores (Éxodo 18:24-25).

¿Cuál podría ser el pacto sempiterno?, ¿no podría ser acaso ese pacto tácito entre hombre y naturaleza al que nos referimos al hablar de la Edad Media, propio de los pueblos con economías de subsistencia, de no sucumbir a la codicia y tomar de la naturaleza solo lo estrictamente necesario?

No es extraño que en la *Biblia* no se hagan en forma expresa y concreta, salvo excepciones, mayores referencias al daño que el hombre provoca o puede provocar al medio ambiente, pues la economía bíblica es una economía pequeña, de subsistencia, y por lo mismo, incapaz de provocar un daño significativo en el entorno; además, como vimos, los personajes bíblicos se sienten parte del entorno natural, reflejo de un Dios Padre amoroso y protector. Es Babilonia, la ciudad codiciosa de oro, la que entra en conflicto con los demás pueblos y con su entorno, es ella la que busca someterlos y explotarlos, haciendo uso de la fuerza si es necesario.

XII.- ¿Amenaza de castigo o simple consecuencia?

En la *Biblia* abundan las profecías que auguran la caída y destrucción de la gran ciudad de Babilonia. Pero ¿qué son estas profecías?, ¿advertencias del inminente castigo de un Dios vengador o simple proyección derivada de una preclara observación?; ¿o quizás algo de ambas?

No se puede desconocer el hecho de que en el relato bíblico algunos de los acontecimientos que llevan a la caída de Babilonia se atribuyen a la intervención divina; pero aún en estos casos la intervención de Dios no es directa sino mediada, pues (como en el caso de Sodoma y Gomorra) son fenómenos naturales los encargados de echar por tierra la soberbia del imperio (Apocalipsis 18), o son ejércitos de otras naciones los que se levantan contra su hegemonía (“preparad contra ella naciones; los reyes de Media, sus capitanes y todos sus príncipes”; Jeremías 51:28).

Pero del análisis global y particular del texto bíblico se puede concluir que son las acciones humanas, individuales y colectivas, las que de por sí llevan aparejadas determinadas consecuencias:

He aquí, el impío concibió maldad, se preñó de iniquidad, y dio a luz engaño. Pozo ha cavado, y lo ha ahondado; y en el hoyo que hizo caerá. Su iniquidad volverá sobre su cabeza, y su agravio caerá sobre su propia coronilla (Salmos 7:14-16).

“Se hundieron las naciones en el hoyo que hicieron; en la red que escondieron fue tomado su pie”. (Salmos 9:15)

“Con arrogancia el malo persigue al pobre; será atrapado en los artificios que ha ideado” (Salmos 10:2)

“Los impíos desenvainan espada y entesan su arco, para derribar al pobre y al menesteroso, para matar a los de recto proceder. Su espada entrará en su mismo corazón, y su arco será quebrado”.

“Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble”. (Apocalipsis 18:6)

Así como Huxley y Orwell, sin necesidad de ser profetas, pudieron vislumbrar un futuro posible a partir de la simple observación del pasado, del presente, y de un profundo conocimiento del alma humana (como tan claramente la representa Orwell en la caracterización de los distintos animales en *Rebelión en la Granja*), también los autores bíblicos en ocasiones parten poniendo en evidencia la consecuencia lógica de un determinado proceder, como en este caso:

¿No han de levantar todos éstos refrán sobre él, y sarcasmos contra él? Dirán: ¡Ay del que multiplicó lo que no era suyo! ¿Hasta cuándo había de acumular sobre sí prenda tras prenda? ¿No se levantarán de repente tus deudores, y se despertarán los que te harán temblar, y serás despojo para ellos? Por cuanto tú has despojado a muchas naciones, todos los otros pueblos te despojarán, a causa de la sangre de los hombres, y de los robos de la tierra, de las ciudades y de todos los que habitan en ellas (Habacuc 2:6-8).

Es la misma sencilla lógica que ha operado en diversas ocasiones a través de la historia y a la que no prestaron atención suficiente reyes y zares, dictadores y tiranos; la misma lógica que ha inspirado canciones como *“Tribulaciones, lamentos y ocaso de un tonto rey imaginario”* de Sui Géneris o *“Disculpe el señor”* de J.M. Serrat; la misma lógica a la que los poderosos de hoy harían bien en atender.

En nuestros días (2017) ocho personas poseen una riqueza que equivale al ingreso de 3 mil 600 millones de personas, la mitad más pobre de la humanidad (Oxfam), y el 82% de la riqueza creada en el mundo fue para el 1% más rico de la población. Los ingresos de los más ricos aumentan año a año a una tasa muy superior a la que aumentan los ingresos de los más pobres (si es que no disminuye); paralelamente aumenta el número de personas que pasan hambre.

La desigualdad, la injusticia, no es algo nuevo, siempre ha existido; pero hay momentos en la historia en alcanza un peak, el que bíblicamente coincide con los periodos de mayor prosperidad económica. En el antiguo testamento Babilonia simboliza el punto cúlmine de la prosperidad ligada a la injusticia, a la opresión. La influencia de la Babilonia histórica estuvo limitada a un espacio y tiempo determinados, no tuvo un alcance global, pero en esencia sus características y forma de actuar son similares a los de otras ciudades, a los de otros imperios a través de la historia (léase Daniel 2). La Babilonia apocalíptica en cambio sí tiene un alcance global: “todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites” (Apocalipsis 18:3). El temor al totalitarismo que encontramos en las obras de Huxley y Orwell lo encontramos también aquí:

Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre (Apocalipsis 13: 16.17).

Es difícil - sino imposible - sustraerse al cien por ciento de un sistema que lo gobierna todo y a todos, particularmente si la adhesión al sistema es un requisito necesario para poder acceder a la satisfacción de necesidades elementales. Este pasaje deja en evidencia que, independientemente de los beneficios que cada cual recibe del sistema, todos, desde el multimillonario hasta el más miserable de los sujetos, sacrifican en alguna medida su dignidad, su libertad (sea por la torta entera, sea por unas migajas) y por lo mismo, en mayor o menor medida, todos han de asumir la responsabilidad, las consecuencias derivadas del funcionamiento de dicho sistema.

Y ¿cuáles son las consecuencias para Babilonia según la *Biblia*?

“Tú, la que moras entre muchas aguas, rica en tesoros, ha venido tu fin, la medida de tu codicia” (Jeremías 51:13).

¡Cómo paró el opresor, cómo acabó la ciudad codiciosa de oro! Quebrantó Jehová el báculo de los impíos, el cetro de los señores; el que hería a los pueblos con furor, con llaga permanente, el que se enseñoreaba de las naciones con ira, y las perseguía con crueldad (Isaías 14:5-6).

Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre (Apocalipsis 18:7-8).

He aquí yo estoy contra ti, oh monte destruidor, dice Jehová, que destruiste toda la tierra; y extenderé mi mano contra ti, y te haré rodar de las peñas, y te reduciré a monte quemado. Y nadie tomará de ti piedra para esquina, ni piedra para cimiento; porque perpetuo asolamiento serás... (Jeremías 51:25-26).

Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti (Apocalipsis 18:22-23).

El muro ancho de Babilonia será derribado enteramente, y sus altas puertas serán quemadas a fuego; en vano trabajaron los pueblos, y las naciones se cansaron sólo para el fuego (Jeremías 51:58).

Pero la caída de Babilonia no es tan mala desde el punto de vista de la ecología (particularmente de la ecología profunda), pues ello significa...

Buenas Noticias:
la tierra se recupera en un millón
de años
Somos nosotros los que desaparecemos
(*Ecopoemas*, Nicanor Parra)

Ha ocurrido innumerables veces desde los comienzos de la historia humana: las civilizaciones brotan, florecen, se marchitan y se desvanecen en

el olvido; la arena, la selva y el mar recuperan para la naturaleza lo que era suyo, cubriendo con su manto pirámides y templos, calles y plazas. “Generación va, y generación viene; más la tierra siempre permanece” (Eclesiastés 1:4). Este es también el inevitable destino de Babilonia:

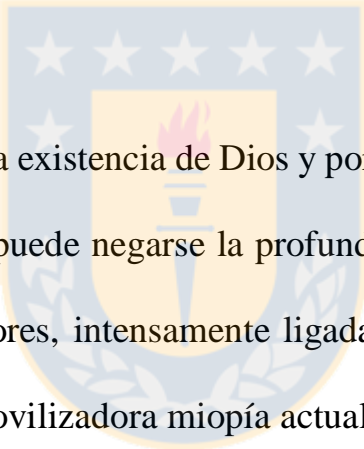
...dormirán allí las fieras del desierto, y sus casas se llenarán de hurones; allí habitarán avestruces, y allí saltarán las cabras salvajes. En sus palacios aullarán hienas, y chacales en sus casas de deleite (Isaías 13:21-22).

Por tanto, allí morarán fieras del desierto y chacales, morarán también en ella polluelos de avestruz; nunca más será poblada ni se habitará por generaciones y generaciones (Jeremías 50:39).

Y los siguientes versos, plenos de humana nostalgia, de melancolía, procuran abrir nuestros ojos ante una realidad que es también la nuestra, una realidad que día a día, como individuos, civilización y especie nos esforzamos por eludir: la realidad de la muerte y el olvido.

Como si nunca hubieran sido plantados, como si nunca hubieran sido sembrados, como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra; tan pronto como sopla en ellos se secan, y el torbellino los lleva como hojarasca (Isaías 40:24).

Se adueñarán de ella el pelícano y el erizo, la lechuza y el cuervo morarán en ella; En sus alcázares crecerán espinos, y ortigas y cardos en sus fortalezas; y serán morada de chacales, y patio para los pollos de los avestruces. Las fieras del desierto se encontrarán con las hienas, y la cabra salvaje gritará a su compañero; la lechuza también tendrá allí morada, y hallará para sí reposo. Allí anidará el búho, pondrá sus huevos, y sacará sus pollos, y los juntará debajo de sus alas; también se juntarán allí buitres, cada uno con su compañera. Inquirid en el libro de Jehová, y leed si faltó alguno de ellos; ninguno faltó con su compañera; porque su boca mandó, y los reunió su mismo Espíritu. Y él les echó suertes, y su mano les repartió con cordel; para siempre la tendrán por heredad; de generación en generación morarán allí (Isaías 34:13-17).



Podrá negarse la existencia de Dios y por ende la inspiración divina de estos textos, pero no puede negarse la profundidad y extensión de la visión de mundo de sus autores, intensamente ligada al pasado y al porvenir, tan distinta a nuestra inmovilizadora miopía actual.

Los siguientes versos dejan aún más en evidencia que el ser humano no es el único afectado por la acción de la codiciosa Babilonia. ¿Qué dicen la naturaleza y sus criaturas tras su caída?:

“Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas. Aun los cipreses se regocijaron a causa de ti, y los cedros del Líbano, diciendo: Desde que tú percaste, no ha subido cortador contra nosotros” (Isaías 14:78).

“Los cielos y la tierra y todo lo que está en ellos cantarán de gozo sobre Babilonia” (Jeremías 51:48).

Cuando ya no estemos, la tierra tendrá su reposo. Pero solo hasta el día en que a ella también le llegue su fin, el día en el que el Sol con su último aliento la abrasará y “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”, el día “en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán... (2ª Pedro 3:10 y 12); pues, como señala el Predicador, “todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo.”(Eclesiastés 3:20)

Entonces, “¿comamos y bebamos que mañana moriremos?” (1 Corintios 15:32)

Obviamente no es ésta la prédica bíblica, ni tampoco pretendemos que sea la triste conclusión de esta tesis.

Pasado y futuro se unen en ese eterno nudo corredizo que llamamos presente; bíblicamente ante el hombre se abren dos caminos y necesariamente debe optar por uno:

Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal;... A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición (Deuteronomio 30: 15 y 19)

Hemos venido hablando de uno de esos caminos, que es el camino escogido por Babilonia, y hemos visto adónde conduce. Pero paralelamente en la Biblia se presenta un futuro alternativo reservado para “el que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala” (Isaías 33:15), para “el limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño” (Salmos 24:4). Es un futuro en el que la armonía con la naturaleza ha sido restablecida, y el hombre se ha reconciliado consigo mismo y con Dios:

“Tierra, no temas; alégrate y gózate... Animales del campo, no temáis; porque los pastos del desierto reverdecerán, porque los árboles llevarán su fruto, la higuera y la vid darán sus frutos”. (Joel 2:21-22)

Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado;... y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor... El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová (Isaías 65:17-25).

Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte (Isaías 11: 6-9).

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor” (Apocalipsis 21:4).

“En aquel tiempo haré para ti pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con las serpientes de la tierra; y quitaré de la tierra arco y espada y guerra, y te haré dormir segura” (Oseas 2:18).

“Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros” (Isaías 25:8).

Como se puede ver, la tan extendida creencia de que según la *Biblia* los justos se van al cielo para estar con Dios por la eternidad es un error: bíblicamente el destino del hombre está ligado al de la tierra, y viceversa.

Entonces ¿solo habría que sentarse a esperar a que llegue este día?, ¿o parafraseando a Pablo diremos: comamos y bebamos que mañana viviremos?

Desde el punto de vista teológico y ecológico sería de escasa utilidad arribar a semejante conclusión.

El camino que conduce a este futuro deseado y deseable necesariamente ha de pasar primero por un presente a partir del cual se construya. El mismo principio es aplicable a propósito de Babilonia y su destino; Babilonia no surgió de la nada, fue levantada poco a poco con el sudor, la sangre y la savia de hombres, animales y plantas: piedra tras piedra, cimiento tras cimiento, conquista tras conquista, saqueo tras saqueo, muerte tras muerte.

No es nuestra intención evadir aquí un planteamiento fundamental de la doctrina bíblica: que el hombre es incapaz de transformarse, de salvarse a sí mismo, y por la misma razón, no es posible que éste construya el mundo nuevo al que nos acabamos de referir. Bíblicamente el hombre se encuentra ante un callejón sin salida, ante una sima que no puede cruzar sin el auxilio divino. Jesús se refiere indirectamente a ello cuando dice que el vino nuevo ha de echarse en odres nuevos: un mundo nuevo exige un hombre nuevo (Mateo 9:17). Un mundo en el que la competencia (la violencia) no existe, en el que la muerte el dolor no existen, en el que la corrupción no existe (en el

sentido original de la palabra), es un mundo imposible desde el punto de vista de las leyes naturales, pues para que la vida como la conocemos exista y subsista es menester que también exista la corrupción y la muerte.

De manera que la exigencia bíblica de un hombre nuevo, de una creación nueva e incorruptible no sujeta a las ataduras que les impone la ley natural, no obedece a un capricho, sino que es el requisito lógico y necesario para lograr la tan anhelada paz; “El problema vital es el alma, el problema es de resurrección”. (*“El problema”*, Silvio Rodríguez).

Es obvio que no podemos en esta tesis seguir esta vía, pues es un destino distinto al que queremos llegar. Esperar “los cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13) puede estimular la fe de los creyentes y ayudarles a sobrellevar las angustias presentes, pero debemos permanecer en el aquí y en el ahora.

Desde el punto de vista bíblico y considerando la presciencia de Dios, los hombres (como especie e individuos) ya han elegido, ya han construido su propio destino. Dios lo conoce de antemano y lo revela a través de los escritos proféticos, pero es el hombre el que con cada decisión, con cada

elección, lo va edificando. Cada ser humano decide si con su actuar contribuirá a edificar Babilonia o, por el contrario, la Nueva Tierra.

Ahora bien, desde el punto de vista ecológico, de la protección del medio ambiente, ¿qué propuestas o planteamientos bíblicos contribuyen a superar la actual crisis ambiental, que es por sobre todo una crisis de la humanidad?

Puede considerarse que el hombre, la tierra -que como planteamos puede ser considerada un organismo vivo- están enfermos:

“Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; (Isaías 1:5-6)

“Se destruyó, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron los altos pueblos de la tierra”. (Isaías 24:4)

“Se enlutó, enfermó la tierra”; (Isaías 33:9)

La enfermedad del hombre es también la enfermedad de la tierra. Precisemos aún más la analogía: la Tierra sufre de cáncer.

Aunque pudiera parecer fuera de lugar, nos parece que la siguiente descripción de esta enfermedad hace casi innecesario dar explicaciones adicionales:

Las innumerables células individuales del organismo viven en íntima armonía entre sí, cumplen en común las funciones de los respectivos órganos... En una palabra, están subordinadas a las funciones orgánicas, responsables de las funciones vitales del organismo en su totalidad. Las células normales crecen a un ritmo limitado y permanecen dentro de sus zonas correspondientes. La célula normal pasa a convertirse en una célula cancerosa debido a un cambio o mutación en el ADN. Las células malignas generalmente se multiplican muy rápidamente, porque les falta un mecanismo de control del crecimiento y no respetan los límites de convivencia con las células benignas. Con frecuencia, son inmaduras debido a que se multiplican de una forma muy rápida y no tienen tiempo suficiente para crecer plenamente antes de dividirse. A diferencia de las células sanas, las células cancerosas son móviles. Penetran en los tejidos vecinos por un proceso de rápida división. No se detienen ante nada, lo invaden todo. Al penetrar en los tejidos, los destruyen. Por eso su crecimiento se define, con toda razón, como infiltrante y destructivo. Al formarse un gran número de células cancerosas, se amontonan, presionan o bloquean a otros órganos y les impiden realizar su trabajo. Como no se limitan al espacio originario donde se forman, y se extienden a otras zonas, se dice que son invasivas. Tienden a emigrar a otros lugares, a través de la sangre o de la linfa. Las células que se encargan de la defensa del organismo suelen destruirlas, así separadas, pero si sobreviven pueden producir un nuevo crecimiento en un lugar diferente, metástasis, y dañar a otros órganos. Lo más curioso de todo es que la célula cancerosa es una estructura extremadamente débil que se desintegra con toda facilidad.

(https://www.ecured.cu/C%C3%A9lulas_cancerosas)

Nos parece que, si seguimos la analogía tierra/cuerpo, células/seres vivos, hombre/célula cancerígena, el texto se explica por sí solo. Si se observa con cuidado veremos al hombre en Edén, uno con la naturaleza; veremos su diferenciación y distanciamiento de ella, su multiplicación y expansión por todo el globo; veremos el Renacimiento, el crecimiento de las ciudades y la consiguiente destrucción de plantas y animales, de hábitats y ecosistemas enteros; veremos la Tierra toda en peligro de muerte.

Pero hay un par de puntos especialmente destacables.

Primero, el hecho de que las células cancerígenas sean inmaduras; ¿quién podría negar el hecho de que el ser humano es una especie inmadura? La evolución de nuestra inteligencia no ha ido a la par con la de nuestro corazón; “estamos al nivel de los niños en términos de responsabilidad moral, pero con la capacidad tecnológica de adultos”, señala el director del Instituto del Futuro de la Humanidad de la Universidad de Oxford, el filósofo sueco Nick Bostrom. No hemos desarrollado la sensibilidad necesaria para administrar de buena forma el poder que nos ha dado el conocimiento, pues “sin progreso en caridad, el adelanto tecnológico es inútil. (Huxley, 1931).

En segundo lugar, es notable el hecho de que la célula cancerosa sea extremadamente débil y se desintegre con facilidad; solo nuestra actual ceguera nos impide ver una realidad que nuestros ancestros percibían con claridad: la de nuestra absoluta vulnerabilidad. Un virus, una bacteria, una sequía prolongada, un supervolcán, un asteroide, una explosión de rayos gama, una erupción solar masiva, etc., pueden de un momento a otro darnos un golpe del que tal vez no podamos recuperarnos; si a lo anterior sumamos los innumerables peligros de autodestrucción – potenciales y reales - que nos hemos creado (guerra nuclear, biotecnología, calentamiento global, inteligencia artificial, nanotecnología, etc.) pareciera ser que solo seguimos aquí de milagro.

Hemos ocupado buena parte de esta tesis en fundamentar el diagnóstico que los autores bíblicos hacen del hombre y de la Tierra, en señalar cuáles son en el concepto de éstos las causas de su mal, y en presentar su pronóstico en caso de no recibir un adecuado tratamiento, pronóstico por lo demás nada auspicioso. ¿Pero qué tratamiento proponen los autores bíblicos y qué es lo que se puede lograr con él?

El origen del mal de la Tierra es el hombre, por lo que el tratamiento ha de enfocarse en él, no en la Tierra. Se ha de atacar el origen del mal, no sus síntomas. Esto puede parecer obvio, pero no lo es: el ecologismo propugna el ecocentrismo, el centrarse en la naturaleza y no en el hombre.

Bíblicamente ¿puede el hombre ser curado?, o siguiendo con la analogía, ¿puede volverse a la célula cancerígena a su estado normal? Nuestra respuesta es: en esta vida no. El hombre no puede volver al Edén y recobrar su pérdida inocencia. Tampoco el hombre (ni la Tierra) puede permanecer eternamente en su actual estado. Bíblica y naturalmente el ser humano, como especie, tiene dos opciones: o evoluciona (que es una forma de renacer) o desaparece. La religión cristiana plantea que la posibilidad de renacer existe y la hace dependiente de la fe en el nuevo hombre, en el Cristo. Pero como ya dijimos, no podemos seguir aquí por esta vía.

El pronóstico que la *Biblia* hace del hombre y de la Tierra actual es categórico: sufre de un cáncer terminal y no tiene otro destino que la muerte. Suena algo dramático, pero esta es la misma conclusión a la que ha llegado la ciencia y es conocido de todos que es el inevitable fin de toda criatura que habita en la Tierra. Entonces discutir y discurrir acerca de la inevitable muerte

parece un ejercicio sin sentido; mucho mayor sentido tiene hablar de la vida, de cómo celebrarla, cómo cultivarla, cómo valorarla. Con un tratamiento adecuado y los cuidados paliativos apropiados, el resto de nuestros días y los de la naturaleza toda pueden ser extraordinariamente gratificantes. Y es en este sentido que el pensamiento bíblico tiene mucho que aportar.

Como hemos tenido la oportunidad de darnos cuenta, el primer aporte de la *Biblia* ha sido y es el denunciar la necedad de la codicia humana que abona y ampara la injusticia, la opresión del hombre sobre el hombre, la opresión del hombre sobre la naturaleza. Quienes se embarcaron en esta tarea pagaron muy cara su osadía:

...experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados (Hebreos 11: 36-37).

Por alguna extraña (o no tan extraña) razón, gran parte de los textos que hemos ido citando en el transcurso de esta tesis son habitualmente

ignorados por religiosos y laicos, al igual que muchos otros que ponen en entredicho los diversos órdenes y estamentos humanos.

Pero pese a los riesgos que muchas veces entraña, la sola denuncia de la destructiva codicia queda incompleta si no va acompañada de una propuesta de solución, de cambio. Conocido es por todos el hecho de que la prédica fundamental del cristianismo es el amor; es éste el mandamiento supremo y en él tienen su origen todos los demás. Pero el amor es un principio orientador de las acciones y en la *Biblia* no se contiene un catálogo de reglas a seguir, pues no puede ni pretende reglamentar todos los aspectos del quehacer humano. Pero sí en ocasiones da ciertas directrices; nos referiremos a algunas atinentes al tema que venimos tratando:

“El amor no hace mal al prójimo” (Romanos 13:10).

Lo señalado en este verso parece una obviedad; pero consideremos por un momento las implicaciones que tendría el que el ser humano pusiera en práctica tan solo esta faceta pasiva del amor. No se trata aquí de que el ser

humano haga algo (bueno) por su prójimo, sino sencillamente que no haga algo (malo) contra él.

Miremos hacia atrás en nuestra historia y luego imaginemos un mundo en el que todos respetan este sencillo precepto. En lo doméstico cesarían las agresiones entre hombre y mujer, padres e hijos, jóvenes y ancianos; en lo laboral cesarían los abusos contra los trabajadores, sus condiciones laborales serían las óptimas y se les pagaría un salario justo y a tiempo; en lo comercial terminaría el trueque de uno a mil; en las relaciones internacionales las guerras cesarían; desde el punto de vista ecológico cesaría la explotación irracional de la naturaleza y solo se tomaría de ella lo estrictamente necesario a fin de no privar injustificadamente a otros de sus beneficios.

Hablar de este principio fundamental del cristianismo puede en estos días sonar anacrónico, medieval, pero nuevamente recordemos que la nación más poderosa del planeta adscribe mayoritariamente a esta fe; además, desde los más diversos ámbitos, religiosos y laicos, se ha llegado a la misma conclusión: “el problema señor, será siempre sembrar amor” (*El Problema*, Silvio Rodríguez).

Pero la prédica del amor se ha vuelto estéril a causa de “los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas” (Marcos 4:19). Hemos planteado que la raíz de los grandes males humanos y el desencadenante de las grandes crisis por las que la humanidad ha pasado es la codicia, el deseo vehemente de poseer lo que otros tienen, y hemos planteado asimismo que la codicia es el carburante del mercado, de esa maquinaria aparentemente imparable cuyos vapores todo lo impregnan. ¿Qué sugiere el texto bíblico a este respecto? Primero, no codiciarás es uno de los diez mandamientos (Éxodo 20:17). Pero también nos hace un llamado a la austeridad, a la conformidad:

“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con eso”
(1 Timoteo 6:8)

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora” (Hebreos 13:5)

Contentos, alegres, satisfechos con lo esencial; algo bastante difícil de lograr cuando se está inmerso en un sistema altamente competitivo en el que el valor de la persona es directamente proporcional a la cantidad de bienes (títulos, cargos) que posee, y no por su valor intrínseco, en un sistema que

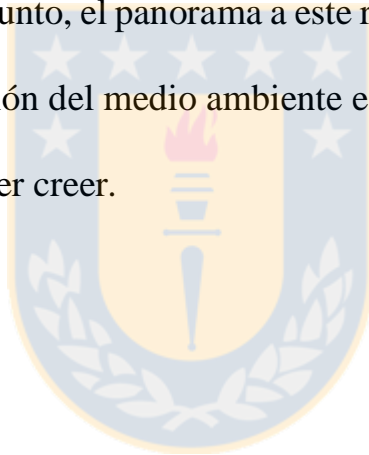
día a día nos ofrece algún nuevo producto (que en el fondo es siempre el mismo) que podemos adquirir.

Desde siempre la satisfacción de las necesidades elementales de sustento y abrigo para la gran mayoría de los mortales ha requerido bastante esfuerzo y afán (ganarás el pan con el sudor de tu frente); si incluimos otras necesidades hoy esenciales como salud y educación -sin las cuales difícilmente se puede satisfacer las primeras-, el asunto se torna aún más complejo. La cuestión es que una vez satisfechas -con una mínima dignidad- las necesidades elementales, tenemos que parar.

Uno de los mayores problemas medioambientales de hoy en día es el de la disposición de los desechos. En las excavaciones arqueológicas difícilmente se encontrará algo más que trozos de cerámica, de telas, algunas monedas, piezas de orfebrería, algunos huesos, vestigios de alguna fogata; y si hay suerte...algún tesoro arqueológico. ¿Qué encontrarán los arqueólogos del futuro?: basura y más basura, sobre todo basura plástica.

La ecuación, la enseñanza es simple: gran parte de lo que se vende es basura; no codiciemos y no compremos basura. Sin embargo, la lucha individual es de escasa eficacia debido a que aún lo esencial, los alimentos,

la ropa, vienen en envases de plástico o son hechas de ese material y, paradójicamente, llevar un “estilo de vida natural” es muy caro y, como todo, ya se ha transformado en un negocio, en un mercado muy lucrativo. De la misma forma, terminar con la obsolescencia programada de diversos productos (aún de los alimenticios) es una cuestión que excede lo individual. Si como vimos la autoridad ha sido secuestrada y no vela por los intereses de la sociedad en su conjunto, el panorama a este respecto no es nada halagüeño. El tema de la protección del medio ambiente es bastante más complejo de lo que se nos quiere hacer creer.



XIII.-Apocalipsis

Como reiteradamente hemos señalado, la proyección que en el libro del Apocalipsis (y en otros libros) se hace de la actual civilización no es para nada auspiciosa ni optimista. La paciencia de la naturaleza, de Dios, o ambos, se termina agotando; el dique que por siglos, milenios estuvo conteniendo y acumulando su ira, finalmente cede, incapaz de retener por más tiempo esa furia alimentada generosamente por caudales cada vez más abundantes de miseria, dolor e injusticia.

La historia bíblica del Éxodo se repite, pero a nivel global. Faraón (figura del hombre), tal como el Inca, el Emperador (babilonio, griego, romano, azteca, maya, chino, no hay gran diferencia), el vulgar tirano, está convencido de su origen y destino divino, y neciamente cree que tiene poder sobre la vida y la muerte (“a quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba”, Daniel 5:19). El Nilo fluye por su poder y es su semen el que lo fecunda y da origen a sus crecidas, de la misma forma que el sol sale por la mediación del Inca o que la sangre de los reyes mayas nutre a los dioses que sustentan la vida. Faraón ha erigido su reino en la injusticia, pues no solo hace uso del trabajo de sus

semejantes para levantar (para su propia gloria) pirámides, palacios y templos, sino que ha esclavizado a los descendientes de aquellos que salvaron a su pueblo de la extinción (véase la historia de José, Génesis cap. 37, 39 - 47). Como si esto no fuera suficiente, ha ordenado derramar sangre inocente, la de los hijos del pueblo al cual oprime.

Cuando Faraón se niega a reconocer al Dios de un pueblo esclavo (“¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?, Éxodo 5:2), en el fondo se está negando a reconocer su propia humanidad, su inconfesable vulnerabilidad. Casi todas las plagas que caen sobre Egipto son básicamente la respuesta de la naturaleza a su orgullo, a su mal proceder: aguas corrompidas incapaces de albergar vida, aumento incontrolado y desmedido de ciertas especies (ranas, moscas, piojos, langostas), pestes y úlceras sobre animales y hombres, manifestaciones climáticas destructivas (granizo y fuego), aire enrarecido al punto de impedir la visión. Estos fenómenos ¿no nos resultan familiares? La plaga final, la muerte de los primogénitos, tiene un valor simbólico: para estos efectos, la muerte de los primogénitos de los egipcios es la muerte de aquellos llamados a heredar ese mundo y es, por lo mismo, la muerte de ese mundo.

En el libro de Daniel (capítulo 2) se relata un sueño que tuvo Nabucodonosor, rey de Babilonia. En ese sueño veía una imagen de aspecto terrible cuya cabeza era de oro fino, su pecho y brazos de plata, su vientre y muslos de bronce, sus piernas de hierro, y sus pies en parte de hierro y en parte de barro cocido. Daniel lo interpreta como la sucesión de imperios que marcarían la historia de la humanidad, cuyo destino final también anticipa: golpeada la imagen por una piedra “fueron desmenuzados... el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno”.

La visión de Nabucodonosor es también la visión bíblica: la civilización humana, luego de un luminoso y prometedor origen (históricamente las civilizaciones surgieron en diversas partes del globo de forma repentina y casi simultánea, como de la nada) sufre un sostenido proceso de decadencia (del oro al barro) que la llevará a su completa aniquilación. Se trata de un destino agri dulce, pues tras la desaparición de la civilización humana ha de levantarse un reino que jamás será destruido. Llama la atención que se asigne a una sencilla piedra (que teológicamente representa al Cristo) la tarea de desmenuzar la temible imagen. No podemos aquí evitar hacer la asociación entre este relato y los ciclos de destrucción y

renacimiento por los que ya ha pasado la tierra y uno en particular: la extinción de los dinosaurios ocurrida hace 65 millones de años a manos - a fin de cuentas - de una piedra, y el posterior surgimiento de un mundo pletórico de vida.

Al libro del Apocalipsis podríamos referirnos extensamente, sin embargo solo haremos algunos alcances generales. En primer lugar, la palabra Apocalipsis viene de la palabra griega “Apocçalupsis.” que significa revelar, esto es, quitar el velo. Sin que sea nuestro propósito negar el carácter profético del libro y su inspiración divina, hay que hacer hincapié en el hecho de que muchas veces no es necesaria la intervención divina para prever, para revelar un posible destino; de hecho, desde el punto de vista ecológico todos deberíamos estar en condiciones de visualizar el destino de la tierra. El problema es ese velo que cubre nuestros ojos y enturbia nuestra mente, el problema es ese velo que hemos sido incapaces de quitar.

El paralelo entre el Éxodo y el Apocalipsis es evidente. También hay un gobernante que exige sumisión absoluta, que “se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2ª Tesalonicenses 2:4), el que representa la soberbia de la especie humana que se niega a asumir el lugar

que le corresponde en la historia, en el cosmos, en la creación, la terquedad de nuestra especie de no querer asumir que no somos sino hombres (Salmos 9:20). De ahí el 666; bíblicamente el 6 es el número que representa al hombre, lo incompleto (en contraste con el 7 que representa la plenitud).

Tal como ocurrió con Faraón y Egipto, Dios (la naturaleza, ambos) se ve obligado a recordarle este gobernante global y absoluto (y a su reino) cuál es su lugar en el mundo y cuál su real poder. Las plagas se suceden: sellos, trompetas y copas representan el paulatino y creciente desequilibrio que se va produciendo tanto en la sociedad como en la naturaleza. Las plagas se desencadenan con cierta gradualidad por una razón: quizás, como a los habitantes de Nínive (amenazada de destrucción), a los hombres se les está dando tiempo para que reflexionen y se conviertan “de su mal camino, de la rapiña que hay en sus manos” (Jonás 3:8) y puedan así escapar del nefasto destino que les aguarda.

Las advertencias previas y la obstinación del hombre en persistir en el rumbo que ha tomado hacen resaltar aún más lo justo de su trágico desenlace. La misma obstinación se observa en la concepción del reino milenial: el Cristo reina sobre la Tierra y han cesado las guerras, la violencia, el hambre

y la injusticia, pero pese a ello los hombres se rebelan y son definitivamente destruidos. En conclusión: bíblicamente, para el homo sapiens no hay futuro; pero sí lo hay para su descendencia.

Las plagas apocalípticas se corresponden perfectamente con fenómenos de la naturaleza que rompen todo criterio de normalidad. Tras guerras, hambrunas, epidemias, tras la muerte de árboles, plantas y de gran parte de la fauna marina, cuando ya queda de manifiesto que el hombre no va a enmendar rumbo, la naturaleza desata su ira (que es la ira de Dios), o como dijimos, el hombre comienza a cosechar lo que ha sembrado: una úlcera maligna y pestilente cae sobre los hombres, el mar se convierte en sangre como de muerto y muere todo ser vivo que había en él, los ríos y fuentes de las aguas se convierten en sangre, el sol quema a los hombres con fuego y éstos se abrasan con el gran calor, las tinieblas cubren la tierra, los ríos se secan, un gran terremoto asola la tierra y del cielo caen enormes granizos; hasta que llega el final de la Gran Babilonia, la madre de las abominaciones de la tierra. Es ésta una advertencia, un pronóstico no muy distinto del que actualmente (y hace ya rato) nos viene haciendo la ciencia.

¿Y qué actitud aconseja la *Biblia* tomar frente a este inminente e inevitable final? Nos parece que la misma que Daniel aconsejó tomar a Nabucodonosor cuando se le auguró que perdería la razón y el reino: “tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad” (Daniel 4:27).



Libertad

Considerando los planteamientos realizados, particularmente los referidos al simbolismo de Babilonia y todo lo que ella representa, nos parece necesario hacer el correspondiente contrapunto resaltando aquello que entraba su accionar, su avasallador afán hegemónico, totalizador, su abrumadora soberbia. Y en la Biblia hay un ejemplo claro, y por qué no decirlo, precioso de resistencia al poder temporal. Nabucodonosor, rey de Babilonia, señor de todo el mundo conocido, en cuyas manos se hallaban la vida y la muerte de hombres y animales, ha erigido una estatua de sí y ha ordenado que todo aquel que no la adore sea echado dentro de un horno ardiendo; casi todo el mundo obedece el mandato, pero tres jóvenes hebreos se niegan. Son llevados a la presencia del rey, quien les da una última oportunidad de postrarse ante su imagen y adorarla; la respuesta de los jóvenes es magnífica:

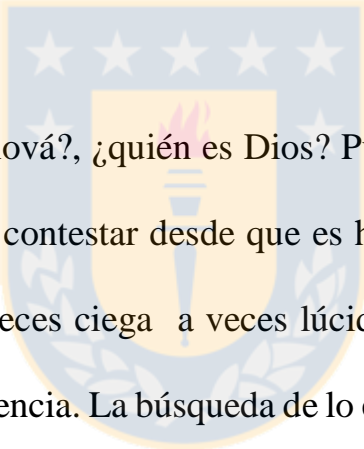
No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado (Daniel 3:16-18).

Tres jóvenes en el exilio, supervivientes de un genocidio, le plantan cara al señor del mundo conocido. Ellos no tienen velo alguno ante sus ojos y ven la realidad con suma claridad: sea que Dios lo libre, o no, el hombre no debe inclinarse ante el hombre, aunque ello le cueste la vida. No es de extrañar que históricamente la *Biblia* haya sido ocultada o su lectura mediada o ignorada. Emperadores, reyes, dictadores, papas, curas y pastores, se han esmerado en destruir, ocultar, adulterar, desvirtuar los escritos bíblicos, en tratar de que quedara en el olvido la antigua sabiduría de aquellos a quienes Dios (que es la experiencia) enseñó lo vano que es confiar en el hombre (y por ende en sí mismos), que comprendieron que el hombre pierde su dignidad cuando se humilla o es humillado por sus semejantes, que comprendieron que es la conciencia de su pequeñez, su inclinación ante el futuro, ante lo eterno, la que lo enaltece.

Hay unos versos que reflejan con toda claridad lo que para el pobre, para el angustiado, para el que ante sí no ve más que miseria y más dolor, significan la fe, la esperanza. En tiempos de crisis, como el actual, en el que pareciera que nada fuese real, en el que todo aquello a lo que pudiéramos aferrarnos resulta vano e ilusorio, en el que el amor pareciera ser un sol que se hunde en un ocaso final, el concepto de Dios, de lo eterno, lo pleno, lo

perfecto, deja de ser un capricho o una simple invención nacida de la ignorancia para convertirse en una cuestión de supervivencia; es lo último que queda en esa caja de Pandora que somos nosotros mismos:

Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación” (Habacuc 3:17-18).



¿Y quién es Jehová?, ¿quién es Dios? Pues ésta es la respuesta que el hombre ha tratado de contestar desde que es hombre; la religión no es más que la búsqueda - a veces ciega a veces lúcida - de respuestas que le den sentido a nuestra existencia. La búsqueda de lo eterno es una eterna búsqueda.

Alegrarse, gozarse en tiempos de necesidad, como proponen los recién citados versos parece un contrasentido, pero no lo es cuando se comprende (aunque sea en una pequeña medida) lo que significa estar vivo, cuando se mira hacia atrás y se medita acerca de todo aquello que tuvo que ocurrir para que cada uno de nosotros pudiera un día ver la luz; no es tan difícil sonreír, alegrarse cuando aprendemos a valorar la vida, cuando no olvidamos lo que Silvio llama “el don de agradecer” (“*Anoche fue la orquesta*”).



Conclusiones.

“Paraos en los caminos, y mirad,
y preguntad por las sendas antiguas,
cuál sea el buen camino, y andad por él,
y hallaréis descanso para vuestra alma.
Mas dijeron: No andaremos”
(Jeremías 6:16)

Agosto 2018. Noticias, BBC Mundo:

Medio mundo "está que arde" y Europa se hornea en altas temperaturas... El mes pasado fue, según el Instituto Goddard de la NASA para Estudios Espaciales, el julio más caliente desde que se tiene registro y ahora, en agosto, la situación no parece ser muy diferente...en Noruega, las autoridades alertaron a los conductores porque los renos y las ovejas se están refugiando del calor en manadas debajo de los puentes.

<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-45014763>

"Era un niño muy bueno": la madre de Osama Bin Laden, Alia Ghanem, habla por primera vez.

<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-45014764>

“Rusia designó al actor estadounidense Steven Seagal como enviado especial para mejorar los vínculos con Estados Unidos”.

<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-45078577>

Terminó el Mundial y ahora Rusia celebra una "Olimpiada". Son los Juegos Militares Internacionales... se entregan medallas, se izan banderas y se realizan vistosas ceremonias de cierre y apertura... Sus "estrellas" son soldados y se juega con tanques, armas, balas y demás municiones. "Cada año vemos más equipos participando en los juegos y los concursos se vuelven más complicados", aseguró durante la

ceremonia de apertura el pasado jueves el ministro de Defensa ruso, Sergei Shoigu.

<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-45014760>

Y podríamos seguir y seguir agregando noticias del mismo trágico/absurdo tenor. ¿Podrá sorprendernos algo a estas alturas? Parece que ante nuestra propia necedad solo nos queda esbozar una sonrisa triste, incrédula... y esperar un milagro.

Cuando ese gigante de casi tres metros, Goliat, desafió a Israel a que escogiera de entre los suyos un hombre que luchara contra él, nadie se atrevió a enfrentarlo. Un joven, David, el menor de siete hermanos, se mostró dispuesto a hacerlo, pero éstos le enrostraron que solo está allí para ver la batalla; ante dicha acusación David respondió con una frase que bien vale la pena recordar: ¿“No es esto mero hablar”? Ya conocemos el final de la historia: un muchacho armado solo con su honda y una piedra derribó en tierra al gigante acorazado y de hierro armado (1ª Samuel 17).

Esta tesis, las lecturas ecocríticas en general, ¿no son acaso “mero hablar”? Pienso que no; o al menos, no necesariamente. Ojalá que no. La palabra escogida y precisa, la palabra sólida, pacientemente redondeada,

pulida y limpia como la sencilla piedra que yace en el lecho de un río, bien puede derribar gigantes... o al menos distraerlos y causarles algún magullón. La palabra bien dirigida le avisa al gigante y a quienes solo observan, que aún hay quienes resisten, que aún quedan algunos que no abandonan la lucha ni siquiera cuando la derrota parece inminente, inevitable. La palabra puede y debe ser el vehículo de la verdad, de la esperanza.

En el epígrafe de esta conclusión se resume lo que se ha querido plantear en esta tesis. Hasta la época moderna, por diversas razones el hombre transitó por una senda de relativo equilibrio y respeto hacia la naturaleza, lo que de ninguna manera significa que hasta entonces nuestra historia fue idílica: como especie teníamos muchas injusticias que corregir, mucha ignorancia que superar, muchas heridas que sanar, mucha muerte que vencer. Pero en vez de hacerlo, en vez de crecer como individuos y como especie y superar nuestras múltiples deficiencias, nos encaminamos por la absurda y vana senda de la codicia, de anteponer el tener al ser; y la gran damnificada fue la naturaleza... y nosotros mismos.

La senda antigua, la de la conformidad, la de la gratitud, ya casi ha desaparecido, pues eso ocurre que cuando una senda no se usa regularmente:

el pasto, la maleza, la terminan haciendo invisible. La labor de la ecocrítica, a nuestro juicio, ha de ser la de contribuir a reencontrar esa senda perdida. Pero para que la senda se haga visible a todos es necesario transitar regularmente por ella; y éste sí que es un problema, pues como dice el dicho, “otra cosa es con guitarra”.

Para lograr cualquier cambio en nuestro entorno, la consecuencia es fundamental, de otra forma el discurso político, religioso, ecológico termina siendo “mero hablar”; “lo que cambió la realidad fue trabajar, lo que cambió la realidad fue aprender” (“*Hubo un país*”, Silvio Rodríguez). La palabra, para que sea realmente fecunda, ha de transformarse en acción, si no es así, los gigantes jamás caerán. Y no deberíamos quedarnos de brazos cruzados esperando a que el “jovencito” de nuestro drama venga a salvarnos.

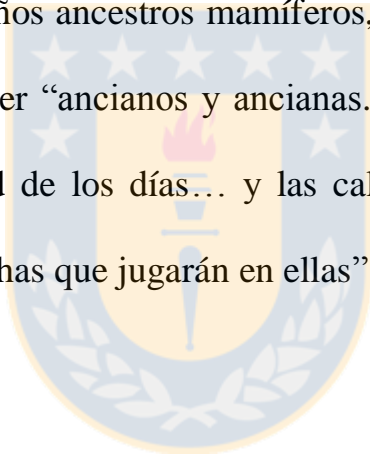
Nos parece que a lo largo de este trabajo hemos presentado argumentos sólidos y fundamentados en apoyo de nuestra tesis inicial. La naturaleza tiene un lugar fundamental en el relato bíblico; si en él se hace hincapié en el hombre, es por el papel que le ha tocado representar en la trama de la Creación. A la ecología, a los ecologistas, al ser humano, la Vida advierte lo mismo que Jesús a las mujeres que lloraban por él cuando está pronto a ser

crucificado: “no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos” (Lucas 23:28). ¿Por qué decimos esto? Job lo expone bellamente en estos versos:

Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza;
Retoñará aún, y sus renuevos no faltarán.
Si se envejeciere en la tierra su raíz,
Y su tronco fuere muerto en el polvo,
Al percibir el agua reverdecerá,
Y hará copa como planta nueva.
Más el hombre morirá, y será cortado;
Perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?
Como las aguas se van del mar,
Y el río se agota y se seca,
Así el hombre yace y no vuelve a levantarse;
Hasta que no haya cielo, no despertarán,
Ni se levantarán de su sueño
(Job 14:7-12).

Son innumerables las especies que han desaparecido de la Tierra desde que en ella se originó la vida; pero la vida siempre ha perdurado. Ya varias veces la vida en la Tierra ha corrido el riesgo de desaparecer a raíz de cataclismos que han ocasionado la extinción masiva de especies; pero la vida no solo ha persistido, sino que, como árbol bien podado, ha resurgido aún con más fuerza, belleza y diversidad.

Bíblicamente, al ser humano le sería más provechoso ocuparse de sí mismo antes que de la naturaleza; no es sabio pretender sanar un cuerpo enfermo ignorando la causa de su mal. En las extinciones masivas las primeras especies en desaparecer son las de mayor tamaño; ¿no sería prudente empequeñecernos y que esta especie humana, tan grande a sus propios ojos, inclinara humildemente su cabeza ante lo infinito? Tal vez así, como nuestros pequeños ancestros mamíferos, sobrevivamos; tal vez así en el futuro se podrán ver “ancianos y ancianas...cada cual con bordón en su mano por la multitud de los días... y las calles de la ciudad... llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas” (Zacarías 8:4-5).



Bibliografía

- Barros Guimerans, Carlos, 1997, “*La humanización de la naturaleza en la Edad Media*”, Ponencia presentada en el congreso Mensch und Natur im Mittelalterlichen Europa, organizado por la Academia Friesach (Universidad de Klagenfurt, Austria) el 1-5 de setiembre de 1997.
- Boff, Leonardo, 1996, *La ecología como nuevo espacio de lo sagrado*, Ecología solidaria, Editorial Trotta, Valladolid, España.
- Castro Carranza, 2013, *En defensa de una teoría Gaia orgánica*, Ecosistemas, Revista Científica de Ecología y Medio Ambiente, Universidad de Valladolid.
- Duarte, Gerardo, 2014, *Antropocentrismo: ¿un concepto equívoco?*, Entretextos, agosto – noviembre 2014, año 6 n°17, Universidad Iberoamericana León.
- García Única, Juan, 2017, *Ecocrítica, ecologismo y educación literaria: una relación problemática*, Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado, 90 (31.3) (2017), 79-90, Zaragoza, España.
- Grant, Edward, 2016, *La ciencia física en la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Guadilla, Víctor, 2015, *De la materia y el tiempo. Somos polvo de estrellas*, Centro Nacional de Física de Partículas Astropartículas y Nuclear, CPAM. España. Recuperado de: <https://www.icpan.es/concurso6/docs/articulo.pdf>
- Hortua, Erwin, 2007, *Hipótesis de Gaia*, Universidad Distrital “Francisco José de Caldas”, Colombia. Recuperado de <http://www.hospitaldeltrabajador.cl/ht/Comunidad/Paginas/Agenda-tu-hora-en-linea.aspx>

- Huxley, Aldous El Fin y los Medios,. Recuperado de: http://www.academia.edu/30997123/EL_FIN_Y_LOS_MEDIOS_Aldous_Huxley
- Ítaca P. y Durán P., 2017, *Ecocrítica e historicidad: relejendo a los clásicos, la naturaleza y la sociedad*, Revista interuniversitaria de formación del profesorado, nº 90, Zaragoza, España.
- *La Santa Biblia*, Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), revisión de 1960, Sociedades Bíblicas Unidas, impresa en Corea 2010.
- López Mújica, Montserrat, 2007, *Aportación de una mirada ecocrítica a los estudios francófonos*, Revista de estudios franceses, UNED.
- Lovelock, J. E. *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la tierra*, Ediciones Orbis, S.A., 1985, Barcelona, España.
- Ostria González, Mauricio, 2010, *Notas Sobre Ecocrítica Y Poesía Chilena*, Atenea 502, II Sem. 2010 pp. 181-191, Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- Parra, Nicanor, 1954, *Poemas y antipoemas*, Editorial Nacimiento, Santiago.
- Reimer, Haroldo, 2003, *Espiritualidad ecológica en los Salmos*, Ribla, nº 45, Quito, Ecuador.
- Sánchez Yustos, Policarpo, 2011, *Una visión crítica de la Modernidad: El Movimiento Ecología Profunda*, Revista Mad. Revista del Magíster en Análisis Sistémico Aplicado a la Sociedad, núm. 24, mayo, 2011, pp. 93-102 Facultad de Ciencias Sociales Santiago de Chile, Chile.

- Ventura Rojas, José Manuel, 2003, *El retorno del animismo y la superstición: posmodernidad, ¿de vuelta al pasado?*, Isagogé, 0, pp. 9-11. Córdoba (España)

